

FRAY MOCHO



“DANZA”

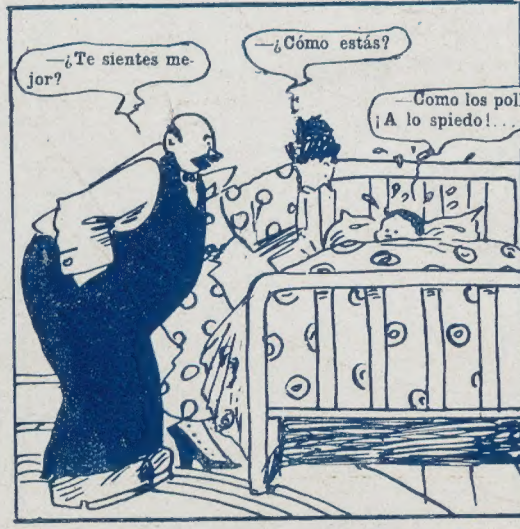
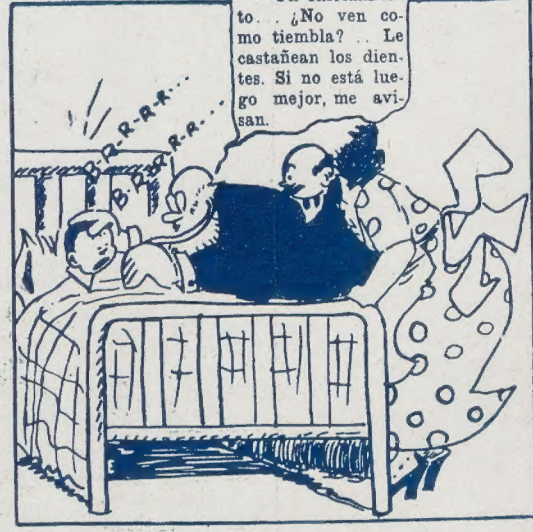
Por César Peluffo

N.º 778

22.3.1927

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI

Buenos Aires, 22 de marzo de 1927

N.º 778

De todo un poco, por Rojas



—Una escuadrilla de aeroplanos norteamericanos que simpatiza con la política de un general, en avistamiento, ha bombardeado una ciudad destruyendo un hospital de niños y la población.

—Es natural; usted sabe que ellos han practicado el desarme y en a guisa sitio tienen que echar las balas.

—En Santiago del Estero para la elección de un concejal, sobre un total de 2285 electores, solo sufragaron 419 en los comicios.

—Bueno; pero tenga usted en cuenta que es para un solo concejal!

—A mí no me gusta la aviación por una cosa. Fíjese usted que subo en un aeroplano hoy a las seis de la tarde en Buenos Aires y mañana a las tres de la madrugada estoy en el Japón. ¿Me quiere usted decir que hago yo en el Japón a las tres de la madrugada sin conocer a nadie? Por eso no me gusta la aviación.

—Agente; ¿me hace el servicio de decirme donde están esas jóvenes portenas millonarias que se enamoran de los mozos de provincia?

—La localidad, señor?
—No tengo localidad: soy del Colón.
—¿Es usted tenor?
—No, señor; digo del Colón porque soy de los que se cuecen.



Martín Calvert salió a caminar entre la niebla. Tan espesa era que le resultaba imposible percibir las fachadas de las casas en la acera opuesta.

Siguió avanzando por Tiskner Street hasta que llegó a un grupo de casas de negocio de modesto aspecto.

Calvert había salido para poner una carta en el correo. Se acercó al buzón y vaciló por un instante.

—¡He aquí el último cartucho! — se dijo. — ¡Trataré de hacer un disparo con él!

Murmurando estas palabras dejó caer la carta dentro del buzón y se alejó.

En ese momento un rayo de luz cruzó la acera. Se detuvo, volvióse instintivamente, y púsose a contemplar una vidriera. En su semblante se dibujaba un gesto de desafío.

—¡Maldición! ¡Ahí estás tú!

Era uno de esos negocios que venden artículos de segunda mano y donde se puede adquirir desde las dagas enmohecidas que usan los hindúes hasta raquetas de tennis en más o menos buen estado. En el centro de la vidriera, encima de una pequeña mesa para té, se veía un pequeño ídolo oriental de bronce.

En una ocasión penetró al negocio y le había preguntado el precio al anciano propietario del local.

—Puede llevarse por quince chelines.

El bronce había seguido en el mismo lugar, sonriente y sereno, pareciendo mofarse de él con su aire complaciente e inextinguible.

—Ustedes no debían haber nacido — parecía decirle —. ¿De qué sirve usted a la humanidad? ¿Qué perspectiva tiene? ¿Qué valor puede tener la vida para usted en esta civilización escueta? ¡Oh, sí! ¡Yo poseo el secreto de la felicidad, el secreto de Oriente! ¡Pero no pienso contarle a nadie mi secreto!

Calvert lanzó una mirada fulminante sobre el bronce y se alejó apresuradamente, impelido por una vaga sensación de miedo. Todas las casas de Tiskner Street eran exactamente iguales, y él conocía la suya, por lo menos, así lo creía. Las escaleras eran las mismas. Subió por ellas absorto en profunda meditación, hasta que llegó a la puerta. Apoyó la mano sobre el picaporte familiar de aquella puerta, la abrió y se quedó mirando, pues no era su cuarto. Frente al fuego, de rodillas, vio a una joven que sostenía una sartén sobre las llamas.

—¡Está bien, Milly — dijo la joven sin mirar a la puerta. — Tengo todo lo que necesito!

Calvert comprendió que podría cerrar la puerta y retirarse sin que ella descubriese que un desconocido la había mirado.

—Le pido disculpa — dijo Calvert con resolución. — Debo haber penetrado aquí por equivocación.

La joven volvió la cabeza con presteza y sus ojos lo contemplaron con frialdad.

—¡Así parece! — le contestó.

La mano de Calvert siguió apoyada en el picaporte de la puerta.

El bronce sonriente

Por Sax Rohmer

—¡Ha sido un descuido de mi parte! ¡Lo atribuyo a la niebla! ¡Espero que me perdone!

—¿Niebla? ¡Pero si usted no tiene sombrero en la cabeza!

—Salí a echar una carta en el buzón, y debí haberme equivocado de casa al regresar! Y mi habitación es precisamente la que usted ocupa, pero en la otra casa, espero que me disculpe por esta absurda equivocación.

Notó que los ojos de la joven estaban fijos en los de él, sorprendidos, interrogantes, curiosos.

—¡Hay una fuerte corriente de aire! ¡Entre y cierre la puerta!

Su voz era melodiosa y afable pero le produjo un efecto inmediato a Calvert. Penetró en la estancia, cerró la puerta y se quedó de pie apoyado contra la pared.

—¿Por qué no? Hay para todos.

Compartieron de la frugal comida y su intercambio de confidencias completó la presentación que Calvert hiciera de sí mismo, de manera que cuando llegaron a los cigarrillos ya él hablaba con una franqueza sorprendente.

—No se desespere. Dentro de uno o dos días es posible que algún publicista lo mande llamar para discutir acerca de lo que usted puso esta noche en el correo.

—Tal vez; pero yo soy escéptico; sin embargo creo en la suerte, y la mía es muy mala.

—Cámbiela.

—¿Cómo?

—Persuadiéndose así mismo de que cambiará; no importa cómo lo haga; por ejemplo, vaya a casa de

—¿Y si hubiera algo en el interior?

—¿Qué quiere decir usted?

—Recuerdo que un coleccionista de estos amuletos me dijo en una ocasión que los chinos acostumbraban a guardar cosas de valor dentro de los ídolos.

Calvert llevó la figura hacia la luz, y dándole vuelta examinó la base.

—Parece sólido pero es posible que esté hueco.

—¿Pero, cómo haremos para saber si tiene algo dentro? — preguntó la joven.

—Mediante un taladro. Conozco una persona en esta calle que tiene taladros para metal.

Calvert regresó con el instrumentos al cabo de media hora.

—¡Aquí está!

—¡Tengo un palpito de que no vamos a encontrar nada!

—¡Y yo soy de la misma opinión! — asintió Calvert.

Pero aun cuando pretendían aparentar indereferencia y escepticismo, ambos estaban entusiasmados.

—¿Quién sabe! — exclamó, y ambos se miraron a los ojos.

—¿Espera usted encontrar algo?

—¡Nada!

—Y yo tampoco. No somos más que dos niños que jugamos a la suerte.

—Bueno pues continuemos el juego; al fin y al cabo nada se perderá con probar.

Se pusieron al trabajo. Calvert apoyó la punta de la mecha del taladro en el centro de la depresión ovalada, mientras la joven sostenía al ídolo firmemente.

El taladro seguía perforando el bronce y habría ya penetrado un centímetro en el metal, cuando Calvert se detuvo de pronto.

—¿Qué ocurre?

—Parece que ahora ya no es tan trabajosa la perforación, como si la mecha hubiese penetrado en algo más blando que el cobre.

La joven retuvo la respiración y el color acudió a sus mejillas.

Ambos se miraron.

—¿Qué es? — preguntó Sibila.

—¡Parece!... ¡Parece oro!...

La joven levantó el bronce y lo miró.

—¡Tu secreto! ¡Tú tienes un secreto! ¿Qué encontraremos en tu interior? — le dijo.

—Debe ser, pero... ¿qué se encierra adentro? ¡Haga la prueba!

—¡Yo no! ¡Usted!

Sibila levantó el cilindro y en contró la parte superior destornillada, saliendo la tapa con facilidad.

—¡Esmeraldas! — exclamó Sibila, como un murmullo. Socio, somos ricos.

Calvert permaneció en silencio por un instante. Luego dijo:

—¡Ahora tenemos una oportunidad de comenzar de nuevo! ¡Podremos tentar la suerte en forma más holgada!

—¡Y algo más que todo eso aun! — respondió ella. — ¿No le parece que esto es muy simbólico?

—Sí; muy simbólico — contestó Calvert mirándola en los ojos. — ¡Y veo, además, otras cosas que usted también piensa! ¡Nuestra unión!

EL RIO

¿Por qué buscar un vano deleite que no existe,
si en el fondo de todo se encuentra el viejo hastío?
Seamos fuertes y huraños ya que la vida es triste,
y dejemos que corra a nuestros pies el río.

Yo he sido en otro tiempo ingenuo e impetuoso,
cada piedra de arroyo me pareció un diamante,
y en un esfuerzo inútil sin placer ni reposo,
marchando en mi redor, pensé que iba adelante,

Hoy he visto las cosas de manera más cierta,
mis ilusiones eran siete viejas descalzas—
volví pues a mi casa, y cerrando la puerta,
eché por las ventanas todas mis piedras falsas.

FERNAN FELIX DE AMADOR.

—Yo me llamo Calvert — le dijo de pronto.

—Y yo Warrender. ¡Perdóneme que continúe con la comida!

—¿Está usted perdonada! ¡No pienso quedarme más de un minuto!

La joven fijó en él sus ojos observadores.

—¿Se siente deprimido? — le preguntó.

Calvert abrió los ojos desmesuradamente. —¿Cómo lo adivinó usted?

Intuición, supongo; no soy ningún molusco para no darme cuenta. ¿Por qué no se sienta?

—¿Me lo permite?

—Creo disponer por lo menos de una silla en buen estado.

Calvert tomó asiento mientras la joven continuaba atendiendo a la comida.

—Extraña ciudad, Londres! — dijo la joven.

—¿Más que extraña!

—Quédese y tome un poco de té.

—Le agradezco! ¡Es usted muy amable, pero yo no podría!...

Goldstein y cómprele el bronce sonriente.

—¿Usted también lo vio? — preguntó Calvert asombrado.

—Sí, porque me gusta el aspecto de su mono.

—¡Tengo una idea! ¿Qué le parece si compráramos el ídolo a medias y viéramos si nos cambia la suerte?

Salieron y Sibila Warrender se ocupó de la compra. De regreso tomó el bronce, lo colocó entre las palmas de sus manos, y con el entrecejo fruncido comenzó a subirlo y bajarlo, como si le tomara el peso.

—Esto me ha llamado la atención anteriormente. Tómeme el peso Calvert asió el ídolo y lo puso entre las palmas de las manos.

—Parece muy pesado.

—¡Ah! ¿También usted lo nota?

—Sí; es algo más pesado de lo que me suponía.

Las miradas de ambos se encontraron.



SINTÉTICAS

"CULTURA" FISICA

Comunican desde Rosario: "Durante una de las sesiones en que viene disputándose el campeonato santafesino de box, sostuvieron un encuentro los "welter" S. Sagripanti y A. Podestá, desarrollándose la lucha con gran energía. Al final del asalto, el jurado otorgó el triunfo a Podestá, suscitándose, con este motivo, un grave desorden. Sagripanti, afectado por la decisión, se encaró con uno de los jueces y este subió al tablado atacando al pugilista. Intervinieron, en seguida, los segundos del agredido y, pocos instantes después, unas veinte personas treparon al "ring" generalizándose la escena de un furioso pugilato. La enérgica intervención de la policía puso fin al espectáculo, y entonces pudo verse que uno de los que tomaron parte en la refriega, yacía tendida en el suelo, víctima de un ataque epiléptico".

Comunican desde Ucrania: "Las autoridades soviéticas resolvieron prohibir el boxeo, basándose en que este ejercicio no favorece la salud del obrero y que, entre otros inconvenientes, presenta el de provocar irritaciones, despertando los bajos instintos humanos".

Aunque por mucha opinión,
El soviét fué criticado,
Confesemos, sin pasión,
Que este es un caso clavado
En que tiene la razón.

DON JUAN EN AUGE

En Friedensburg (Alemania) acaba de ponerse en vigor una ordenanza en la cual se establece que todo hombre que siga en la calle a una mujer a quien no conozca o intente entablar conversación con ella, pagará una multa de ciento cincuenta marcos, y, además, cumplirá catorce días de arresto.

Esta resolución ha levantado un mar de furibundas protestas, pero no entre los hombres, como era de suponer, sino entre el bello sexo, que no acepta la supresión del "donjuanismo".

Por lo visto,

Si allí la mujer pudiera
Mandar, haría que fuera,
Para el hombre, obligatorio,
El que a toda hora hubiera
En cada esquina un tenorio.

LA SOLUCIÓN DEL PROBLEMA

Por disposición del gobierno japonés y como un acto de homenaje a la función que se les encomendara, los cuatro bueyes que arrastraron la carroza fúnebre que condujo los restos del emperador Yoshihito, una vez terminados los funerales del extinto soberano de los nipones, fueron inmediatamente eximidos de todo trabajo, durante el resto de sus vidas, y enviados a la posesión imperial de Shimosa, donde no tendrán otra misión que la de disfrutar de una apacible y continua holganza, y regalarse con los mejores pastos que se produzcan en dicha real propiedad.

Recapacitando sobre los extremos anteriormente expuestos, se piensa en que, tal vez

Los que sufren la aflicción
De sus míseros destinos,
Hallarian salvación
Convirtiéndose en bovinos
Y marchándose al Japón.





El viejo Puca-Puca ha cogido su honda de pastor montañés y ha arrojado una piedra. A un centenar de metros, el hato de llamas se arremolina. Ahora, los ramales de la honda, como dos viboras overas, penden de la mano sarmentosa del pastor.

Puca-Puca coquea despreocupadamente, humildemente, cual manso buey que rumiara a la sombra del árbol amigo.

Se aproxima un caballero, jinete en una jaca torda. El viento de la puna sopla huracanado. Indiferente, inmóvil, silencioso, la mirada aguanosa, permanece Puca-Puca, de pie en el patio de su choza de piedra. No es don Rodolfo, el amo de Puca-Puca, el que llega.

—Buen día, Puca-Puca — dice alegremente el caballero.

Denso vapor se levanta de la grupa redonda de la jaca.

—Buen día, señor — contesta el viejo Puca-Puca.

—¿Qué Puca-Puca éste!... ¿Que ya no te acordais de mí?...

El viejo fija en el recién llegado sus ojos penetrantes. Al reconocerlo, responde mansamente:

—Sí, señor.

—Yo soy José María.

—Sí, señor.

Puca-Puca no ha dejado de coquear. El bulto de acuyico resalta en la mejilla exangüe.

—Te acordáis cuando me hacías montar sobre las llamas?

—Sí, señor.

—¿Y qué memoria tenís!... Hace más de quince años!...

—¿Quince años y más!... Ya me vís, estoy becho un hombre...

—Sí, señor.

El caballero es un mozo que frisa en los veintidós años, de corta estatura, carilleno, la tez color de palo seco, los ojos hermosos, interrogadores, el pelo negro, el labio inferior grosezuelo y lacio, la musculatura recia. José María, viste a lo señorito gauchesco: gasta bota alta y charolada, pañuelo de seda anudado al cuello, fino poncho de vicuña y sombrero de amplias alas.

—¿Con que te acordáis de mí! — exclama físgando el recinto de la choza esquiva.

—Sí, señor.

—¿Qué Puca-Puca!... ¿Y las canas, Puca-Puca? ¿Apunta alguna ya?

—No, señor.

—Lo que es a vos!... ¿Qué coya duro!

—Así será pú señor!...

—¿Hace mucho que vino por aquí mi padre?

—Muy "cuántua!..."

—¿Ajám!... ¿Y son muchos los arrendatarios de la hacienda?

—Sí, señor.

—¿Cómo cuántos?

—Cuatro, señor.

—Muchos... ¿eh!... ¿Quienes?

—El Quipildor, el Guardi, el Tomás Mayu, el Melchor Cachiuyuy.

—¿Qué te parece Puca-Puca... ¿Por dónde habré andado yo durante los años de ausencia?

—No sé, señor.

—¿Qué coya duro! Mejor hablarle a una piedra...

—Sí, señor.

José María, se apea medio amoscado. Ha venido con ganas de echar una parrafada con el viejo pastor que cuida del hato de llamas en la soledad inmensa del altiplano.

Desde una ramada, dos ojos de mirar somnoliento, acechan al peregrino. El mozo maneja su caballo y con paso marcial se dirige hacia donde llamean los tizones de tola-

La sonrisa de Puca - Puca

Por Fausto Burgos

El viejo Puca-Puca, va detrás, tocada la cabeza con su sombrero ovejuno.

—¡Hola!... ¿Que estás grande y linda! — exclama sonriente al mirar a una zagala. — ¡Efigenia!

La muchacha que ha estado en cucullas renovando la tea del fogón, se pone de pie y saluda con acento humilde:

—Buen día, señor.

—¡Efigenia! ¿Qué grande y qué linda te encuentro! No tan crecida como linda... ¿Te acordáis de mí?

—Sí, señor — contesta y en sus labios finos y bermejo apunta una sonrisa tentadora.

tu hija. ¿Qué más querís vos?

—Sí, señor.

Efigenia sonríe azorada al ser requerida por el hijo del amo.

—Lo que no me gusta nada es verte vestida así, como una coya del cerro...

Efigenia calza ojotas montesas lleva una faldá amplia, corta, tableada, manta de vicuña y sombrero ovejuno. En las orejas luce maticos pendientes de oro.

—Parecís una coya bola con ese traje...

La joven se ruboriza y dice:

—Sí, señor.

A mí no me gusta verte vestida de esa laya. ¿Qué coya tacaño tu

Los ojos del crepúsculo

Como en un fondo de agua ligera, honda y tranquila,
En lo azul de la tarde reposan las campañas.
Y a la estrella que entreabre su lúcida pupila,
La sombra de la noche le tiembla en las pestañas.

Una obscuridad leve va alisando la hierba
Con la habitual caricia de la mano en el pelo;
Y en su última mirada lleva la tierra al cielo,
La sumisa dulzura del ojo de la cierva.

El azul de la tarde quieta es el cielo mismo
Que a la tierra descende, con deliquio tan blando,
Que parece que en ella se aclarara su abismo,
Y que en su alma profunda se estuviera mirando.

Y cuaja en el rocío que a la vera del soto
Lloran los ojos negros de la hierba nocturna;
Y contemplan en el seno del agua taciturna,
Y dilata más lentos los párpados del loto.

Y cristaliza, a modo de témpanos, los muros
De la casita blanca que con su puerta mira
La paz de las praderas; y suavemente expira
En la noble tristeza de tus ojos oscuros.

LEOPOLDO LUGONES

—¡Efigenia! ¿Querís creer que no te he podido olvidar? Dame la mano.

Extraño frío recorre el cuerpo de la zagala. Ingenuamente extiende la mano, una mano morena y cálida. El caballero se la oprime morosamente.

El viejo Puca-Puca no despegaba los labios.

—¡Efigenia! ¿Mi novia de muchacho! ¿Te acordáis de mí, Efigenia?

—Sí, señor.

La moza palidece.

Yo te escribí varias cartas desde Buenos Aires... Le pedí a mi hermano que te las entregara... ¿Recibiste alguna?

—No, señor.

El viejo Puca-Puca interviene celoso y humilde:

—¿Y pa qué, pú... señor!...

Vos no metáis tu cuchara de palo... Si yo quiero me casaré con

tata! Este coya comería caldo de piedra por no degollar una llama...

Tras breve silencio, el mozo agrega con guasa:

—Efigenia... ¿me querís tener de plantón? Dame un banco o algo en que sentarme.

La moza le ofrece una silla baja de respaldar, con el asiento de cuero.

Puca-Puca, inmóvil, la mirada clavada en el piso terrero, coquea afanosamente.

—¿Querís traer mis alforjas, Puca-Puca?

—Sí, señor.

Sale el viejo pastor chasqueando las ojotas.

—¡Efigenia! — exclama enamorado, la coge por los brazos, la atrae hacia sí, la oprime y con labios sensuales, sedientos, sella sus labios finos y bermejos. Ella, esquiva como vicuña montés, ha querido desasirse, taparse la boca.

Después... confusa, arrepentida, ha exclamado, con voz cautelosa:

—Y pa qué, pú... señor!...

—¡Efigenia!

Nuevamente ansia besarla. Abrázala. La coge por el talle. Ella tiembla. —¡Oh la vicuña montés! ¡Los labios! ¡Los labios! Ahora cubre sus labios, sus labios finos, tersos, húmedos, con la manos contraída y enérgica. El la besa en los ojos y la suelta al escuchar el chasquido de las ojotas del pastor.

Puca-Puca adivina lo que ha ocurrido; mira a los dos jóvenes y su mirada es aguanosa y tranquila. Y sonriendo con sonrisa enigmática, mostrando la hilera de dientes desgastados y verdosos.

—¿Querís ver lo que he traído para vos?...

—Sí, señor.

—Para este viejo no he traído nada... Para vos, sí... Sacá lo que hay en las alforjas.

Efigenia desata tímidamente un paquete envuelto con papel de periódico.

Puca-Puca está callado; pero ideas de luto y espanto le bullen en el magín. Piensa que ha bajado el cóndor enemigo de las llamas; el cóndor que les arranca los ojos y la lengua antes de matarlas...

—Este traje es para vos... Lo elegí a mi gusto... Me dijeron que habías crecido poco... No sé si te irá bien... Te lo probarás...

Efigenia observa cariñosamente la blusa y la falda. Y sus dedos de hiladora acarician la seda. Nunca había visto un traje igual.

—¿Te gusta Efigenia?

—Sí, señor.

—No me digáis señor; José María, a secas...

El pobre Puca-Puca herido en el corazón, torna a preguntar con voz débil, mirándolos con ojos vergonzosos y turbios:

—¿Y pá qué, pú... señor!...

—Ya te dije que no metieras tu cuchara de palo... Si yo quiero me casaré con tu hija... Dale gracias al diablo por lo que no te la llevo... ¿Qué más querís vos?

—Sí, señor.

—Y zapatos y medias. Zapatos de charol y medias de hilo. No te quiero ver con esas ushutas de coya. Estos coyas, talón rajao, no se quitan las ushutas ni para dormir...

Puca-Puca glosa algo en voz baja.

—¿Decís que miento?

—No, señor.

José María sonríe resueltamente y deja ver sus dientes, albos, fuertes.

—Efigenia... ¿te gusta lo que te he traído?

—Sí, niño José María.

—Quítale el niño. Soy hombre. A ver: contéstame como debe contéstarme y míreme a la cara...

Efigenia alza sus ojos de mirar somnoliento.

—Sí, José María...

Dos lágrimas ardientes corren por las mejillas de Puca-Puca. Los mozos no vieron esas lágrimas.

—Así me gusta, *churita*... Ahora sacá lo que hay en ese paquete. Todo esto para este Puca-Puca tacaño y desconfiado. ¿Entendís?

—Sí, José María.

—Dos kilos de coca y dos botellas de caña...

—¿Qué más querís Puca-Puca?

—Sí, señor.

Efigenia desenvuelve la coca y con sus dedos menudos, palpa las hojas secas que despiden grato olor.

Si un amigo le hubiera regalado veinte céntimos de coca, veinte céntimos de pastillas verdes ¡cómo se habría holgado Puca-Puca!

—Tenís para coquear durante dos meses Puca-Puca...

—Sí, señor.

José María coge un puñadito de hojas y comienza a coquear.

—A ver, Efigenia... dame la botella. Quiero que echemos un trago con el viejo Puca-Puca.

José María bebe con avidez.

—Puca-Puca... te llegó el turno: para qué desatis la lengua.

El viejo empuña la botella y bebe con largura.

—Tenís algo que convidarme?

—No, señor.

—¿Y eso de la olla?

—Es mote — dice Efigenia con humildad y lo mira blandamente.

—Mote de coyas...

Se oye el borbotar de un puche ro.

José María quiere que le aderecen de comer.

—Puca-Puca... ¿tenís un cabrito?

—No, señor.

—Mentís... Vete a desensillar mi caballo.

El viejo sale de prisa, la cabeza gacha. Ideas de luto y de espanto le bullen en el magín. Ha bajado el cóndor!... Tiembla y palidece la vicuña montés. Y están empañados sus ojos ensoñadores.

José María tiene en la mano un frasquito de perfume.

—¿Te gusta, coyita?... Lo traje para vos.

—Sí, José María.

Ella sólo ha percibido el grato aroma del humo blancuzco de los tizones de tola.

Ahora el mozo vierte unas gotas sobre el suave chal de vicuña.

.....

—Bésame en la boca...

.....

Ella experimenta un estremecimiento convulsivo cuando el caballero la besa en los labios y en los ojos.

II

¡Adiós dilatadas praderías donde holgábanse las llamas! ¡Adiós choza de piedra construida en la soleada del altiplano! ¡Adiós helado viento de las cumbres! ¡Adiós yantar mezquino! ¡Adiós grato aroma de la tola!

A la zaga del hato de llamas, a pie va el pastor. Calza ojotas, enorme sombrero ovejuno, pantalones de recio cordellate; lleva las alforjas al hombro. Sobre el poncho color de guanaco, viste un poncho azul.

Las llamas caminan pausadamente, la mirada vaga y triste perdida en el infinito. Son llamas negras, retintas cuyos muelles vellores, acarició mil veces, en las tardes opalinas, en las mañanas alegres, en las siestas largas, la mano ruda del pastor.

De rato, en rato, al pasar, cortan la pálida mata de iro.

Puca-Puca coquea y coquea, como si revolviendo el cálido acuyico encontrara el remedio de su mal...

¡Se ha encumbrado el cóndor! ¡Efigenia!...

¿En qué acabaron aquellos paliques entablados mientras en el llar ardía una buena lumbrada?

¡Se ha encumbrado el cóndor!

¡Adiós choza de piedra! ¡Adiós grato aroma del humo blancuzco de la tola! ¡Efigenia! Días antes

el caballero la había fotografiado. Ella se atabó con fastuosas galas. Ya no era la humilde pastora que iba detrás de las llamas hilando a huso, la que calzaba menudas ojotas, la del sombrerito ovejuno,

adormece la lengua, entretiene el hambre y amengua los latidos del corazón.

Hace una mañana fresca. El ambiente es diáfano. Pastor y ganado van por un camino de herradura.



—¡Es tan bonita Amelia como dicen!

—Hija, no sé; porque como se pinta de ese modo, todavía no he podido ver la cara.

la del chal de vicuña y de los maticos pendientes.

Y una tarde emparejados, se alejaron...

.....

Puca-Puca rumia silenciosamente su acuyico, su cálido acuyico que

Cerca, el paredón de los cerros rojizos de donde sale el viento huracanado y frío.

Atravesarán el altiplano. ¿Adónde irán ganado y pastor?

¡Adiós choza de piedra! ¡Adiós dilatadas mesetas!

LA PIEDRA

Un pobre fué a pedir limosna a casa de un rico; éste no le dió nada.

—¡Vete! — le dijo.

Pero el pobre no se marchó.

Entonces se enfadó el rico, y cogiendo una piedra se la tiró

El pobre cogió aquella piedra, estrechóla contra su pecho y dijo:

—La guardaré hasta que, a mi vez, pueda tirártela. Pasó el tiempo.

El rico llevó a cabo una mala acción, y, despojado de cuanto tenía, fué conducido a la cárcel.

Viéndole tan mal, el pobre se acercó a él, sacó la piedra del pecho e hizo ademán de lanzársela; pero, reflexionando, dejóla en el suelo y dijo:

—Era inútil conservar durante tanto tiempo esta piedra. Cuando era rico y poderoso, le temía; hoy le compadezco.

LEON TOLSTOY

A intervalos, cuando las dóciles llamas, las llamas negras, retintas, de ojos grandes y tristes, se paran y cortan las pálidas matas de iro, Puca-Puca contempla el retrato de Efigenia y horrible angustia le hace presa.

III

Habían andado durante tres días y sus noches. En los alrededores silenciosos de Villazón, se detuvieron. Era tiempo de feria. Las humildes bestias, dóciles y tristes cambiarían de dueño. Llegaron anochecho. El, acarició por última vez los vellones muelles, largos retintos. Y aún tuvo ánimo para poner en las orejas ágiles, unos hillejos rojos a guisa de pendientes... Después... ellas, vencidas del sueño, doblaron las patas y rumiando se durmieron. Puca-Puca se puso en cuclillas y se escondió la cara entre las haldas de sus ponchos.

Al amanecer, otro pastor de llamas vino a despertarlo. Lo llamó y le destapó la cara. Tenía un retrato en la mano sarmentosa y fría trato en la mano samentosa y fría... Estaba muerto. Una sonrisa inquietante, enigmática, se insinuaba en sus labios...

El agua del mar como panacea

El joven bacteriólogo francés Renato Quinton ha confirmado, tras de minuciosas indagaciones, la eficacia del agua del mar para la curación de enfermedades.

El doctor ha descubierto que en todas las formas de la vida animal superior, incluso la especie humana, el líquido que baña los órganos internos de un modo constante es químicamente idéntico al agua del mar ligeramente diluida, y de ahí deduce que la vida animal tuvo su origen en el mar. Hasta los animales habituados al agua potable contienen como cosa necesaria para la vida, agua del mar, con la cual se alimentan y vivifican en sus principios.

Es curiosa la observación de que el agua del mar debe sus especiales propiedades al hecho de contener prácticamente todos los elementos químicos conocidos, desde el oro hasta el potasio. El organismo animal es una especie de acuario de agua de mar en movimiento, y cualquier desorden o debilidad de los órganos puede atribuirse sencillamente a que el líquido del acuario no tiene toda la fuerza que necesita, o a que no está en la proporción requerida.

En la inclusa parisiense se consigue reponer a los niños débiles o nacidos antes de tiempo sometiendo a un tratamiento de agua marítima, administrada en bebida o en inyecciones subcutáneas.



La señora Perla Sayther llegó a Dawson en primavera, con un séquito de trineos cargados de equipaje; pero al cabo de dos meses, apenas comenzó el deshielo del Yukon, emprendió viaje de regreso.

Los habitantes de Dawson, ciudad en aquel entonces exenta de elemento femenino, no pudieron explicarse las causas de tan inesperada partida.

Todos estaban encantados con la llegada de la joven viuda, mujer riquísima y de gran belleza.

¿Porqué había ido la viuda a esas regiones? Tal era la pregunta que todos se formulaban...

Los hombres de Northland — gente práctica — desprecian lo que sea teoría y conjetura, y profesan un extrañable amor a la verdad a las realidades concretas. Para la mayoría de aquellos hombres que sólo pensaban en la explotación de las minas recientemente descubiertas, la aparición de la hermosa mujer fué un llamado a la "realidad", a la realidad esencial de toda la felicidad. Y en las pocas semanas de su permanencia en Dawson, la señora Perla Sayther recibió una serie de propuestas de matrimonio... Pero la "realidad" desvaneciase con la partida de Perla. Todos, sin embargo, continuaban formulándose la pregunta: ¿Por qué había ido a Dawson la viuda millonaria?...

La casualidad se encargó un día de dar el hilo que podía conducir a la solución del problema.

Jack Coughram, uno de los tantos enamorados de la viuda, tropezó cierta vez con Pedro Fontaine, que había estado al servicio de Perla. Este encuentro hizo que los hombres bebieran juntos en un "bar" y entablaran una larga conversación en que las confidencias mutuas no se hicieron esperar.

—¡Ah! — exclamó Pedro, ya un poco borracho. — ¿Usted quiere saber porqué ha venido Perla Sayther a Dawson? Mejor sería preguntárselo a ella. Yo no sé nada. Todo lo que puedo decir es que Perla pronuncia siempre un nombre... Me prometió mil dólares si encontraba a ese hombre, que se llama... ¡ah! David; sí, David Payne... Anduve por todas partes preguntando por él y haciendo averiguaciones para descubrir su paradero. Un día conseguí saber que el tal David vivía cerca de Dawson, en uno de los islotes del Yukon. En cuanto la señora se enteró me dió quinientos dólares, diciéndome: "Ve a comprar una canoa. Mañana remontaremos el río..." Compré la canoa, y al día siguiente remontamos el río...

Pedro estaba, en realidad, enterado de todo.

—Sí, señora; hemos llegado. Esta es la isla que me indicaron.

Diciendo esto, Pedro Fontaine clavó el remo en la orilla.

—Sí — agregó examinando la isla, — es ésta. Voy a ver si encuentro la choza.

Fuertes ladridos saludaron su aparición en lo alto de la empinada cuesta. Al rato, Pedro Fontaine ya estaba de vuelta.

—He encontrado la choza, señora. El hombre no está en ella, pero no puede haber ido muy lejos; no ha de tardar en volver.

—Ayúdeme a bajar de la canoa, Pedro. El viaje me ha cansado muchísimo.

AMOR VENCIDO

Por Jack London

De entre un montón de pieles surgió la hermosa figura de Perla.

Pero si bien Perla, en medio de la naturaleza salvaje que la rodeaba, parecía tener la fragilidad de un lirio, la energía con que tendió la mano a Pedro contrastaba con su delicado aspecto.

Con curiosidad mezclada de respeto, se acercó a la choza.

—Mire — le dijo Pedro señalando las astillas esparcidas alrededor

ningún ruido venía a romper el inmenso silencio.

Tal vez todas estas cosas juntas eran las que ponían nerviosa a Perla, que cambiaba continuamente de posición. Ora su mirada seguía el curso del río, ora lo remontaba como queriendo descubrir la fuente de aquellas misteriosas aguas.

Transcurrió una hora. Pedro había armado una carpa, en previsión de tener que pernoctar en la

La angustia del parque

Cántame aquel canto lleno de armonía
aquel que sugiere como vino añejo,
aquel que repite como en un espejo
la imagen de toda mi melancolía...

El sitio en que estamos, el traje que vistes
los ojos que tienes, la noche y el lago,
todo hace propicia la hora a ese vago
escorzor divino de las cosas tristes.

Mira aquella acacia... No sientes que quiere
envolverse en sombras como en un sudario?
¡Sabe Dios si el pobre tronco centenario
en este minuto desfallece y muere!

Oye los rumores llenos de lamento
que cruzan el parque entenebrecido...
Escucha esa nota... Parece un gemido
que huyera en los brazos amigos del viento...

Mira esas dos ramas que quieren unirse...
míralas ahora que se están besando
dolorosamente, lo mismo que cuando
dos almas gemelas van a despedirse...

Vé cual se intimida y se apesadumbra
esa planta joven entré los ramajes,
y como están de duelo todos los paisajes
bajo los crespones de tanta penumbra

...Cántame aquel canto lleno de armonía,
aquel que sugiere como vino añejo,
aquel que repite como en un espejo
la imagen de toda mi melancolía...

BELISARIO ROLDAN

de un montón de leña hachada, — esto es reciente.

Perla asintió con un movimiento de cabeza.

Pedro Fontaine fué a la canoa en busca de las pieles. Volvió con ellas, extendiéndolas en el suelo para que Perla se esutara.

Perla, instalada sobre las pieles, contemplaba el gran río que se perdía en el horizonte.

A lo largo del Yukon, entre la cabalgata, de las olas, se divisaban las islas cubiertas de abetos. Más allá, a lo lejos, el desierto, blanco e inmaculado.

Ninguna señal de vida humana,

isla... Perla tenía los ojos fijos en el río. De pronto lanzó un grito:

—¡Ah! viene!

Una canoa descendía con rapidez a lo largo del río, conducida por dos personas que remaban cadenciosamente. Atrás venía David; adelante, una joven.

Perla no se dignó siquiera mirar a la remadora, hasta que, cuando la canoa estuvo cerca, le llamó la atención su belleza. Un saco de cuero de anta pronunciaban las hermosas formas de su busto; un pañuelo le seda de vivos colores cubría en parte la enorme masa de

sus cabellos negros, ligeramente azulados.

Pero lo que más admiró a Perla fué el rostro de la joven. Dos grandes ojos negros que no tenían la mirada oblicua característica de los pieles rojas — raza a la que pertenecía la joven — brillaban bajo el arco perfecto de las altadas cejas.

La joven remaba pausada y vigorosamente, armonizando perfectamente sus movimientos con los del hombre. De pronto, hizo virar rápidamente la canoa y la dirigió hacia la orilla. Un instante después saltaba a tierra y se disponía a sacar del río la canoa. El hombre saltó a su vez, y con un movimiento rápido la ayudó a retirar la embarcación.

Los perros corrieron a su encuentro ladrando y aullando. Y mientras la joven se inclinaba para acariciarlos, la mirada atónita del hombre descubría a Perla, que se había incorporado.

Inconscientemente el hombre se pasó las manos por la frente, como si dudara de lo que veían sus ojos.

—Perla — dijo simplemente, y se adelantó tendiéndole la mano. — Cuando la vi, creí que los ojos me engañaban y en verdad me engañan con frecuencia desde que la nieve los dejó casi ciegos durante varias semanas.

Perla, cuyo rostro se enrojecía más y más, y cuyo corazón golpeaba furiosamente el pecho, esperaba una acogida muy distinta a la de aquella mano tendida fríamente. Pero no dejó traslucir su desencanto y estrechó cordalmente la mano que se le ofrecía.

—Sabe muy bien, David, que repetidas veces le escribí diciéndole que pensaba venir. ¿Hubiera venido si...

—Si yo le hubiera contestado, ¿no es así?

—Comprendo perfectamente — contestó Perla, que había sorprendido la mirada de David. — Yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo... Pero, ahora ya estoy aquí...

—¿Quiere que vayamos a la choza? — preguntó David. Y amablemente agregó: — Entremos. Usted debe estar cansada. Querrá tomar algo. ¿Piensa usted radicarse en alguna ciudad cercana? ¿Viene de Dawson?... Abrió la puerta de la choza para que pasara Perla, y continuó: — He venido en trineo desde Dawson, el invierno pasado. Estoy haciendo excavaciones en Henderson, pero si no encuentro nada, iré a probar fortuna en Stuart River.

—No ha cambiado usted casi nada — dijo Perla con un tono familiar que mostraba su deseo de llevar la conversación a un terreno más íntimo.

—Un poco menos grueso, pero más fornido. ¿A eso se refiere?

Perla encongió con fastidio los hombros.

—¿Ha estado usted mucho tiempo en Dawson? — preguntó David.

Mientras tanto, se entretenía en cortar con un cuchillo un trozo de madera de abedul para hacer un mango a su hacha. E hizo la pregunta casi sin levantar la cabeza.

—Algunos días, únicamente — contestó Perla.

—¿Qué me preguntaba? — agregó al rato. — ¿En Dawson? ¡Ah! Sí, he estado un mes. Y me marché de allí porque me aburría. Los hombres de allá son unos salvajes, y manifiestan sus sentimientos en forma demasiado ruda.

—Siempre sucede así, cuando el hombre vuelve a la naturaleza. Pero ha hecho usted muy bien en abandonar estos lugares.

—¿Sí?... Pero hablemos un poco de usted, de su vida. ¿Quiénes son sus compañeros? ¿Trabajan solo?...

Perla, mientras hacía estas preguntas, no dejaba de observar a la joven, que se disponía a moler el café.

David descubrió las miradas que Perla dirigía a la joven, y frunció los labios con una leve sonrisa.

—Sí; tenía por compañeros a una pareja de ingleses. Pero se han ido a trabajar a Eldorado.

Perla, señalando a la joven piel roja, preguntó:

—Habrá seguramente muchos indios en la región...

—Antes había muchísimos, pero hoy no queda mas que Wikanda. Es una joven de Koyukuk que llegó hasta aquí después de recorrer más de quinientos kilómetros en una canoa.

Perla se sentía desmayar.

En ese momento la invitaban a la mesa, y consiguió hacer un esfuerzo y dominarse.

Pero había poco. David, en cambio, se extendía en largas explicaciones acerca de la exigüidad del trabajo que podía realizarse en los pocos meses de verano en las minas del Norte, comparado con el trabajo intenso que se efectúa en invierno en las minas de las regiones tropicales.

—¿No me pregunta por qué he venido aquí? Seguramente lo sabe... ¿Recibió mi carta?...

Se habían levantado de la mesa, y David seguía cortando el mango para su hacha.

—¿Cuál?... No. ¿Quién sabe dónde diablos habrá ido a parar! La forma en que funciona el servicio de correos en estos lugares es realmente vergonzosa. No hay orden, no hay organización, no hay...

—Vamos, David, conteste a mi pregunta. — Perla hablaba ya con vivacidad y con ese tono que imprime a la voz la evocación del pasado. — ¿Por qué no me pregunta nada de mí?... ¿Ya no le interesa mi vida?... ¿Sabe que mi marido ha muerto?...

—¿Sí?... ¡Cuánto lo siento!... ¿Hace mucho?

La hermosa viuda estuvo a punto de llorar de rabia, por el sarcasmo con que hablaba David.

—¿No recibió usted mis cartas, David? Alguna tiene que haber llegado. ¿Porqué no me contestó?

—La última que dice haberme enviado enterándome de la muerte de su esposo, no la he recibido; otras, se habrán perdido... Recibí algunas, y las leí en voz alta para que Wikanda se enterara de lo crueles que son las mujeres blancas... Creo que habrá sacado algún provecho de esas cartas... ¿Qué le parece?

—Sin hacer caso de la evidente intención de ofenderla con que David le hablaba, Perla dijo:

—En mi última carta le comunicaba, precisamente, el fallecimiento de mi esposo. Hace cosa de un año. Además, le decía que si usted no podía venir en mi busca, yo iría a buscarlo a usted. Y, como se lo prometí muchas veces, he venido...

—Ignoraba esas promesas...

—Las hice en mis primeras cartas...

—Sí, es verdad; pero como yo nunca las contesté, ni nunca pensé tenerlas en cuenta, ahora no las recuerdo siquiera. Recuerdo, sí, otra promesa que usted también debe recordar... Fué... ¡oh!... hace mucho tiempo.

Dejó caer el mango del hacha, y levantó la cabeza.

—¿Qué lejos está todo eso!... Pero no por ello he olvidado el día, el momento, los menores detalles... Estábamos usted y yo en un jardín, un jardín lleno de rosas... Era en primavera... La sangre nos ardía en las venas... Me acerqué a usted... Nos dimos el primer beso... ¿Se acuerda?

—¿Por favor, se lo suplico, no me recuerde esos tiempos! No sabe la angustia que me causa recordar ese pasado... ¡Si usted supiese cuánto he sufrido!...

—Usted me confesó esa tarde, que me amaba. Mil veces más me

—¡Basta, David!... Ya sé... Yo tengo la culpa de lo que hice; he sido insinciente, perjura... Pero, ¿si yo falté a mis juramentos, no faltó usted también a sus promesas de amarme siempre?... ¿Dónde está aquel amor?...

—¡Aquí! — gritó David, golpeándose el pecho con la mano abierta. — ¡Está aquí, donde estuvo siempre!...

—¿Y entonces, cómo es posible que su amor, ese amor que era tan grande, no quiera perdonar a esta mujer que implora de rodillas?...

David titubeó. Quiso hablar pero no pudo. Un nudo le oprimía la garganta.

Perla, exaltada por su amor, estaba hermosísima.

—Mírame — le dijo amorosa, insinuante, febril volviendo a tutearlo como en los lejanos tiempos. — Mírame, sigo siendo la misma, a pesar de todo: sigo amándote co-

Pero, te repito... ¡Es imposible!

Ella se le acercó.

—Hay que ver las cosas como son, David. Esta muchacha no es de tu raza; no existe la menor afinidad entre tú y ella. Es una salvaje, y seguirá siéndolo siempre. Pero tú... tú y yo pertenecemos a otra raza. Todavía somos jóvenes... La vida nos sonríe... ¡Vámonos!

David sacudió la cabeza y repitió su negativa, pero esta vez con cierta afabilidad. La mano de Perla se deslizó por el cuello de David, y sus bocas se aproximaron.

—Tengo dinero suficiente para los dos. Viviremos contentos y felices. ¡Vámonos! ¡Vámonos!...

Perla estaba ya en los brazos de él. David la estrechaba fuertemente.

Pero en ese momento los ladridos de los canes hambrientos, los gritos agudos de Wikanda que trataba de apaciguarlos, llegaron a los oídos de David... Y en seguida se presentó de nuevo a sus ojos una lejana escena...

Se entablaba en el bosque una lucha feroz contra un oso blanco. Los ladridos de los perros, los gritos agudos de Wikanda que los azuzaba... El se debatía angustiosamente para librarse de las garras del oso. Los perros, heridos, despanzurrados, ladraban con impotente rabia... La nieve estaba teñida de rojo por la sangre del hombre y de los perros. El oso se defendía heroicamente. De pronto, Wikanda, inflamados los ojos, revueltos los cabellos que flotaban al viento, dejó caer su hacha certera sobre la cabeza del animal...

David sintió que un sudor frío le bañaba la frente. Alejó de sí a Perla, y retrocedió tambaleando hasta la pared. Perla comprendió que había llegado el momento decisivo.

—¡David, David! — gritó. — No quiero dejarte. No quiero dejarte; y si no vienes conmigo, me quedaré aquí. De ahora en adelante seré tu esclava, iré donde tú vayas, te seguiré a todas partes, sin importarme dónde...

Y se dejó caer, sollozando, sobre el pavimento, y fué arrastrándose a estrechar las rodillas de David.

David se inclinó y la levantó.

—Escucha — le dijo con tono imperativo. — Nuestro pasado ha concluido para siempre. No puede volver...

Y se dirigió hacia la puerta, conduciendo a Perla.

—No debemos pensar únicamente en nosotros. Es necesario que partas. Digámonos adiós para siempre...

Perla había ido recuperando poco a poco el dominio de sí misma. Trató de insistir por última vez. Pero David comprendió el pensamiento de Perla y le dijo:

—No... Es imposible.

—¡Dame un beso, David!... — murmuró Perla débilmente.

David volvió la cara rechazándola. Perla salió.

—Retira la carpa, Pedro — ordenó al remero que había permanecido afuera esperándola. — Nos vamos.

Bien, señora. ¿Volvemos a Dawson?...

—No. Remontaremos el río. Iremos a cualquier otra parte, lejos de aquí... a Dyea.



lo juró... Pasó el tiempo... Llegó otro hombre. Era un viejo, que podía ser su padre... No era hermoso, no; pero era un nombre decente; un hombre que nunca había hecho mal a nadie, un hombre correctísimo, honrado. Además — eso era lo importante, — poseía minas riquísimas. El...

—Pero hubo algo más — le interrumpió Perla. — Los negocios de mi padre iban mal; sufríamos privaciones de toda clase... Mis padres me presionaron, y yo no pude oponerme. Obré contra mi voluntad. Fuí sacrificada o me sacrificué; como usted quiera...

—Por mucho que la presionaran, nada debió decidirla a casarse con aquel hombre.

—Me casé, ¡pero nunca dejé de amarle a usted! ¡Se lo juro!

—No sé a qué llama usted amor...

—¡David! ¡David! por caridad!...

—Volvamos al hombre con quien usted creyó conveniente casarse... ¿Cómo pudo conquistar su alma?... ¿Qué virtudes tenía? Estaba cargado de oro, nada más... Pero en el fondo...

—No olvide usted que ese hombre ha muerto!

... en el fondo era un espíritu ciego que no sabía comprender la belleza y la bondad... Era...

mo antes... Y tú también... tú también me amas...

Y mientras hablaba, Perla había enlazado su brazo al cuello de David; y David se acercaba inconscientemente a ella... De pronto, el frote de un fósforo los arrancó de su encanto.

Extraña a la escena, Wikanda, la joven piel roja, encendió la mecha que, sumergida en un frasquito con petróleo, servía de lámpara. Wikanda se destacaba sobre un fondo completamente oscuro; la llama, al iluminarla de pronto, puso un reflejo de oro en su rostro bronceado.

—No, no puede ser... murmuró David apartando suavemente a Perla. — Es imposible, completamente imposible...

—No soy una niña, David — dijo Perla, sin tratar ya de acercarse. — Lo había comprendido... Los hombres son hombres... He adivinado en seguida... No estoy indignada ni ofendida... Sé que no se trata de un matrimonio, sino...

—En Alaska nadie piensa en casarse. El acto legal es lo de nosotros...

—Ya sé... pero...

—Pero ¿qué?... Esta unión es tan sagrada como cualquiera otra.

—¿No tienes hijos?...

—No; no hay nada que me ate.

Los hombres cuentan los años que pasan, y suspiran diciendo: "¿Cómo se envejece!"; pero olvidan que la vejez es hija de numerosos padres, entre los cuales el tiempo no es más que uno de tantos.

Aquel pobre hombre que todas las mañanas ascendía a las colinas acompañado por una criadita, sólo tenía treinta años; sin embargo, caminaba apoyándose continuamente en su bastón, y estaba completamente calvo y casi ciego. La adormilada criadita respondía pacientemente a sus preguntas:

—¿Quién ha pasado en este momento por nuestro lado? — preguntaba el tullido.

—Un forastero con una valija.

—¿Venía de la estación?

—Sí.

La criadita estaba acostumbrada a estos paseos y a estos coloquios; hacía ya tres años que servía al señorito... Era su única compañía. El hombre vivía solo: en la casa de sus antepasados; no tenía padre, ni madre, ni hermanas, ni hermanos; y en toda la pequeña ciudad no había una sola persona que quisiera ser amigo suyo.

—¿De dónde viene este perfume?

—volvía a preguntar el desdichado.

—Del jardín del doctor.

—¿Han florecido ya las rosas?

—Claro. Ya llevamos un mes de primavera.

Hablaban de esas cosas durante todo el trayecto, hasta que al llegar a lo alto de la colina se sentaban junto a unos chopos y desde allí contemplaban la ciudad encajada en el valle. Entonces la conversación variaba.

—Dime, dime...—suplicaba él. ¿Está todo cerrado en la casa que sabes?...

—Sí. Todo cerrado — respondía la muchacha.

—¿Las persianas del balcón también?

—También.

—¿No hay nadie en el jardín?

—Nadie.

—¿No se ve nada?

—El humo únicamente.

—¡Ah! Eso es... el humo.

Y el "señorito" sonreía, imaginando que sus pupilas casi ciegas podían distinguir la gris espiral de humo que despedía la chimenea de la casa.

—Fíjate bien. ¿Te parece que han encendido la estufa?

—Sí.

—¿Has visto?... ¡Ya te lo decía yo!

—Sí.—respondía monosilábica la paciente criadita.

—¿Te acuerdas que en el invierno me decías: "¡Las casas son tantas, y tan parecidas que me resulta difícil saber cuál es la que usted busca!"

Y yo te contestaba: "Cuándo llegue la primavera te será fácil encontrarla?...". Ya ves: las demás casas han pagado sus estufas y esa es la única que continúa humeando. Ahora la reconoces en seguidas.

La criadita inclinaba lenta y pesadamente la cabeza sobre el pecho, invitada al sueño por la tibieza del aire, de la luz y del perfume de la mañana primaveral.

Y el "señorito" hablaba febril, evocador.

H U M O

Por César Milano

—¡Yo no podía equivocarme!... Ella siempre tiene frío, como los gorriones. También en aquel entonces quería que la estufa permaneciera encendida hasta el verano.

—Sí.

—¡Pobrecita!

Y en su boca entreabierta se alternaban sonrisas y suspiros; sonrisas de alegría por haber adivinado que la casa humearía; suspiros de dolor, por saber que la pobrecita, aun sufría.

Luego, él también se encerró en el misterio de un silencio preñado de evocaciones, lejanas y dulces, suavemente dolorosas.

sido tan fácil!... El no pedía más que verla volver a la ciudad, saber algo, cualquier cosa de ella.

Un día llegaron. Permanecerían varios meses en la ciudad... Aquella mañana nevaba, nevaba tanto que la tierra parecía un luminoso manto de armiño...

Desde entonces el "señorito" subió todas las mañanas a la colina. La criadita debía decirle todo lo que viera.

Pero veía poco, o muy poco, porque la casa estaba continuamente cerrada, y la noviecita no salía nunca. Una sola vez divisó la cabecita rubia detrás de los cristales de la

EL PORQUERIZO

Llevó un porquerizo sus cerdos a un encinar, y, dejando la capa en tierra, subióse a una encina para barear la bellota. Los cerdos en su afán por comerla pronto, arremetieron hasta con la capa del porquerizo y la hicieron pedazos. Este, al bajar del árbol, exclamó:

—¡Oh, animales del Averno! ¡Dáis entera vuestra carne a los hombres que os desprecian e injurian, y al único de ellos que os atiende y alimenta, le destrozáis la capa!

En otros tiempos él había besado a aquella muchacha, la había sentido a su lado durante muchas tardes. El todavía no estaba enfermo... Era un joven rubio, quizá buen mozo, alegre... Estaba enamorado... ¿Cuánto la quería! Ella le confiaba todos sus pensamientos: "Me gustan las fresas con crema... ¿Y a ti?... Me pasaría todo el día leyendo... ¿Y tú?... ¡Sufro tanto el frío!... Por eso dejamos encendida la estufa..."

Aun le parecía oír el gorjeo de su voz. Y aún le contestaba como entonces: "Cuando tengamos veinte años nos casaremos, mi noviecita linda".

Después, él se enfermó de gravedad. Marchóse lejos. Cuando regresó, no era ni sombra de lo que había sido: estaba decrepito, arrugado, casi ciego. La buscó, preguntó por ella... Y supo que se acababa de casar.

Había partido con el esposo. Todos decían que el marido era tan hermoso como ella. Todos hablaban de la feliz pareja, de lo mucho que se amaban.

Y él le deseó, de todo corazón, que siguiera siendo feliz, muy feliz.

Encerróse luego en la casa amplia y vacía de sus antepasados. Y esperó. Sin hablar, sin sonreír, con la sola compañía de la dulce criadita, aguardó que la vida o la muerte se apladaran de él. ¿Pero quién podía devolverle la vida sino la noviecita definitivamente perdida? Ella era la única... ¡Y le hubiera

ventana. Y el hombre lloró; hubiera querido ver, y no podía.

—Dime — balbuceaba sollozando.

—Dime, tú que la ves, ¿está pálida? ¿No está pálida? ¿Sonríe? ¿No sonríe? ¿Denota cansancio?...

—No puedo darme cuenta... Estamos muy lejos.

Y la criadita quería consolarlo, y le decía:

—Vaya a visitarla... Así, por lo menos la oírás hablar...

Pero él se estremecía.

—¿Yo?... ¡No!

Tenía miedo de presentarse ante ella en ese estado. Prefería que la noviecita lo creyese muerto.

En lo sucesivo no distinguieron más que el humo; aquella espiral que subsistió en el aire cuando todas las otras se extinguieron.

¿Y después?

Después, una mañana, dejó de verse el humo. De la campiña en flor soplaban un viento frío. El cielo era gris de plomo. El rocío perlaba las hierbas de la colina.

—¿Se habrá marchado?

La criadita miró con detención, sospechando algo... Miró, miró largo rato... Por último, habló:

—Las ventanas están abiertas... Entra y sale gente... Llega un hombre con...

Interrumpióse de pronto, dirigiendo una humilde y tímida mirada al ciego, petrificado por la angustia.

—¿Con qué?...—inquirió el hombre con desgarrador acento.

Ella titubeó.

—¿Qué?... ¿Qué?...

—Con... una corona de flores...

El "señorito" aferró por un hombro a la niña y la sacudió violentamente hasta hacerla daño.

—¡Dios mío!—murmuró—¡Dios mío! Y acariciando los bucles de la criadita, balbuceó: Perdóname... Pero... tú no sabes cuánto la quiero.

Y tambaleándose, a pasos precipitados, descendió de la colina, apoyando su diestra en el mismo hombro amoroso de la muchachita. Quería llegar, llegar cuanto antes, averiguar, saber...

—¿Qué pasa?... ¿Qué pasa?...

Había muerto la noviecita, la noviecita linda, la noviecita buena; había muerto consumida por el silencioso mal que le hacía sufrir el frío...

—¡Oh, mi noviecita!

Y el pobre hombre se recostó en una pared, elevando al cielo sus ojos sin brillo, clavando las uñas en el tierno brazo de la niña.

Lentas lágrimas surcaron su rostro ajado por el sufrimiento, y una mueca de desesperación contrajo sus labios violáceos. Y la humilde criadita le decía:

—¡Valor, "señorito"!... Dios lo ha querido así...

Y lo miraba, como los perros miran al amo que llora.

La casa de sus antepasados estaba circundada por un jardín. Un alto muro impedía ver la calle. Cuando pasó el cortejo fúnebre, el ciego y la niña se hallaban en el jardín.

—Asómate... ¿Qué ves?

—La pared es muy alta No alcanzo.

La brisa traía el olor de los cipreses y de las flores.

—¿Qué ves?...

—No veo nada...

Percibióse un rumor de pasos, después trote de caballos y crujir de ruedas.

—¿Qué ves?

—El humo.

El ciego se sobresaltó... Entrevió en las sombras de sus ojos, la casa de la noviecita con su chimenea humeante...

—¿Qué ves?...

—El humo de la antorcha que está sobre el coche fúnebre.

En el primer instante, el tullido no comprendió. Había olvidado (¡tanto tiempo sin ver!) que los coches fúnebres locales, todos llevaban una gran antorcha encendida...

—¡Ah!... Sí...—dijo, como recordando—, la antorcha... El coche fúnebre...

Inadvertidamente se sentó en el césped. "Ahora tendré siempre frío, noviecita linda—monologó—. Debiste casarte conmigo. Habías nacido para mí... Los demás se casan para vivir juntos; nosotros nos hubiéramos casados para juntos morir..."

Cesó el rumor de los pasos. Apenas repercutía en el suelo el trote de los caballos.

—¿Ves todavía el humo?...

—No. Ya no veo nada...

—Esta es nuestra última velada, hijos míos. Todo llega. Vais a instalaros en vuestros departamentos y debéis sentirlos muy felices. No os creáis obligados a protestar. Yo soy la primera en alegrarme por vosotros. Unos recién casados tienen necesidad de tener su casa y de ser independientes. Vosotros tenéis aquí libertad completa; pero yo comprendo... que no es lo mismo. Durante este semestre hemos vivido en perfecta inteligencia. Tú, Noel, has sido para mí un verdadero hijo. Guardo de vuestra estancia aquí un recuerdo excelente, y deseo que por vuestra parte lo evocéis con agrado.

Así habló la señora Plébere. Se había quitado sus lentes, e interrumpido su costura. De nuevo la volvió a coger y se absorbió en su labor. Su yerno le respondió poco más o menos en los mismos términos de que tres meses antes se había servido Germana para agradecer su hospitalidad a la señora Rody, su suegra. Este cambio, casi protocolario, de buenos procederes les hizo sonreír. Hacía un año que se habían casado, a fines de mayo. Se habían conocido en una playa, se habían gustado, se escogieron libremente y se amaban profundamente.

La crisis de la vivienda les obligó a vivir primero en casa de la señora Rody, que lo mismo que la señora Plébere, era viuda. Una habitaba en Bretaña todo el año; la otra, en París. Después del viaje de bodas Germana apreció la calma un poco austera de la mansión familiar en un sitio que parecía dulce y agradable. Le encantaba recorrer, en compañía de Noel los arenales de las orillas del mar. Cuando soplaban el viento de occidente volvían con el sabor de sal en los labios. Al través de las ventanas de su cuarto alcanzaban a ver la línea azul o gris del Océano. Al principio de otoño sus ojos reflejaban las luces del crepúsculo, que llenaban sus almas de angustia calmada sólo por su mutua ternura. Germana no se cansaba de ponderar su dicha.

En octubre, habiendo sido nombrado Noel ingeniero consultor en una Sociedad metalúrgica, regresaron a la capital. La señora Plébere les arregló en sus departamentos unas habitaciones, y hasta renunció a su saloncito para que Noel pudiera disponer de un cuarto de estudio, en el cual le fuera cómodo recibir a sus amigos. Por las noches se retiraban allí muy frecuentemente, y su mujer tocaba el piano, mientras que desde una pieza contigua la señora Plébere escuchaba encantada la música. Jamás preguntaba a su hija sus proyectos y si un día le preguntaba sus impresiones de la víspera era para manifestarle discretamente su solicitud.

—Tu mamá posee todas las delicadezas—decía Noel.

Ellos no habían conocido esos pequeños incidentes que turban la armonía de los caracteres. Estaban de acuerdo en echos y espíritu.

¡AL FIN SOLOS!

Por Alberto Emile Sorel

Ni las sombras de una nube había pasado entre los dos desde el día en que habían consagrado su unión. Los primeros tiempos, sin duda, fué necesario plegarse a ciertas exigencias. La señora de Rody, como la señora Plébere tenían cada una

meses decidieron establecerse.

La primera comida echó en su hogar les pareció deliciosa y les divirtió en extremo. No se cansaban de repetir:

—¡Estamos solos al fin solos!

Germana, jugando a la dueña de

—Evidentemente, hasta ahora no habíamos tenido la sensación del hogar verdadero. Es otra cosa, por más que se diga.

—¡Claramente — respondió Germana, — cuando no se está en su casa...

—Al principio — observó Le Rody — tú te alegrabas de no tener a tu cargo los cuidados de la casa.

—Es verdad — contestó la hija de la señora Plébere —; pero acuérdate qué triste nos pareció aquella en otoño. A mí me parecían a veces las horas muy largas.

—Y no lo ocultabas siempre. ¡Ponías una cara de aburrimiento! Mi madre ha sido muy indulgente...

—¿Crees que mamá no lo ha sido contigo?

—¡Oh! ¿En qué? Supongo que no la he incomodado demasiado... No toleraba siquiera que se fumara en su salón...

—Nosotros teníamos el estudio.

—¿Donde seis personas reunidas se asfixiaban! No podíamos recibir a nadie.

—Cada uno de nosotros ha tenido sus mortificaciones. Cuando la señora Le Rody me imponía su régimen...

—La señora Plébere también gustaba de comer lechugas, y yo les tengo horror. Sin embargo, jamás me quejé...

—¡Pues ahora te estás desquitando!

—¿Pero de qué me he quejado yo? Sólo he dicho que había llegado el momento de instalarnos en nuestra casa y que nuestro hogar me gustaba.

—¡Usted reprocha a mamá hasta sus bondades, con una ingratitud!...

—¿Y usted? ¡Usted reniega de las emociones experimentadas ante las maravillas de mi Bretaña!

—¡Está bueno eso! Usted pretende humillarme porque su familia posee una propiedad. Usted recalca su superioridad. Mi cuna es tan digna de estimación como la suya. Le Rody y Plébere valen lo mismo... Yo no tengo por qué sonrojarme de mi origen... Usted se llama Noel... Ni un solo Rey de Francia, se llamó Noel. ¡Vuelva al revés Noel y hace León!

—¡Han habido papas célebres que han hecho ilustre mi nombre al revés! ¡Escriba usted al revés Germana y verá lo que resulta! ¡Eso no significa nada!

—¡Usted me injuria! ¡Ah! Bien veo que me equivoqué al casarme con usted. ¡No estábamos destinados el uno para el otro!

—¿Hasta hoy no lo ha comprendido usted?

—¡Y esta es la primera noche que pasamos en nuestra casa!

Germana, con la cabeza entre las manos, lloraba amargamente, tendida en el diván, mientras que Noel se paseaba a grandes zancadas, furiosamente, a lo largo de su gabinete de trabajo.

Estaban solos... ¡Al fin solos!

MOTIVOS INDÍGENAS

EL ALTIPLANO

Por el sendero abierto en el bravío peñascal que rodea la montaña, dejando la quietud de su cabaña desciende el indio pálido y sombrío.

De la cumbre nevada brota un río que desliza entre riscos la naranja de sus espumas, y en la flora extraña fragmentos del azul prende el rocío.

Grupos de llamas al nacer el día, en sus grandes pupilas infantiles reflejan las primeras claridades...

Renace con la plácida armonía de los rústicos sonos pastoriles el alma señorial de otras edades.

EL TITICACA

El pastor solitario desde las peñas mira perderse en los confines la barca pescadora; el lago de variados fulgores se colora y en las totoras verdes dulcemente suspira.

En el cielo de otoño brota una inmensa pira que las nieves eternas de las montañas dora; el viento helado antiguas melancolías llora, y un cordón de aves grises sobre el agua gira.

Ronca tras de los cerros la música salvaje del pinquillo y la caja, la zampoña y la quena, y rasga el aire a instantes un alarido extraño.

El pastor ve cubrirse de brumas el paisaje, constelarse los velos de la noche serena, y la sombra del monte devorar al rebaño.

RAUL JAIMES FREYRE.

sus costumbres; pero una vez acomodados a ellas, Germana y Noel que respetaban los usos y tradiciones en vigor, vivían en una deliciosa indolencia. Les sucedía en muchas ocasiones hablar de su hogar, pero como de una idea vaga que no se afanaban por realizar.

Un día, sin embargo, Noel anunció que uno de sus amigos ponía a su disposición un agradable cuartito. Poco a poco adquirieron su mobiliario, y solamente al cabo de seis

casas, llamaba para todo, por el placer único de dar órdenes a sus criados. El menú había sido preparado con un arte particular. Experimentaron gran alegría entre aquellos muros frescamente tapiados, y también un poco de sorpresa al decirse que nadie estaba allí para asistir a su felicidad.

Al levantarse de la mesa, acostado en el espaldar de su mullido sillón, con el cigarro en la boca, Noel declaró:



La señora de Bazougues se contemplaba embelesada al espejo, y su hermoso rostro resplandecía de intenso júbilo.

Su vestido nuevo le quedaba maravillosamente bien. Era un vestido muy complicado, de última moda, con túnica, pliegues, galones, encajes y flores.

La señora de Bazougues había encargado especialmente ese vestido para asistir al sarao que ofrecía la condesa de Saint Palmyre, y que se realizaría esa misma noche. El sarao habría de ser todo un acontecimiento.

—¿No le encuentra ningún defecto, Marieta?

—No, señora. Este vestido le queda admirablemente. Creo que nunca ha tenido otro tan bonito.

La adúladora criada agregó:

—Creo que la señora de Malycorne le va a tener mucha envidia a la señora, esta noche, y también la señora baronesa Bourre... ¡Ah! Cuando se tiene el cuerpo de la señora, cualquier vestido queda bien...

La señora de Bazougues sonrió agradecida. Poseía, en verdad, todas las cualidades de la mujer hermosa. Su cutis tenía esa noche una tersura y suavidad excepcionales. Hasta los cabellos parecían estar de fiesta: jamás se había mostrado tan ondeados y sedosos ni se encrespaban nunca tan caprichosamente sobre el delicado cuello... La señora de Bazougues estaba sencillamente divina.

—¿Qué hora es Marieta?...

—Las siete, señora. Creo que el señor no tardará en llegar...

En ese momento llamaron a la puerta.

—Debe ser el señor.

No era el señor Bazougues. Era un empleado de correos que traía un telegrama.

—¿Un telegrama?... Dame... ¿De quién puede ser?... ¿Qué habrá pasado?... se preguntaba la señora de Bazougues ajando entre sus manos el papel azul.

Leyó rápidamente y lanzó una exclamación de fastidio...

—¡Ah! ¡Qué desgracia!

—¿Qué pasa señora?

—Mi tía de Tours, mi tía Lucía, acaba de morir inesperadamente.

Marieta puso cara compungida:

—¡Oh! ¡Qué desgracia para la señora...! La tía de la señora que era tan buena!...

En realidad la señora de Bazougues no experimentaba un dolor muy grande. Ella conocía apenas a esa tía que, por lo demás, tenía muy mal genio. Pero lo desesperante era que la muerte de la tía venía a coincidir con el sarao de los Saint Palmyre.

—¿Qué poca suerte! — murmuró desolada la señora de Bazougues. ¡Qué desgraciada soy!...

Y se miró tristemente al espejo... Tenía que quitarse el hermoso vestido que le sentaba tan bien, vestirse de negro guardar fastidioso luto... En lugar de lucirse y flirtear en lo de los Saint Palmyre, tenía ahora que encerrarse en su cuarto y hacer apresuradamente los preparativos del viaje a Tours con su marido.

El vestido nuevo

Por Mauricio Prax

Y se desató en sollozos...

—¡Qué lástima! — dijo Marieta. Créame, señora, me da rabia pensar que la señora no podrá ponerse ese vestido.

—¡Paciencia! ¿Qué quieres que haga, mi buena Marieta? — exclamó la señora de Bazougues lanzando un suspiro.

—Se me ocurre otra idea.

—A ver...

—Para que la gente no sospeche nada malo, yo iré a la fiesta a llevar el telegrama a la señora, cuando el baile esté por terminar. Así todos verán que la señora no ha sido avisada antes de la muerte de su tía...

Banco Municipal de Préstamos

Remate de alhajas, muebles y objetos varios

OPERACIONES de VENTA

(Préstamos a corto plazo)

Recibe

alhajas, muebles y objetos varios en su local Rivadavia 1972, y muebles en su local Victoria 1301.

Remata

después de treinta días; y sobre los cuales

Anticipa

parte del valor, cuyo saldo total

Abona

a las setenta y dos horas de efectuada la venta..

COMISION DE VENTA 1 o/o

LA GERENCIA

—Mire, señora, ¿sabe qué haría yo en su lugar?... ¡Pues iría lo mismo a la fiesta!

—¡Estás loca Marieta!...

—No. Yo sabía arreglármelas, si estuviera en lugar de la señora. No le mostraría el telegrama al señor, por de pronto. El señor y la señora se encontrarían a la vuelta con el telegrama...

—Habría que volver a cerrar el telegrama. Marieta... ¡Si se pudiera!...

La señora de Bazougues vio que en efecto, era fácil volver a cerrarlo.

Volvió a contemplarse al espejo... ¡Qué bien terminado estaba el vestido!... Sería una lástima...

—¡Eres un demonio; Marieta! — exclamó. — Me estás tentando!...

—¡Es que a mí me parece un pecado no lucir ese vestido...

A las once de la noche cuando Marieta se disponía a salir para llevar el telegrama a su ama, llamaron a la puerta. Era un segundo telegrama que llegaba.

—Esto viene bien — Pensó Marieta. — Casualmente, yo había pegado mal el otro telegrama, al cerrarlo. Le llevo éste. Seguramente le vuelven a avisar, temiendo que el primer telegrama no haya llegado".

Y encaminóse, como habían convenido, al baile de los Saint Palmyre. Entregó el telegrama.

La señora Bazougues, excitadísima, abrió febrilmente el papel. Creyendo, naturalmente, que era el telegrama llegado por la tarde, lo estrujó en seguida, sin tomarse la molestia de leerlo. Y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Qué desgracia! ¡es horrible!...

Se deshizo en sollozo. La señora Saint Palmyre, la señora de Malycorne, la señora de Bourre la rodearon cariñosamente...

¿Qué pasaba? ¿Qué noticia acababa de recibir?

El señor de Bazougues, que estaba por sentarse a jugar al bridge, acudió también.

Entonces, la señora de Bazougues, balbuceó entre dos sollozos:

—Mi tía, mi buena tía Lucía, ha muerto... ¡Ah! ¡Qué desgracia!...

Recibir una noticia así en pleno baile... ¡Era espantoso!

—Pobrecita ¡Qué dolor! Mi buena amiga! — exclamaron todas sus compañeras.

La abrazaron, la acariciaron, le dieron a beber un poco de agua azucarada.

Como el fatal mensaje había caído al suelo, la señora de Saint Palmyre lo recogió.

—¿Me permite enterarme, mi querida amiga, de esta horrible nueva? ¿Qué le mandan decir? ¿Qué detalles le dan?

—¡Ah, lea! — sollozó la señora de Bazougues. Yo ya no tengo fuerzas...

La señora de Saint Palmyre leyó el telegrama, que decía lo siguiente:

"Tours" 19-21 4976. Falsa alarma. Simple síncope. Tía Lucía no ha muerto. No vengan. Fuera de peligro".

Aunque todavía no era la época de los calores, la señora de Bazougues halló pretexto para lograr de su marido la iniciación de la temporada veraniega que pasaban todos los años en hermoso "chalet" de la costa normanda. Quería alejarse inmediatamente de París y de sus crueles amigas, quienes, a raíz de la azorante "gaffe" del telegrama, zaheríanla constantemente con expresiones maliciosas y sonrisas irónicas.

Es más, la condesa de Saint Palmyre más mordaz y agresiva que las demás, la bautizó con un apodo que compendia todas las burlas: "La sobrina que no pudo matar a su tía".

LA ÚLTIMA LEIS

Por Margarita Astray Reguera

Fuera del Pazo sonaron alegres, los cascabeles de Gallardo.

De la jardinera saltó el primero Félix María, sonriente y con una cara de felicidad que se comunicaba a los demás.

—Ven, primita — dijo a Isabel, asiéndola por el talle.

—Formalidad, formalidad, hijos — gritó la tía Mónica, olvidada en un rincón del coche.

Ya en la escalinata les esperaban doña Casta y el buen padre Ambrosio.

—Estás muy cambiado — articuló doña Casta, después de haber hecho un detenido examen del joven —. Más alto, más delgado y mucho más pálido... ¿Dónde va aquel color que tenías aquí?

—Es natural — contestó, sonriendo, Félix María —, los años nos cambian. A la que encuentro monísima es a Finita — añadió, mirando a su prima hasta hacerla enrojecer.

—¿Te acuerdas — prosiguió, acercándose a ella — cuando te sentaba en el columpio?

Si, sí, eso ya se olvidó — cortó doña Casta severamente —; ahora son otros tiempos Josefina es una mujer.

—Y muy piadosa — intercaló el abad —; es presidenta de las Hijas de María.

Félix miró a su prima, que permanecía callada.

Eduvigis, la vieja criada, sirvió el chocolate. Fué colocanda en la mesa con todo orden la jicara humeante y grandes vasos de leche.

El buen abad, en el sitio de respeto, repanchigándose en el sillón de moqueta, apoyó los pies en el taburete de alfombra. La placidez de una doble colación iluminaba, si cabe, su rubicunda faz, y al compás del tic-tac de un reloj montañés giraban sus pulgares en derredor de uno de otro con la íntima satisfacción que da un abdomen más que regular.

Doña Casta preguntó con duro acento:

—¿Y has tenido el valor de aceptarlo?

—¿Cómo querías que lo desairase si lo compró para mí en París?

—Jesús me valga, hija. Nos ponemos en mayor aprieto de lo que supones. Como no conoces la vida, no lo comprendes.

Josefina callaba, mirando de hito en hito a su madre. Antes de enseñarle el medallón, regalo de su primo, bien había pensado lo que debiera hacer. Pero, ¿cómo ocultarlo? El padre Ambrosio lo calificaría de pecado mortal.

—Bien — prosiguió doña Casta; — no se me ocurre nada más que, interin no tengamos el sabio consejo del capellán, te quedes en tu cuarto. Dame ese mamarracho, ese colgante obscuro, indigno de una hija de María.

Finita entregó a su madre el pendiente. Era una verdadera obra de arte: una cabeza de mujer hermo-

sa ofreciendo sus labios carmíneos al beso de un amorcillo de alas blancas. El esmalte tenía una riqueza de colorido, una gama de matices que se asociaban a lo real del deseo y lo figurado del beso.

El engaste perfecto de los quince diamantes rosas avaloraba el primoroso trabajo con un río de luces bellísimas.

Finita tomó del joyero el regalo de Félix María, y como si comprendiese que no había de volverlo a ver, hizo instintivamente el

gesto de besarlo.

—Quédate en tu cuarto — dijo — que vuelva.

Y cerró la puerta.

El abuelo y el tío se miraron palabra.

La presencia del conde no pudo menos de hacer a los postres, en forma de pastel.

—¿Cree usted, tía, que sea de cuidado la indisposición de Finita?

—Ca, hijo; es un poco de enfriamiento, debido, sin duda, al madrugón... dolor de cabeza... creo que esta noche podrá bajar al comedor.

La buena señora dió un suspiro para aliviar el peso de aquella mentira.

—Me alegro — dijo, jubiloso, Félix María —, porque así podremos dar principio a las lecciones de

lenguas.

—Pero ¿qué falta le hace? Josefina no saldrá nunca del Pazo, y comprenderás que aquí no hay con quien hablarlo por mucho que tú se lo enseñes.

Félix se encogió de hombros.

—Tú te pareces como una gota a otra gota a mi hermano, a tu pobre padre, tan distante de mi carácter, siempre ávido de horizontes nuevos; en cambio, Josefina es como yo; se conforma con esta vida tranquila del Pazo de Leis.

Eduvigis oteaba por la galería de cristales.

—Ya viene el señor Abad — dijo —; voy a servirles el café.

Poco después entraba en el comedor el padre Ambrosio, y fué a

—¿Dónde está Josefina? — preguntó al no verla en la pieza. ocupar su sillón.

Doña Casta repitió por segunda vez su piadosa mentira, fijando in-

Señoras y Caballeros: el novio de mi hermana

"SE apellida Gonzalez y Más—agrega Pepita— y es político, periodista, orador y poeta. Hay que verlo, cuando recita aquello de 'Oh dulce amada mía!', mirando de soslayo a mi hermana. Pero en medio de su seriedad y sus versos, es un hombre bueno y amable como pocos. Sólo que cuando se case vamos a tener que cortarle un apellido, porque es lo que yo le digo a mi hermana: 'si te firmas 'Señora de Gonzalez y Más, creerán que te casaste con varios.'"



"GONZALEZ y Más" como todos los que trabajan intelectualmente y están sometidos a una constante tensión espiritual, sufre de violentos dolores de cabeza, con "pesantez" en el cerebro y decaimiento nervioso. ¡Qué torpe y miserable se siente entonces el hábil político e inspirado poeta! Pero es cosa de un instante, porque siempre tiene a mano la

CAFIASPIRINA

y con dos tabletas se le alivia el dolor, se le despeja el cerebro y recobra toda su energía nerviosa. Por eso el otro día le dijo sonriendo a su novia: "sólo dos cosas llevo siempre conmigo a todas partes: tu retrato y un tubo de Cafiaspirina."

Nada hay igual a la CAFIASPIRINA para dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; reumatismo, y consecuencias del excesivo trabajo mental, las traspasadas, etc. NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES.



La próxima presentación que les hará a ustedes Pepita es el "EXCELENTÍSIMO SEÑOR DOCTOR," un personaje a quienes todos respetan y quieren. ¡No se pierda Ud. de conocerlo!

sistentemente sus ojos en los del sacerdote.

Hubo un silencio.

—Esta Eduvigis es una repostera de primera—reanudó el abad. Y dirigiéndose a Félix, que parecía distraído: ¿Ha probado el postre de hoy?

—Sí, señor. Excelente.

—Eso es hablar poco y bien: excelente.

Mientras Félix María paseaba lentamente por las calles de árboles del Pazo, doña Casta, a solas con el padre Ambrosio, pedía consejo sobre lo que había de hacerse con el medallón embrujado. Isabel atistaba el jardín detrás de los visillos. Sus ojos negros, grandes, de mirada febril, tenían huellas de llanto. Divisó a su primo, se acercó más a los cristales, y recorriendo los visillos le saludó con la mano.

El se adelantó presuroso y le preguntó con cariño:

—¿Estás ya mejor, primita?

Finita entreabrió despacio las hojas de la ventana.

—Ya estoy bien, Félix María; creo que bajaré al comedor y entonces hablaremos.

—He pasado una mañana muy triste sin ti. ¿Vendrás?

—Seguro. Yo también lo deseo. Vete ahora y perdona que me retire.

Comprendió Félix, con ese sentido, que se había prohibido a la muchacha hablar con él.

—Observaré—decidió el alejarse, a la par que enviaba a la primita un beso con la mano—. ¡Pobre Finita!—se decía—. Nunca podré arrancarla de aquí, porque ella misma no romperá con esas ideas viejas.

En el comedor, Finita hablaba con su primo en voz suficientemente alta para que pudiera oírles doña Casta, ocupada en una labor de calceta.

Félix María sonreía, incrédulo.

—No puede creer que se haya perdido.

—¿Por qué no?—decía, sofocada, Josefina—. Yo no me di cuenta, pero no lo encuentro. ¿Qué pensarás de mí?

—Nada, primita, es muy sencillo remediarlo. Escribiré mañana mismo a mi joyero de París para que te envíe otro pendiente exactamente igual; ¡no faltaba más!, con lo que te gusta.

Doña Casta dejó caer la calceta.

—¿Otro igual? Estás loco, chico, con lo que te habrá costado... Quieres arruinarlo...

—Le digo que tendrá Finita otro igual.

Allí fué el golpe final. La pladosa señora, pálida hasta la lividez, se levantó de su asiento y en tono severo dijo:

—Hazme el favor de no molestarme. Josefina no puede, no debe aceptar ese medallón, que será la última moda de París, pero que una descendiente de los Leis no debe llevar.

Sobrevino un silencio prolongado.

Doña Casta continuó su labor de calceta, adoptando un aire tranquilo y mirando a hurtadillas para ver el efecto de sus palabras.

—No te enfades, primo—suplicó con dulzura y muy bajo Finita.

—Tú no tienes la culpa, ¡pobre Finita!

—Y yo tampoco—terció doña Casta—; comprenderás que estoy cargada de razón.

—Y de influencia—añadió el jo-

ven por todo comentario.

—¡Sacrilegio!—murmuró, encendida, doña Casta.

Félix cortó la escena, levantándose y dando las buenas noches antes de que el abad, siguiendo la tradicional costumbre, viniese a empalmar su segunda colación.

Desde la puerta dirigió una sonrisa a su prima.

Félix María continuaba en el Pazo de Leis sufriendo, pacienzudado, las impertinencias de su tía, que de día en día se mostraba más intransigente con él. Josefina parecía preocupada, siempre ajena a las conversaciones, y únicamente intervenía cuando su madre era injusta en demasía.

—¡No te enfades, primo!—decía con voz dulce.

Era un sábado.

—¿Te olvidas del día que es?—preguntó doña Casta a su hija.

—Ya voy, madre—contestó la muchacha, mirando con sus gran-

de de este ambiente donde te asfixias.

—¿Qué dices? ¿Que quieres llevarme contigo?

—Sí; pero casándonos antes en ese altar de tu Virgen, virgencita mía...

Calló Félix, devorando con los ojos a su prima y esperando con ansia la contestación de sus labios.

Ella permaneció silenciosa, inmóvil, con la vista en el suelo, donde el manojo de rosas yacía deshecho.

—¿No me respondes?—insistió.

—Es un imposible—suspiró—; por eso no quería contestarte.

—Según eso, tú no me quieres.

—¿Lo sé acaso? Yo no soy dueña de mi corazón; no puedo quererte...—y rompió a llorar, ocultando el rostro entre sus manos.

En la vida de París, Félix María procuraba dar al olvido el sueño acariciado durante dos meses en el Pazo de Leis.

PARADOJA



—¿Cómo es que has reído con éste?...

—Porque se quería casar antes de tiempo..., y luego no se iba a casar ni a tiros...

des ojos a Félix María—, primero al jardín para coger las flores, y después a la iglesia para adornar el altar.

—Y voy yo también—murmuró bajo Félix—, quiero ayudarte.

—De ningún modo—arguyó la tía como un reproche—; el padre Ambrosio se enfadaría.

—Por lo menos, creo me permitirá usted que acompañe a Finita al jardín.

Calló doña Casta pensando:

—En ello no encontrará el abad nada mal hecho.

Los dos jóvenes, aprovechando el silencio como un otorgamiento, bajaron al parque.

—Deseo hablarte a solas, y, sin embargo, tengo miedo.

—¿Miedo? ¿Es posible que tú me tengas miedo?

—Verás—dijo Félix tomándole una mano—; miedo a que quizá no pueda volver a verte.

—¿Pero te vas? ¿Tan pronto?

—Sí, mi Finita, primita mía; he estado aquí sólo por verte, por estar a tu lado. La tía no me quiere, el abad me detesta... Sólo con la esperanza de hablarte de algo muy serio he sufrido...

—¡Muy serio!—repitió Finita enrojeciendo.

—Sí, y porque te quiero mucho, deseo llevarte conmigo lejos, sacar-

Josefina—su Finita—lo había calificado de imposible. Por eso él buscaba en la gran ciudad una Finita igual, con sus mismos ojos grandes, su alegría de jilguero y aquel corazón abierto al primer amor.

La pobre muchacha recordaba también al primo; desde su partida apenas dialogaba con su madre, temerosa del reproche que pugnaba por salir de sus labios como una acusación a su felicidad rota. Se olvidaba frecuentemente de ofrendar a su Virgen las flores frescas. Cuando Félix María estaba en el Pazo él mismo le ayudaba a cortarlas, separando las espinas para que no pinchasen las bellas manos de Finita.

¡Y ahora qué sola!

Una tarde de diciembre, cargada de nubarrones se recibió una carta en el Pazo de Leis. Traía sello de Francia. Finita conoció la letra de Félix; pero no venía dirigida a ella.

Doña Casta la abrió, mirando de reojo a su hija. Poco decía, pero muy decisivo para Josefina. Félix María anunciaba su enlace con una joven española que había encontrado en Neuilly, modesta y buena como Finita, y que se llamaba Josefina. "porque Finita—añadía el primo—no hay más que una".

Desde la noticia, la salud de la joven ofreció cuidadosos serios a doña Casta.

—A mí me parece que convenría llevarla a una consulta de un buen médico. ¿No le parece, padre Ambrosio?

—Esperemos—contestaba el buen cura, tomando un polvo de su tabaquera de cerezo—confiando en la Virgen, que tanto la quiere. Y añadía: ya verá el día de la función, cuando luzca en la corona los diamantes del medallón de Finita, como se pone alegre y mejora.

Un sábado, al arreglar Finita el altar, hizo el último sacrificio. Conservaba como único recuerdo de Félix un pensamiento morado muy obscuro; parecían sus hojas de terciopelo. El primo lo puso entre los labios de Finita una tarde... Ahora ella se lo daba a la Virgen en su corona, entre los diamantes del medallón...

A la hora de la cena, Finita no apareció en el comedor. Eduvigis y los criados la buscaron inútilmente en el jardín. Doña Casta, confortada por las palabras de consuelo y resignación cristiana del buen abad, ofrecía a Dios su dolor, caso de ocurrir una desgracia. La noche transcurrió en un sobresalto.

A la mañana siguiente, cuando clareaba el día y el sacristán abría la capilla para la celebración de la misa del alba, vió con sorpresa algo extraño, que pronto se difundió como un milagro.

Josefina de Leis, la última descendiente de tan ilustre linaje, estaba muerta al pie del altar, con los ojos muy abiertos en dirección a la corona de la Virgen, y entre las manos, cruzadas, quedaba un pensamiento de hojas moradas obscuras, como de terciopelo.

Delicadeza filial

Meyer tenía un hijo, que, contrariamente al carácter de su padre, no era ahorrador. Además, era un holgazán extraordinario.

El otro día, Meyer, padre, le reprendía:

—Tú ves—le dijo, yo, por ejemplo, a la edad de quince años, he estado en una casa de comercio como dependiente, sólo por la comida, y he trabajado tanto, que al cabo de cinco años me he visto rico y socio de mi patrón...

—¡Anda, inténtalo ahora!—le dijo el muchacho—. Eso era fácil en tu tiempo, cuando no había cajas registradoras.

Un suspiro

Es la madrugada...

La señora de Gómez despierta a su marido y le dice al oído:

—Arturo, hay alguien en el cuarto de la criada. Veo luz y oigo hablar bajo.

A lo que responde Gómez, con un largo suspiro:

—¡Ah!... ¡No puede uno estar seguro nunca de la fidelidad de la servidumbre!

He aquí la historia que me contó hace poco mi viejo amigo Trancard, antiguo capitán de cabotaje, retirado hoy en Carteret.

—Se trata—me dijo de dos gaviros de alta mar, nacidos en este puerto de Carteret, donde he querido armar mi viejo esqueleto antes de emprender mi último viaje.

Estos dos buenos amigos de la infancia habían navegado en conserva por todos los océanos del globo antes de perderse de vista, cosa que ocurre muy a menudo en nuestro oficio.

No ignorará usted que los normandos suelen ser a veces tan supersticiosos y crédulos como los de pura raza bretona. La vida aventurera entre cielo y agua ejerce influencia en sus almas sencillas.

Antes de embarcarse, uno para Oriente y otro para Poniente, Juan Hirel y Pedro Ledru se habían hecho recíprocamente la siguiente promesa:

“El primero que muera de los dos se aparecerá al otro para contarle lo que pasa en el otro mundo”.

Durante más de diez años los dos gaviros pudieron dormir tranquilos. Y cierta mañana Juan Hirel regresó a su país, donde supo que le creían muerto, puesto que su navío, un buque nantés de cuatro palos, se señalaba como perdido en el Pacífico con tripulación y cargamento, y supo también que su camarada Ledru se había casado y establecido en Carteret, donde era pescador.

Su primer cuidado fué ir a visitarlo; pero Ledru estaba en el mar con su barca, y no encontró más que a su mujer, Amelia, una rubia con cara maliciosa, que, después de los cumplidos de rigor en semejantes casos, dijo a Hirel:

—¿No prometió usted a mi marido que si moría antes que él vendría por la noche a tirarle de los pies? El le cree a usted difunto, y, por tanto, le sorprende mucho no haber visto aún su fantasma.

—Diré a usted, señora Amelia; si no ha visto ni fantasma es porque no estoy muerto...

—¡Es igual! En esta ocasión podría usted prestarnos a él y a mí un gran servicio.

Y acto seguido se puso a explicarle cómo Ledru se había convertido en el más incorregible bebedor del lugar y que no sabía ya qué remedio ensayar para quitarle su afición a empujar el codo.

—Si usted quisiera —concluyó— podríamos entre los dos trampear una treta. Esta noche dejaré la puerta entreabierta, y usted entrará y se aparecerá a mi marido como si se hubiese usted ahogado. Esto le producirá una gran impresión, que usted puede aprovechar para afearle su vicio y arrancarle la promesa de no dedicarse más a la bebida.

Juan Hirel se resistió; pero concluyó por aceptar.

Aquella noche Ledru entró en su casa tieso como un inglés, engulló

EL FANTASMA

Por Jean Bouvier

la sopa, se metió en la cama y se durmió sin decir palabra.

Amelia se acostó junto a él, como de costumbre; pero sin dormirse y con el oído alerta, esperando la llegada de Hirel.

Este se presentó a cosa de media noche muy tranquilo:

—¡Hola, Ledru! —dijo con voz fúnebre.

—¡Grite usted más alto! —le aconsejó Amelia—. Está con una

PROMETEO

Las gradas estaban llenas;
Ruidosa y alborotada,
La muchedumbre apiñada
Cabía en el circo, apenas.
Desierta quedóse Atenas
Desde el Pireo al Pecilo,
Qué más que el famoso Milo,
El atleta de Crotona,
El pueblo aplaude y pregona
Las creaciones de Esquilo.

Hierve la inmensa canalla
Con estrépito sonoro;
Comienza a cantar el coro
Y el ronco murmullo calla.
Cruza el rayo, el trueno estalla;
Sobre el Cáucaso elevado,
Desnudo y ensangrentado,
Gime un hombre sin consuelo;
Pero en vano clama al cielo
Prometeo encadenado.

De aquel gigante caído
Que se revuelve y se agita,
Así el corazón palpita
Dentro del pecho escondido.
Misterio no comprendido
Que le condena a ser reo;
Cadenas forja el deseo
Que intenta romper en vano;
Cada corazón humano
Lleva adentro un Prometeo.

No hay razón por que se asome
(bre el pueblo ante aquella escena:
Arriba, el cielo que truena;
Abajo, el dolor del hombre.
De otra tragedia sin nombre
La humanidad es actora;
Eterna y aterradora
La gran tragedia se mueve:
Arriba, el cielo que llueve,
Abajo, el hombre que llora.

Inquietud gigante, inmensa,
Que al espíritu combate
Lo que en nuestro pecho late,
Lo que nuestra mente piensa.
Esa vaguedad intensa
En que se agita el deseo,
Fe inspirada en Galileo,
Constancia heroica en Colón,
Ensueño, caos, razón,
¡Prometeo! ¡Prometeo!

Destino, error, fatalismo,
Virtud, serena conciencia,
De un lado el bien y la ciencia,
Del otro el mal y el abismo;
En medio noble heroísmo
Que alienta en el corazón;
Por el hombre abnegación,
Por la patria inventada,
Por el progreso venado,
Por el cielo religioso.

Firme fe, que contra el yugo
De la ignorancia y del vicio
En heroico sacrificio
Su cerviz rinde al verdugo.
Detener al cielo le plugo
En tallica disputa,
Y ninguna temer se mudaba,
Ante el bien nada le arredra:
En la eterna llama se purga,
En la eterna llama se purga.

El cielo airado, teñido
De nubes al horizonte;
Sobre la cima de un monte
Desnudo un hombre oprimido.
Mal que triunfa, bien vencido,
Verbo de Dios encarnado,
Cristo en la Cruz enclavado,
Llanto y dolor: no os asombre:
Es la tragedia del hombre,
Prometeo encadenado.

Rodando en la inmensidad
Peñasco informe es la tierra,
Quebrado monte que encierra
Sujeta a la humanidad.
Luchando por la verdad
Y de la ignorancia esclava,
Su dolor el tiempo agrava,
Su mal nunca se remedia:
Esa es la eterna tragedia,
Tragedia que nunca acaba.

¡Ay! Al pueblo que aplaudía
Más que al esfuerzo de Milo
Al genio sacro de Esquilo,
Que el “Prometeo” escribía,
Nadie le dijo aquel día:
—La poética ficción
Que tu aplauso y tu emoción
En el escenario aprueba,
Es la tragedia que lleva
El hombre en el corazón.

Ricardo Blanco Asenjo.

mona de primera clase esta noche.

—¡Hola, Ledru! —gritó como un condenado.

El maldito estaba hecho un tronco. Su mujer tuvo que propinarle fuertes golpes para despertarle.

—¿Qué pasa? —tartamudeó él con la boca pastosa...

—Mira hacia aquí... Soy yo, Hirel, tu antiguo camarada. ¿Me conoces?

Ledru abrió desmesuradamente los ojos y divisó la sombra de su amigo, envuelta en un rayo de luna. Le sacudió un escalofrío de terror y exclamó:

—¡Es Hirel! ¡No es cosa de engaño!

—Vengo desde el fondo del Pacífico —contestó el fantasma— para cumplir mi promesa.

—¡Gracias, gracias! —masculló el borracho.

—También vengo —continuó el otro— para predicarte un poco de moral. Según parece, te embriagas de un modo vergonzoso y te gastas en vino tu hacienda. Esto no puede durar, y si no quieres que te arrastre conmigo a las bodegas del Infierno, has de prometerme que no volverás a emborracharte en tu vida.

—¡Bien está! —repitió Ledru, procurando ocultarse bajo las sábanas.

Pero Amelia que fingía no darse cuenta de nada, tiró tan bien de las ropas hacia ella, que su marido tuvo que permanecer, a pesar suyo, cara a cara ante la aparición.

—¡Júralo, o te llevo conmigo!

—Bueno, no te enfades. Te juro que no beberé.

—Tengo todavía un castigo que imponerte —repuso el camarada.

—¿Qué es, hermano?

Cuánto gastas cada vez en la taberna?

—Unas veces más y otras veces menos; pero un mes con otro podemos calcular de sesenta a cien francos.

—Pues, en lo sucesivo, separarás estos cien francos para enviármelos.

—¡Enviármelos! ¿Y a dónde, puesto que has muerto?

—No te inquietes por mi muerte. Dirígelos sencillamente al domicilio de mi madre, calle del Bos-Port, en un certificado de Correos y a mi nombre. Yo me apareceré a ella para anunciarle tus envíos, y con ese dinero mandará decirme misas.

Ledru, completamente aterrorizado, iba ya a comprometerse, cuando su mujer saltó de la cama y se acercó airada a Hirel.

—Esto —le dijo amenazadora— no vale, pues no era lo convenido. ¡Habrás visto el pícaro, que se divierte fingiéndose fantasma para engordar a mi costa!

Y mi viejo amigo Trancard se desternillaba de risa al contar esta farsa, que terminaba con esta palabra:

—¡Tableau!

Todo fenómeno químico, físico o sociológico, responde a leyes que regulan su influencia, su evolución y su duración.

En el orden químico, se dice: que toda supersaturación "positiva" en los componentes de un compuesto, puede ocasionar una debilitación o una anulación en los efectos a producir por sus coeficientes; cuando no, son contraproducentes a los buscados en su aplicación.

En el político, por su afinidad paronímica con el físico ya que se actúa en un "mundo" personal, las influencias individuales o colectivas, que son las fuerzas emotivas, pueden sufrir una laxación en sus valores por la supersaturación "negativa" de cualquiera de los factores constituyentes: concepto, idealidad, atracción, etc., etc.

Meteoros o aereolitos (en sus casos en el ambiente de la vida social de los pueblos, no pueden sustraerse o a las leyes que en el mundo físico marcan la duración de su visibilidad en el Cenit, o a las que determina su desprendimiento de la masa por la pérdida de las calorías que son la fuerza de vitalidad, de atracción molecular.

Haeckel llama a esas calorías, "Alma atómica"; y en consecuencia, atribuye los desprendimientos a un divorcio atómico por choque en afinidades sensitivas.

En el lenguaje vulgar políticos, traduciríamos ese fenómeno por: la llegada al término fatal de las consecuencias personales frente a soles en decadentes irradiaciones.

Considerando el ambiente social, era visible en Buenos Aires, particularmente, la supersaturación "positiva", por la presión nerviosa que provocaba en el régimen de vida las luchas pasionales; pero, como ese ambiente era la obra de un conjunto de voluntades que hicieron ley social, su modificación o desaparición sólo podía producirse por otro conjunto de voluntades en desequilibrio de ideas.

Es otro principio químico: que los componentes de un cuerpo se divorcian entre sí ante la presencia de otros, o bien se combinan con ellos formando un cuerpo distinto de ambos.

Aplicando el principio de Haeckel, (antes referido) a la vida social, vemos que: por la desarmonía entre las "almas atómicas", otrora afines a Rosas, se produjo el divorcio social (Urquistas y Rosistas); en contacto accidental los primeros con otro conjunto atómico (los proscripitos), por la ausencia de afinidad, de origen político, chocando sus "almas atómicas", produjeron la separación y formación de dos compuestos, Confederación y Bonaerenses, si bien uno en la finalidad; en completo divorcio por modalidades interpretativas.

Ese conjunto de circunstancias

¿Por qué cayó Rosas?

Por Martín V. Lascano

(Del libro «Don Juan Manuel de Rosas. — Juicio reivindicatorio» — Segunda edición corregida y aumentada).

gravitando sobre la psicología de las masas en su volubilidad afectiva, fueron las fuerzas morales que determinaron la extinción del poder luminoso de Rosas, quien, durante más de tres lustros fué el Sol que irradiara las virtudes ciudadanas que caracterizaron su personalidad y su gobierno. (V. consideraciones finales. Capítulo XVII).

El General Tomás Iriarte (op. cit. en Cap. XVIII, dice: *Hasta los mismos pauciales de Rosas suspiran porque llegue el momento de su*

nos Aires (1839) con la participación de Maza, y en 1846 con el Tratado de Alvarez, en ambos actuando afines a Rosas. Fué la rúbrica puesta a esa aspiración, la casi negativa resistencia opuesta por las fuerzas de Rosas.

La caída de Rosas, sólo significó el cambio momentáneo de Sol espiritual, pues siguió repitiéndose la evolución Zodiacal de los Gemelos: Hoy desciende Rosas para que ascienda Urquiza; mañana brilla Mitre sobre éste y así sucesivamente

INVOCACION

¡Oh, fuego dame el arco de tu llama
y tu flecha de luz; dame la elástica
vivacidad de tu vibrante brazo,
llenó de fuerza y de felina gracia:
herir ansío el pecho del misterio
para que sangre la inmortal palabra,
la que hace sudar mi pensamiento
en una búsqueda angustiosa y vana;
la que, a veces, golpea mi optimismo
como el tic-tac de un pendulo
en una hora trágica,
la que en la hora mía del crepúsculo
flota en un claro río de campanas
y se espeja en los ojos de los bueyes
y con los grillos mi inquietud escarba,
mientras el barco enorme de la noche
poblado de fantasmas
de astros
avanza.

MAYORINO FERRARIA

caída, los unos es verdad, para gozar de los bienes mal adquiridos al vil precio de la adulación y de los servicios prestados a la Dictadura; pero la mayoría de sus apasionados conjutores, para librarse de las calamidades, cuyo término posible lo ven únicamente en el descenso del hombre que los ha concitado.

CASEROS

Las fuerzas materiales que acompañaban a Urquiza tuvieron su influencia como factor moral concurrente a la consagración de la aspiración social a una modificación del ambiente en que se vivía y que se venía exteriorizando en Bue-

van apareciendo y desapareciendo los Soles políticos; y el país, sujeto a todos los males que libertara Epimeteo de la Caja de Pandora.

El Redactor del Boletín del "Ejército Grande", — que lo fué Domingo Faustino Sarmiento — dijo en el No. 26: *Tres mil tiros de cañón disparados, bala rasa, metralla y fuegos a la congrève, han dado estrépito a la caída del tirano...*

Suponiendo a la artillería como única arma de ataque empleada, y acordando a cada disparo como minimum de efecto una sola víctima enemiga, el ejército de Rosas

debió tener una pérdida mínima de tres mil hombres — y esto no está probado por ninguna estadística de verdad.

Según la monografía de la Sección Histórica del Estado Mayor del Ejército (1911 las pérdidas sufridas por el ejército de Rosas sería de 1500 hombres; y de éstos, una mitad habrían caído durante la persecución, bajo los golpes de la caballería.

Tampoco lo estuvo probado que: los proyectiles que lanzara su imprenta abogara la armadura de Rosas, como Urquiza se lo recordó en la carta que en su nombre le escribiera su Secretario Angel Eliás (2 enero 1852) y en la que decía:

S. E. el señor General, ha leído la carta que ayer le ha escrito Vd. y me encarga le diga respecto de los prodigios que dice Vd. que hace la imprenta asustando al enemigo, que hace muchos años que las prensas chillan en Chile y en otras partes, y que hasta ahora, don Juan Manuel de Rosas no se ha asustado: que antes al contrario, cada día estaba más fuerte.

Y aquí ocurre poderse ver un gesto de represalia a la carta anterior, considerando los términos del Boletín No. 26 recordado. Dijo Sarmiento: *que todas esas descargas dieron estrépito a la caída de Rosas* ¿Por qué no pudo, también, querer disminuir el valer de Urquiza en la dirección del combate, significando que Rosas no cayó por el efecto mortífero de los 3000 disparos, sino que huyó asustado del ruido ensordecedor de esos disparos hechos en andanadas? No hago caso gramatical, sólo sí de intención, muy propio de la psicología de Sarmiento.

Igualmente debemos ver en ese gesto diminutivo, al valor que Sarmiento asignaba a su propaganda periodística, una de las causas, sino la verdadera de su emigración a raíz de Caseros.

El doctor Abértano Quiroga recuerda que con motivo del secuestro de una carta de Sarmiento a Ascasubi, en la cual refiriéndose al entusiasmo de que estaba poseído el pueblo del Rosario contra el despotismo de Rosas, etc., etc., y terminando *Nuestra propaganda ha producido este movimiento extraordinario y estoy seguro de que Vd. con sus versos y yo con mi Boletín, nos bastamos para derrocar al tirano*, llevó al General Urquiza a convocar un Consejo de Guerra ante el cual hizo leer por Ascasubi la referida carta y terminada dijo: *Ya ven Vds. señores, no tenemos nada que hacer, los versos del Mayor Ascasubi y el boletín del señor Sarmiento parece que bastan para obtener el triunfo y es inútil la campaña*, Sarmiento hace comentarios al respecto en Tomo XIV, pág. 182-183.



Preste a los líquidos que bebe

La atención que dá a los alimentos que come

La mejor Agua Mineral

U. T. 4603 y 6965 Avenida

"El artista muestra su carácter en la elección del motivo", dice el delicado Longfellow en su novela *Hyperion*. ¡Cuánta exactitud encierra esta sentencia pacientemente concebida por el viejo poeta americano!

¿Creéis que se pueda realizar una obra—, con amor se comprende—, sin poner algo de sí mismo? ¿Es posible escribir un buen libro, por ejemplo, sin que se refleje el temperamento de su autor?

Yo afirmo que no; por mucha habilidad que se tenga, no se puede disimular el gusto de un artista y menos aún, en una obra de inspiración y aliento. Donde el autor quiere que haya un alma, ahí está la del autor.

Recordando esta frase de Longfellow que me ayuda a juzgar el reciente libro del poeta Visillac, me digo sin vacilar y sin temor: "Visillac, es el poeta devoto de la naturaleza multiforme; en su corazón la siente y con su corazón la canta".

Y no puede ser de otro modo: "Es en el corazón del hombre donde tiene lugar el espectáculo de la Naturaleza—; dice Jaques Rousseau—, para verlo hay que sentirlo".

Al hablar así, de Visillac, crea no equivocarme; mi modesta apreciación me regocija, pues me parece haberle comprendido... y comprender es mucho porque es todo.

En su *Llama Interior*, como intitula su último volumen de poesías—, que yo comento algo tarde porque estoy en Europa—, el dulce trovador va cantando aquello que San Francisco de Asís llamaba simple y llanamente: *mi hermano el Viento y mi hermana el Agua*, cantando la magnífica vista de las praderas esmaltadas de flores, los campos argentinos preñados de áureos trigales, el estremecimiento de los pinares al soplo de la brisa, los frutos que dan los árboles en los predios de Dios, la vieja casa solariega con su patio, su aljibe y su parral perlado de rocío en la noche cosmogónica, con sus astros serenos en el espacio celeste... En suma, todas las armonías del Universo que vibran en su quimera de artista.

Lo que me gusta de su obra poética, no es precisamente su modo de rimar, que, desde luego, es discreto, porque al fin la forma es cosa secundaria; no. Lo que me agrada, lo que realmente me seduce es su vida tal cual es, dicha con finura y sentimiento!

Es cierto que la estrofa es una copa que cuando está labrada primorosamente es joyel de estimable valor, pero aun mejor que la copa, preferible es el elixir que contiene; en su néctar ha de haber substancia y espíritu, color y aroma, de lo contrario no se hallará más que el ánfora, que podrá ser muy hermosa, pero después de todo ánfora solamente, ¡masa inerte!

Las flores de retórica sirven para mucho, puesto que sirven para adornar, pero, ¿qué se ha de adornar cuando falta el esqueleto? Toda obra requiere una base como todo edificio sus cimientos. La de Visillac posee este precioso elemento constitutivo; su fondo, esencialmente bucólico, se inspira en la majestad de la Creación, por eso su rostro es a la vez filosófico y panteísta.

La música de sus rimas fluídas y de amor tranquilo por todas las cosas de la tierra, nos arroba dulcemente, sin convulsión ni vértigo, sin artificial sonoridad declamatoria; y el perfume de sus trovas pastorales, porque perfume tienen, nos hace sentir la altiva apoteosis de la primavera radiante o el lívido paisaje del otoño humilde.

Pero su principal mérito, repito, reside en su noble fondo más que en su ritmo y en su métrica: en la pureza de sus imágenes y en la sin-

Félix B. Visillac

El poeta devoto de la
naturaleza - Al margen
de sus trovas.

ceridad de sus sentimientos. En sus endechas emotivas, límpidas como un cielo toscano, se encuentran, la sabiduría que da la experiencia de la vida, el desengaño resignado ante la materialidad del mundo utilitario, la reclusión de un alma buena que se repliega en la soledad, para ser ella sola y soñar para sí misma, convencida de que sus ideales disuenan o se pierden en el fragor de la batalla dominadora, de grotescas pasiones y mezquinos conceptos, donde sólo impera el interés, el egoísmo y la maledicencia.

Visillac, medita como un hombre para quien la vida ya no guarda misterios o secretos, porque todo lo ha vivido. Muy de cerca conoció el Placer y muy en carne propia el gran Dolor; la miel y el alcíbar del mundo: lo que nos tienta y lo que nos envenena. Principió sus sueños con la Ilusión, como empezamos todos, mas, en plena jornada le sorprendió la Amargura... Y cual un monje solitario en el vetusto claustro de su monasterio que sólo anhela los goces puros, el poeta comienza a orar:

RUEGO

Transmíteme, Señor,
la alegría del pájaro que canta
sobre la débil rama del espio...
¡La que ofrecen las flautas
eternas de los vientos que en la noche
llevan las hojas mustias de las parras!
Ofréceme, Señor esa alegría
de las rosas que esmaltan
los solitarios huertos... Que ese vaso
de mi alma
sólo llene la esencia de las flores...
Como la roca impávida
que es duro pecho para el golpe rudo
de la ola que brama,
como la enhiesta roca, haz mi existencia
fuerte; dale la santa
serenidad del árbol del camino
que no teme si pasa la borrasca!
¡Que mis pupilas copien
el azul de los cielos que me encanta
e invade a mis oídos



—¿Puedo esperar de usted la limosna de un poco de amor?
—Imposible, amigo; porque tengo mis pobres.

la música exquisita de las alas
de la paloma blanca, que se abisma
en lo insondable, en tardes y mañanas!
¡Haz que mis labios beban,
cuando la sed me abrasa
en estos arenales de la vida,
el agua de la fe, de la esperanza!
¡Transmíteme, Señor, esa alegría
que las cosas creadas
ofrecen al viajero silencioso
que lleva triste el alma!

Después, desconsolado por las ingratitudes humanas, recuerda sus horas de opulencia, cuyo bienestar lo compartió con otros; y más tarde, cuando sus arcas quedaron exhaustas, cuando el sol en sus días de esplendor entró en su ocaso, lo que vio alejarse de su derredor: a sus amigos, a sus parientes, tal vez, ¡quién sabe!, aquellos a quienes tendió con mano generosa, el pan de su mesa y el vino de sus odres... ¡Entonces, halló el vacío y el silencio en torno suyo!

El bardo lo dice con refinada sensibilidad y con muy digna resignación:

ENTONCES Y HOY

Te ofrecí mi granero
y pequeño rebaño,
y en el agua sonora de mis ríos
enjuagaste tus manos;
te dejé divagar bajo la sombra
hospitalaria de mis altos álamos,
y teñiste tus labios en la púrpura
de la fruta en sazón que había en mi prado!

Te dejé pernoctar por mis caminos
de acacias circundados
donde en la primavera hay armonías
y rumores extraños;
compartiste en mi mesa
del pan que da el honrado
trabajo, y el perfume de mis rosas
aspiraste en mi patio!

Pero hoy que ya todo lo has tenido,
que no ostentan mis parras verdes pámpanos,
y está exhausto el granero
y ha desaparecido mi rebaño,
que los cierzos lleváronse mis rosas
y huyeron de los árboles los pájaros,
me encuentras en tu vía
bajo el sol de este ensueño en que me abraso,
y tus ojos se apartan de mis ojos
y tus manos se alejan de mis manos.

Y a estos breves poemas de dolor y pasión, siguen muchos otros igualmente y bellos melancólicos, con las incertidumbres de su atormentada existencia, pequeños dramas íntimos que dejan vislumbrar pesares sin lamentos y sollozos sin lágrimas.

Pero ¡qué importa! Digamos la frase consagrada: ¡La vida es así! Visillac la comprende muy bien y no se queja; sólo que más triste y más pensativo, se recoge en su albergue, retorna a su amado rincón, a sus viejos libros, a cuidar sus plantas hogareñas y sus pobres flores, a soñar por la noche el sublime sueño de los incomprendidos, volviendo sus ojos hacia el infinito, para buscar, como Porphyre, a Dios en la naturaleza, y la naturaleza en Dios!

Ricardo Arámburu.

Burdeos, febrero 1927.

Carta de un gaviero

Por el Teniente Dosserres

Devuelta por el correo, por ostentar una confusa dirección en el sobre, hay una carta, cuyo autor, a pesar de haberse formado las divisiones en su procura, no se ha presentado. El oficial de detalle, con autorización del segundo, sospechando de que se encontrara a bordo un nuevo polizonte, ha procedido a abrirla, en la esperanza de poder identificarlo.

Como la carta la firmaba "tu viejo gaviero", nada se ha adelantado en tal sentido, aunque nace la presunción, ahora, de que haya sido escrita por un marinero del buque, ausente en este momento o que teme haber ofendido a alguien en ella y puedan pedirle cuentas, en lo que estaría equivocado.

En ella, con tinta violeta, papel con membrete del buque, y letra poco cursiva, más o menos se lee lo siguiente:

"Querida María: Ya estamos fondeados con cuatro grilletes en Puerto Madrid, que no te vas a creer que es el de España, como porfiaba la gallega Concepción el día que estuvo a bordo para ver salir el buque. Ami no me va hacer tragar esas cosas porque el que sabe, sabe, y yo he estado con el "Vicente", con el "Plata" y con el "Primer de Mayo", que para robar no le tiene miedo a nadie.

Hasta ahora andamos "ol-rai", como dice un cabo que no es loco como se creen, sino un hombre de carácter, que al menos le pregunta a uno si está mal para componerlo, y si lo grita, lo hace en inglés, en francés o alemán, que si lo entendiera tu mamá que es tan fina le iba a dar calor.

Algunos oficiales son muy buenos y se ocupan de uno y a lo mejor, a la vuelta vamos a estar con patentes de gavieros, como la van los artilleros, que con los premios de apuntadores y alceros se creen que toda la plata es para ellos.

Yo voy a empezar a hacer la guardia de timón pronto, y así me hago de relaciones. — Lástima que el Segundo que ahora es capitán de Fragata, no haga guardia, porque entonces hasta cuatro viajes no paro.

Vos no te aflijás por mí que ganamos oro y cualquier día te voy a dar un gusto girándote en esterlinas para que le mostrés lo que es "mosca" al casero. Decime si ya te dieron el lavadito que te habían prometido para descontártelo cuando te mande la "biyuya" y no te aflijás por tu trabajo en la tina que yo también la lavo los viernes, cuando hay cierto alférez de guardia y, sin embargo, no me quejo... Ahora ya los conscriptos con tantas clases e instrucción no son comedidos como en el tiempo de los Sub-Oficiales que hablan del Almirante Barilari, pero yo creo que la pasaban gorda.

Hay un Oficial de maniobra que fuma en pipa y que da gusto porque manja del asunto, y si no ha estado cuando el "Garibaldi" perdió las anclas le pasa raspando. También hay un Aspirante que vive a la vuelta de casa, con quien chamuyamos en los contraretenes mano a mano, y como es de los primeros de la camada a la vuelta es Guardiamarina a la fija y no te digo nada si caigo en la división.

El Oficial de Detall todavía no la tiene con el agua dulce como en otros viajes y uno de estos días, cuando esté de guardia, me lo atraco para que me levanten la tacha de desertor, porque no es justo que por cuarenta y dos días que le

pegué a la falta me la den en los próximos ascensos.

No tengas miedos que chupe, porque la cantina es oficial y no venden cosas fuertes, y yo no soy hombre para tomar vino rubí.

El otro día estuvimos por hacer una "Game-lita" con unos cabos, festejando mi santo, pero a causa de un bombillo que le faltaba a la lancha, se puso de moda el pasadizo y el oficial de guardia paró el ojo como "sporter" y chau, no hubo caso. Es una vergüenza como está la armada con la gente tan poco mariñera; cuando hay que largar un bote, hay que preguntar si tiene tapete y si tiene anclote, bombillo y todo: después por culpa de los aprendices, a lo mejor te hacen embarcar después de haber estado de guardia.

No te vas a creer que todas estas fiestas de

Mar del Plata eran para nosotros como muchos creen. Yo ligué en tierra un asado medio regular y me encontré dos cucharitas, y a una le voy a poner tu nombre y el del puerto para recuerdo.

No te mando más que una tarjeta postal del buque porque vos sabés lo que son las atenciones con las visitas. En una de esas que acompañar a familias que vienen como a visitarnos y como quieren todas al buque no las podés dejar con las manos vacías. Te marco con una crucecita el penol de la verga a donde tiene que subir el aprendiz Petruelli pa que se la mostrés a la madre y la conformés; si lo viera desde cubierta lo encontraría aun más chiquito. Y con dos cruces, para que no confundás, donde manda este gaviero que no le teme a los temporales ni aunque vengan de los cuatro rumbos".



Vencidos

son aquellos hombres debilitados, sin voluntad, a quienes les falta carácter y energía. Si emprenden una empresa no tienen confianza en el éxito y es, ese pesimismo, el que los hace fracasar. Los vencidos no tienen voluntad para librarse de ese cansancio que les hace desear estar acostados durante todo el día.

Es para ellos, para los débiles de cuerpo y de espíritu que hemos creado la

NUCLEODYNE

"EL TONICO QUE DA FUERZA"

Bajo su acción el cuerpo revive, la voluntad vuelve a manifestarse y la vida se torna agradable, color de rosa.

La eficacia de la Nucleodyne reside en su sabia composición. Entran en su fórmula: fósforo orgánico, alimento de las células; estricnina, tónico de los nervios y zumo testicular de toros que favorece la función de todas las glándulas del cuerpo.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Florida y Sarmlento

Buenos Aires

La partida del coronel De Pinedo



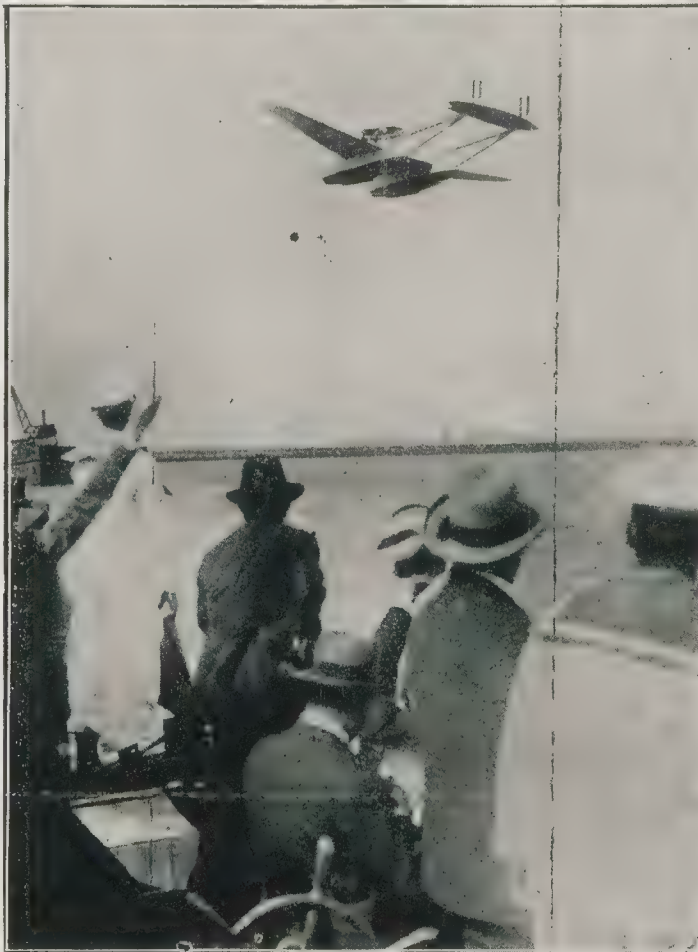
El valiente piloto del "Santa María", coronel De Pinedo, acompañado del ministro de Marina, almirante Domecq García, del intendente municipal, doctor Carlos M. Noel del presidente de la Federación de Sociedades Italianas, señor Arsenio Guidi Buffarini, de sus ayudantes y de otros caballeros, llegando a la zona militar de la dársena norte, para iniciar su partida.



Momentos en que el piloto del "Santa María" disponía las maniobras del remolque del aparato aguas afuera



El glorioso hidroavión elevándose gallardamente, reinicia su ruta triunfal, en medio de las calurosas aclamaciones de despedida.



LOS ULTIMOS ACTOS DE LA ESTADA DE DE PINEDO. — El insigne aviador, hablando a las provincias desde la Unión Telefónica.



De Pinedo, acompañado del director y altos funcionarios de la Unión Telefónica, al servirse el lunch con que fuera obsequiado en su visita a dichas oficinas.



La cabecera de la mesa en el banquete que la Federación de Sociedades Italianas organizó en honor del piloto del Santa María y que fué servido en el teatro Coliseo.



El presidente de la República y su señora esposa, con el coronel De Pinedo y el ministro de Italia, durante la visita que el aviador le hiciera en su residencia de Mar del Plata.



Dos aspectos del banquete ofrecido a De Pinedo en el Golf Club de Mar del Plata.— A la izquierda: vista parcial de los comensales.— A la derecha: la cabecera de la mesa.



De Pinedo acompañado del secretario de la legación de Italia y del nadador Tiraboschi dirigiéndose al baño.



El aviador y los dos señores nombrados, refrescándose en las aguas de Playa Grande.



El coronel De Pinedo, dirigiéndose a visitar el Club de Pescadores.



Durante la recepción del piloto italiano en la municipalidad de Mar del Plata.
Fots. BONNIN E IRIS.

EL BAILE BLANCO DE LAS "VEDETTES"



Un interesante grupo de la concurrencia que asistió al baile de las "vedettes" realizado en el Coliseo.



El palco de Azucena Maizani, cuyo conjunto, del teatro Porteño, obtuvo el primer premio.

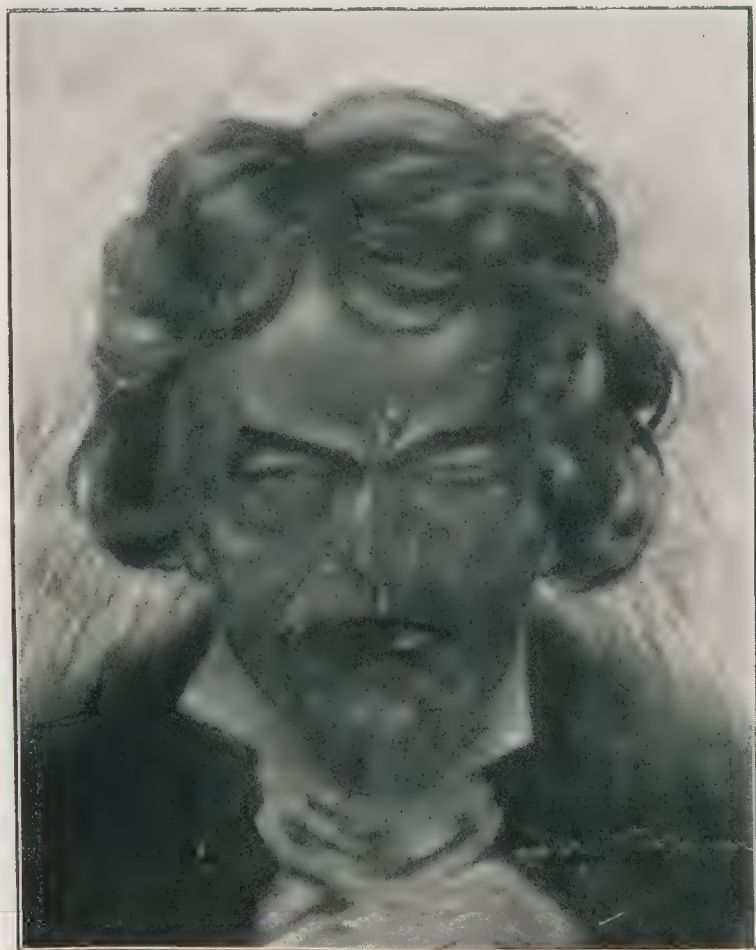


Los gordos que hicieron las delicias del público asistente al baile.



Olinda Bozán y sus segundos, del teatro Nacional, componentes a los que se adjudicó el segundo premio.

Centenario de Beethoven



Beethoven, imitación de bronce, por Juan A. Sanguinetti. (En nuestro próximo número, aparecerá un artículo de nuestro colaborador, señor Oreste Ciattino, acerca del genial compositor).

De Rosario de Santa Fe



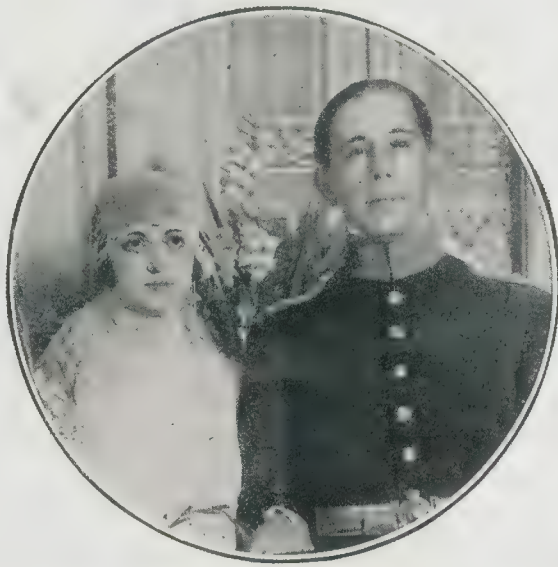
Dos vistas de la interesante fiesta de carnaval, realizada, con gran lucimiento, en los salones del "Centre Catala".



SOCIALES



C. FEDERAL. — ENLACES: Salmini - Macchi.



Fusetti - Bustriaso.



Duarte - Lattauzi



Fontanilla - Guillón.



ROSARIO. — Teresa González - Luis E. González.



Martita y Beba Carbonella.

GENTE MENUDA



Amanda Hilda Chiapella.



Beatriz Dolly Lazzari.



Esther Leticia Allende.



Elsa Zulema Grelland.



Actualidades cinematográficas



Harold Lloyd y Jobina Ralston, en "El Crack", film extra con el cual iniciará en breve su temporada la Paramount.



Pasaje de "El mejor camino", film interpretado por Ralph Ince y Dorothy Revier que Glücksmann estrenó anteayer.



Reginald Denny en el film de gran hilaridad "El Rey de Jauja", que la Universal estrenará pasado mañana.



Mae Bush como protagonista de "El sexo fiel", que Jack Mower y Florance Ulrich en "Cantares de la vida", que la Corporación estrenará hoy.



Alma Rubens y Walter Mc. Crail en "El Pelicano", que la Fox estrenará pasado mañana.



Esther Ralston y Jack Holt en "La diosa ciega", que la Paramount estrenará mañana.



Theda Bara reaparece con "Madama Mystery", que la General estrenará el domingo venidero.



"LOS MISERABLES"

DE VICTOR HUGO

La única versión autorizada por los herederos del inmortal escritor.

Programa Super-Extraordinario
"Max Glücksmann"

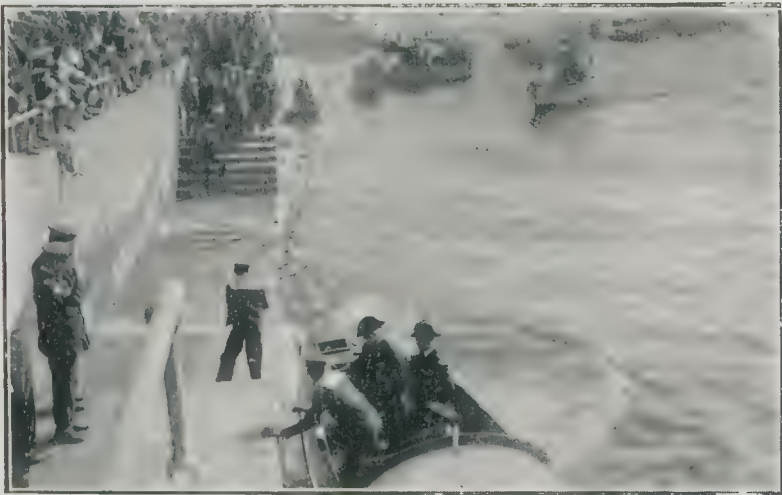
Superproducción
"Cineromans"

ESTRENO: MARTES 22 DE MARZO
GRAND SPLENDID - PALACE THEATRE
Teatro Gral. BELGRANO

Notas de España

La visita del ministro de Gracia y Justicia a las islas Canarias

El ministro de Gracia y Justicia, señor Galo Ponte, acompañado del alcalde de Las Palmas, del presidente del Cabildo insular, del comandante del cañonero "Bonifaz", que tan activa participación tuvo en la busca de los tripulantes del hidroavión "Uruguay" y de otras personas del séquito oficial, en los jardines del Parque Municipal de Las Palmas.



El ministro en el momento de embarcar en el muelle de Las Palmas



El señor Galo Ponte en unión del alcalde de la ciudad, abandona el puerto seguido por un acompañamiento de 1.700 automóviles.



La comitiva ministerial llegando a las Casas Consistoriales donde se efectuó la recepción oficial.
Fots. F. Maisch.



El ministro acompañado de los miembros de la magistratura y, del Colegio de Abogados, después del banquete que se le ofreció en el Real Club Náutico.

Aviación



El bravo comandante Sarmiento Beires, piloto del hidroavión "Argus", que siguiendo su "raid", alrededor del mundo, se halla en los momentos de escribir estas líneas preparando la travesía del Atlántico.

Teatros



María Cármen Saavedra, artista que, por su discreta labor se viene destacando en nuestros escenarios

Nuevo farmacéutico



Señor Emilio Varrenti farmacéutico recientemente egresado de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires.



DE MAR CHIQUITA



Señora Magdalena Casella de García y señorita Victoria Casella.



Señorita Hilda Bonadero.



Señorita Pomita Pérez Ribas.



Señorita de Arbones.



Señorita María Angélica Moañón.



Un grupo de veraneantes en los jardines del Hotel Miramar.



El poeta Italo Batelli.



Señor Luis Barot y familia.



Señorita Rosario Avendaño García González y señoritas de Buchler.

DE ALTA GRACIA



Señora Ramona Martínez de Sampayo y señoritas Pilar Sampayo y Naty Martínez.



Señora de Segherzo, señoritas María Luisa, Etelvina, Emma, María Elena, Ofelia, Haydée Segherzo, Pepita Terán Fossatti y señores Santiago y Roberto Segherzo.



Señora de Casares e hijos.
Fot. JORDAN Y BIDA.



DE CACHEUTA



Señoritas de Bonadeo, Higginson, Villanueva y Olmos.



En tren de confiancias



Señoritas de Berlek, Aramburu y Negri y señores Berlek y Negri.



Señorita Margarita Matti.



Señores arquitecto Ancell y su esposa; químico Guizon y su esposa e ing. Albertoni



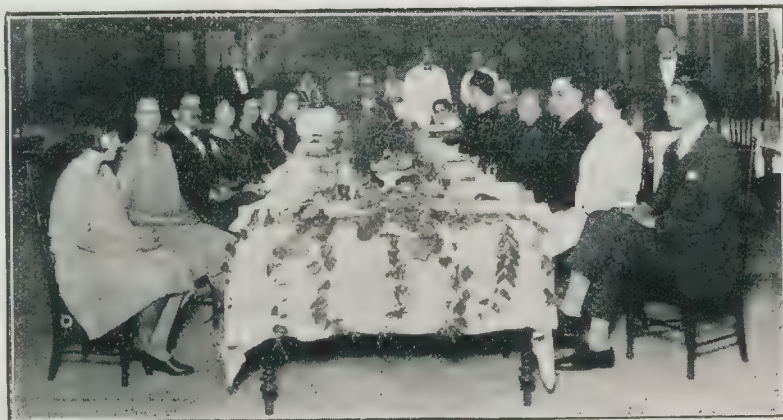
Señoritas María Luisa Verli y María Teresa de Souza Aramburu.



Señorita de Palacios.



Señoras Eva de Iribarne y Julia Granel.



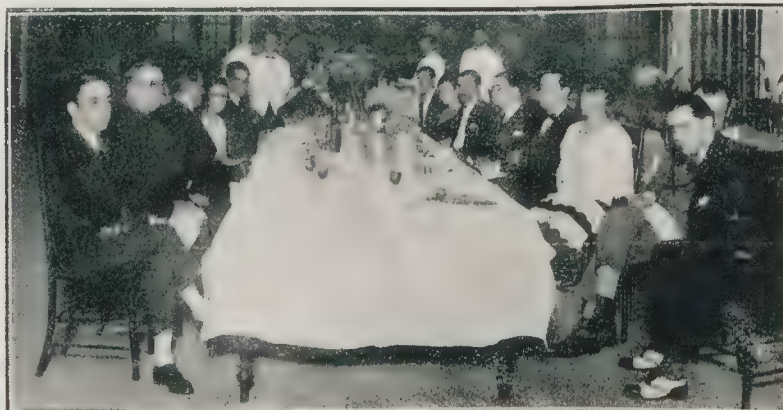
Banquete servido en honor de las señoras de Ancell, Iribarne, Rojas, Correa y nena Iribarne que en el campeonato de cricket vencieron a los doctores Salvat, Iribarne, Rojas, arquitecto Anceli y señor Correa.



Señoritas Tita Buzzi y Celia Palenque.



Comensales que asistieron al banquete con que fué despedido el doctor Eduardo Dalorto, a su partida de Cacheuta.



Banquete ofrecido a los señores doctor Demaría y Eduardo Imaz, con motivo de su viaje a caballo, desde Chile a Cacheuta.

Fots. Bejarano.

CARTA PERFUMADA

Sentada displicentemente en multitud de abandono musulman, Raquel Machado extendió un brazo y recibió, de manos de su criada, un sobre azuloso.

—¿Nadie llamó por teléfono?
—Nadie, niña.

—Si llama Esther, avísame en seguida. ¡Ah! Y no te olvides, Pepa, de que luego.

La muchacha giró sobre sus talones y desapareció. Raquel contempló un instante el sobre escrito, lo acercó a los labios para aspirar su perfume y luego introdujo la uña larga y aguda del meñique de la diestra en un vértice de la solapa del sobre. Este, rasgándose poco a poco, permitió ver el borde de un pliego celeste.

Raquel lo extrajo con indolencia, se arrellanó en la "chaise longue" y empezó a leerlo con desgano, como quien accede a un pedido después de muchos ruegos. Terminó su lectura sin contraer un músculo de la cara, dejándolo caer a sus pies con el gesto de la persona que se quita una hilacha del vestido.

Consultó su reloj-pulsera: eran las 17. Atravesó dos habitaciones, descorrió una cortina y miró a través del cristal de la ventana.

Por la avenida Alvear, empezaban a cernirse las primeras sombras de la noche, ya próxima. Los automóviles que iban a Palermo cruzaban velozmente, y desde la altura de la ventana parecían aves fantásticas volando a ras del suelo.

De pronto surgió un aeroplano en el horizonte y ella fijó los ojos. El aparato se acercó iniciando una serie de evoluciones en un espacio reducido. Su piloto parecía obstinado en volar, teniendo como punto de referencia la mansión de la familia Machado.

—Debe ser Alberto — dijo Raquel para sí.

Alberto Rodríguez del Solar, teniente aviador, le había anunciado que ese domingo evolucionaría sobre la avenida, ejecutando los más arriesgados ejercicios de acrobacia aérea. En efecto, el joven militar realizaba con destreza, admirable repetidos "loopings", "tirabuzones" y violentas caídas sobre un ala, acercándose en los descensos a menos de doscientos metros del palacete de Raquel Machado, para elevarse de nuevo entre el sordo trepidar del motor que se hubiera dicho, el rezongo de una fiera.

—Todavía se va a matar — pensó ella.

Y continuó observándolo sin emoción, como quien mira un espectáculo familiar y apacible. Una voz llegó a su oído:

—¡Niña!... ¡Niña!... ¿Dónde está, niña?

—Aquí, Pepa.

La criada, con la expresión alegre del que da una buena nueva anunció:

—La niña Esther.

—¿Esther? ¡Por fin!

Y salió a recibir a su amiga.

—Hijita, ya no te esperaba.

—Si casi no vengo. Te supondrás por qué... — contestó Esther sonriendo pícaramente y besándola.

—Ya me imagino...

—Eran cerca de las cuatro, estaba lista para salir, y ¡zas!, el teléfono: Diego...

—Y hablaron hasta que les cortaron la comunicación.

—Sí, pues. ¡Ay, che, qué opios los domingos!... Si no viniera a charlar contigo, yo no sé, creo que moriría de aburrimiento.

Una gran coqueta

Por Carlos C. Sanguinetti

—Lo mismo digo yo. Los domingos son insoportables. Y eso que hoy tengo razones para estar divertida...

Y así diciendo, alzó el pliego del suelo y se lo pasó a su amiga riendo.

—¿De quién, che?

—De Julio.

—¿Qué dice?

—Se me declara por centésima vez. Pero nunca en forma tan interesante como ésta. Entérate, mientras me arreglo estas mechas y hago preparar el té.

Y a punto de desaparecer, añadió en una carcajada:

Romero fincaba sus títulos de galán en su talento poético, sin imaginarse, ciertamente, que tales expresiones líricas no servían a los ojos de Raquel, para maldita la cosa. Ciego como todos los enamorados, venía insistiendo con una voluntad digna de mejor fortuna.

Cuando Esther hubo leído el cávido mensaje de amor, no pudo menos que exclamar:

—¡Pobre muchacho!

Su amiga, que reaparecía en ese instante, respondió con irónico desenfado:

—Es un pobre muchacho y un muchacho pobre. Gana doscientos

Pidan

"QUILMES
CRISTAL"

La mejor cerveza

—¡Con cuidado, que tiene "esencia" de dinamita!...

Esther, sola, comenzó a leer la misiva. Trasuntaban esas líneas un temperamento ardiente, apasionado. Hacía un año que Julio Romero, prestigioso portalira, estaba perdidamente enamorado de Raquel Machado. Ingenio, como lo son en el fondo los poetas, vivía con la esperanza de ver correspondido su amor. En sendos versos, inflamados de pasión, había cantado a su boca, a sus ojos, a sus manos, a sus cabellos. No quedaba nada de ella que cantar.

pesos en un diario.

—¿No te gusta?

—Hijita, eso no sabría decirte.

Lo que puedo asegurarte es que me distrae, me divierte. Tiene, como pocos, pasta de mártir. Figúrate que no hace quince días que le hice tres desaires, y hoy me sale con esa carta.

—¿Y por qué no lo desengañas de una vez?

—¿Para qué? Es uno más que me busca en todas partes.

—Algún día se dará cuenta y renunciará.

—No se dará cuenta nunca, porque nunca lo rechazaré definitivamente. A mí, que quieres, me gusta verme solicitada en todo momento. Es muy agradable ver que los hombres viven pendiente de una palabra nuestra. A la verdad, no me explico como chicas lindas, de buenas a primeras se comprometen y se casan, renunciando a todos los encantos de la vida de soltera.

—En el matrimonio caemos todas.

—Para mí, el matrimonio es la tontería más grande. Y para cometer una tontería siempre hay tiempo, no lo niegues. Por eso — vuelvo a recordártelo — debes procurar que Diego no se apresure a fijar fecha, pues de lo contrario demostrarás que quieres casarte con el primero que se te presenta.

—Diego es muy joven. Por ahora, no creo que...

—Ni ahora, ni después. Tus diez y ocho años y tu cara, valen más que todos los Diegos del planeta. Tú, como yo, tienes muchos años todavía para divertirme y, quizá, para volver a elegir... No olvides. Esther, que una vez casada, tu marido no te permitirá el más inofensivo "flirt", y bien sabes tú que el "flirt" es la cosa más agradable del mundo. Eso de que un muchacho esté balagándote, ansioso por arrancarte un "sí" y tú le sueltas una carcajada en el momento culminante, es el placer más grande que podemos gustar las chicas. ¡Ah! Esther, no me vayas a faltar mañana, que daremos unas vueltas. Ya tengo el asentimiento de mamá y he invitado por teléfono a Rosarito a Cata y un montón de chicos y chicas. No le digas nada a Diego y te vienes calladita la boca.

—Mañana es día de visita...

—No importa. Fíngete enferma. Mira, yo misma, si te parece, le doy un golpe de teléfono y todo arreglado.

—¿Y si después llega a saberlo?

—No, no!

—Bueno, no quiero insistir; pero conste que eres una tonta.

La criada anunció que el te estaba servido y las dos amigas, del brazo, pasaron al comedor.

BURLADOR BURLADO

Rodolfo Narváez disfrutaba, entre sus amigos, del ascendiente que tienen los hombres que se atribuyen múltiples y afortunadas aventuras amorosas. Se le cenía por un tenorio largamente experimentado, por un perdonavirtudes. Empero, su donjuanismismo era más imaginativo que real. Por tal cual éxito galante, registraba muchas derrotas.

Aquella noche, después de asistir a una representación de la comedia "La belle aventure", dijo a sus camaradas en la puerta de la confitería:

—Los dejo, muchachos.

—¿Cómo! ¿No íbamos a bailar al cabaret? — soltó Pepe Gutiérrez.

—Claro que vamos, — afirmó Rodolfo del Castañar.

—Esta noche no puedo acompañarlos — adujo Narváez. — Me olvidé de misarles esta tarde. Tengo programa, muchachos.

—¿Una casadita? — preguntó Pepe.

—Ya sabes que no me gustan los muebles de segunda mano.

—Entonces... ¿Se puede saber?...

—¿Se acuerdan de aquella chica alta y rubia, con un lunecito cerca de la boca, que saludé en las carreras el día del "Gran Premio Nacional"?

—¿Una de blanco que estaba afilando con varios?

—La misma. Me espera a la una.

—Quieres decir que... — insinuó maliciosamente Del Castañar.

—Pan comido — contestó Rodolfo sentencioso. — A mí difícilmente se me escapa ninguna. También lo que me ha costado convencerla a ésta... ¡Tres meses que la vengo trabajando!

—¿Dónde es la cita? — interrogó Pepe.

—En el zaguán de su casa.

—¿No te fallará?

—¡Qué esperanza!

Hizo una seña a un "chauffeur" y se despidió de sus amigos, los cuales quedaron comentando la nueva aventura de Narváz.

El auto partió rumbo a la avenida Alvear. Unas cuadras antes de llegar al monumento de los españoles, Rodolfo descendió consultó la hora. Faltaba cinco minutos para la cita. Esperó en la esquina y a la una en punto empezó a pasearse por la vereda. Diez minutos después se aproximaba a la puerta de una regia casa y daba dos suaves golpes con los nudillos de su diestra. Aguardó unos instantes y como no se produjera rumor alguno, se encaminó de nuevo a la esquina, ya un poco inquieto.

A medida que el tiempo transcurría, su impaciencia iba en aumento. Con intervalos de diez minutos daba los convenientes golpecitos, sin resultado.

Entretanto, en la casa una mujer despertaba sobresaltada. Buscó tanteando, una llave y encendió la luz del velador. Miró el despertador y dió un brinco. Faltaban quince minutos para las dos. Vistiéndose de prisa y descendió poco menos que a saltos, la escalera que conducía al primer piso alto. La noche era muy oscura y en el ambiente reinaba un silencio solemne. Soplaban ráfagas frescas y en el cielo lucía una que otra estrella.

A paso apresurado atravesó los largos corredores, salvó otra escalera y llegó al "hall" de entrada. Antes de abrir la portada de vidrio, un perro salió a su encuentro ladrando.

—¡León, León!...

Reconociéndola, el perro empezó a hacerle fiestas. En ese instante sonaron dos leves llamados en la puerta de calle. Ella quedó atenta. Como los golpecitos se repitieran acercóse a la puerta, puso la llave y la entreabrió sin ruido. Una sombra deslizóse en el zaguán como una exhalación. Ella ahogó un grito y saltó tres escalones, acurrucándose en un rincón.

Desde allí, muda a la espera de los acontecimientos, notó que una mano invisible cerraba de nuevo la puerta de calle, quedando el zaguán a oscuras por completo.

—Soy yo, Raquelita... — dijo una voz apagada, de acento melifluo. — No tenga miedo... Acérquese aquí... en el primer escalón...

Nadie contestó. De pronto, oyóse el ruido de un cuerpo que tropieza y cae, seguido de un ¡ay! sofocado: luego, un silencio total.

Imaginando que hubiese perdido el conocimiento, ella temblaba. Unos segundos después, oyó otra vez la misma voz que decía:

—Me he lastimado... ¿Quieres que encienda luz?...

—Sí... — dejó escapar tímidamente, con acento apenas perceptible.

Un espectáculo cómicamente tris-

te presentóse ante sus ojos, Narváz con un fósforo encendido entre los dedos de la diestra, hacia esfuerzos sobrehumanos para mantenerse en pie. Su semblante, empalmeado de dolor, quería en vano disimular con el rictus de una sonrisa, la ridícula situación en que le colocaba el accidente. De su nariz manaba sangre, que él pretendía ocultar con la otra mano. Un "siete" como de cinco centímetros, denunciaba el color de sus calzoncillos. Su sombrero "orión" yacía en medio de la escalera. Sin embargo, todo esto era menos doloroso para Rodolfo, que la conciencia de verse burlado en la aventura. Porque ¿quién veía allí, acurrucada en la escalera, muda, en actitud mitad de espanto, mitad de risa contenida? Era Pepa, la criada de Raquel. La contemplaba con ojos llenos de asombro, incapacitado para articular palabra. Pepa, por su parte, le miraba fijamente, más dispuesta al parecer a socorrerle que a justificar su presencia en el zaguán.

Por fin Narváz reuniendo sus fuerzas preguntó:

—¿Y la niña?

—Dice la niña que conmigo tiene bastante.

convicción de que Natura hablaba dotada de sorprendente belleza. Colegiala en el Normal, su misma maestra—mujer al fin—tuvo la indiscreción de anticiparle que sería designada para representar la "república" en cierto festival patriótico, por ser la alumna más linda de la escuela.

Las primeras sollicitaciones de amor, fueron para ella, las primeras escenas de una comedia destinada a prolongarse indefinidamente. Un estudiante de medicina inscribió su nombre en la página inicial de su libro galante. El pobre muchacho malogró su carrera universitaria por consejo de Raquel, quien con el solo objeto de comprobar su ascendiente sobre él, un buen día le despachó al campo a cosechar trigo y maíz, con el peor de los resultados.

Tan halagüeño éxito en la primera lid galante la indujo a repetir la experiencia, cuantas veces le pareció oportuno.

Su imaginación, de suyo viva, se avivó del todo cuando conoció los romances célebres en la historia de la literatura, en los cuales se enteró, con gran atención, de qué recursos se valieron las mujeres para

el traje de color rubí, que cubría — fuera más exacto descubría — las curvas de su cuerpo magnífico y las turgencias de sus carnes sonrosadas y frescas, con frescura de flor recién abierta.

Apenas hubo saludado a los concurrentes, Julio Romero le ofreció el brazo. Ella agradeció con un cuarto de sonrisa y bailó con él la primera pieza.

Entre tanto, en la sala, las mamás, sin perder de vista a sus hijas, comentaban "sotto voce" el exótico vestido de Raquel. Abrumaban a doña Margarita de felicitaciones por la elegancia de su hija, pero entre ellas otro era el comentario.

—No hay duda de que le queda bien; pero ese color nadie lo usa — decía una mamá que tenía más de foca que de mujer.

—Usted sabe, señora, que Raquelita es afecta a introducir las modas — contestaba otra cuyo sombrero parecía un monte de frutas.

—Estoy segura de que se lo hizo para llamar la atención.

—Yo creo lo mismo.

—¡Qué chica descocada! Mírela...

—Yo no sé como Margarita le consiente...

—Se lo consiente todo, señora.

—Además, yo no permitiría a mis hijas, semejante escote...

—Para el Colón está bien, pero para un te...

—Y casi íntimo como éste...

—No me diga, señora; eso está mal.

—Muy mal.

Una hora después la danza en su apogeo, Raquel se abanicaba indolentemente en un rincón de la sala. A su lado Romero, como un perro guardián, colmaba sus oídos de madrigales, y de vez en cuando deslizaba tal cual querella. Cuando alguien se aproximaba al rincón, apresurábase a decirle como para que oyeran los intrusos:

—Me prometió consagrarme toda la noche, Raquelita. Acuértese...

—Menos ocho piezas que me prometió a mí, — soltó de pronto uno que pasaba.

—Y tres "fox trots" que tengo yo en exclusiva, — arguyó un segundo.

—Y cuatro tangos que no transfiere a nadie. — dijo otro.

Raquel Machado alzó un poco su cabecita de pájaro, y con una mirada expresiva subrayó su ratificación a cada uno de los circunstantes, que eran Manolo Ruiz, Alberto Rodríguez del Solar y Antuco Belmonte.

Casi simultáneamente se acercó al grupito Enrique Zapiola. Romero no pudo disimular su contrariedad e hizo ademán de incorporarse. El aguijón de los celos le traspasaba el corazón cada vez que alguien hablaba con ella. Raquel, interpretándole, le contuvo con la sonrisa diabólica que empleaba en tales emergencias, y con acento caricioso recordóle:

—Usted también me ha prometido algo, Julio.

—¿Yo? ¿Qué, Raquelita?

—Ser una personita amable, obediente, sumisa.

—¡Ah! Es verdad.

—Entonces, quédes quietito ahí y déjela bailar a Cata con Roberto.

—Si no he pensado en sacarla, — contestó al punto, Romero, sorprendido por la indicación.

—Se la disputan todos. Fíjese...

—No me había enterado, ni me interesa saberlo — aclaró Julio.



—No; mamá no quiere besos...

—Pero, es que yo no pretendo besar a tu madre.

Lo dijo de prisa, como quien repite una frase de memoria y se marchó a saltos, cerrando tras sí la portada de vidrio. En ese momento el perro ladraba furiosamente.

CUANDO UNA MUJER SABE LO QUE VALE

Raquel Machado, desde muy chica, se familiarizó con el elogio venido de todos los labios, empezando por los de su propia madre.

Doña Margarita Ibáñez de Machado, en efecto, crió entre mil y un halagos a la única hija que le dejara su esposo, muertos dos años después de casarse. La niña llegó a los quince años, sin otra preocupación que la de rizarse los finísimos bucles de su abundosa cabellera rubia, y a medida que se desarrollaba iban las gentes inculcándole la

atraer a los hombres, dejando en cambio, deslizarse con glacial indiferencia, las páginas donde los enamorados suspiraban de melancolía o añoraban románticos idilios.

La caída final en brazos del amado, era para Raquel, lo menos atractivo de un romance, pues se le antojaba el acto más estúpido que podía cometer una persona de su sexo. No concebía ese "¡Soy tuya!" en que estallan las mujeres en determinado momento. Ocurríasele mucho más discreto no soltar nunca esas palabras ridículamente comprometedoras y mantener a los hombres en constante expectativa.

EN PLENO FLIRT

Cuando Raquel apareció en la sala aquella tarde, se produjo un movimiento de contenida admiración. Todas las miradas convergieron en

—Yo bailé con ella recién, — terció Belmonte.

—Se parece mucho a usted, bailando — intervino Enrique Zapiola.

—¿Sí? ¿Usted cree lo mismo? — preguntó ella a Rodríguez del Solar.

—Yo creo que usted baila mejor que Cata.

—Yo también — dijeron simultáneamente Belmonte y Ruiz.

—Eso es posible — aclaró Zapiola. — Pero las dos, bailando, se parecen, en que a todo atienden menos a lo que les dice el compañero.

—¡Ah! Yo soy una distraída incorregible. Usted bien lo sabe... — se disculpó ella.

—En usted, la distracción se explica — añadió Zapiola.

—¿Cómo?

—Porque no le gusta nadie y le gustan todos al mismo tiempo.

—¡Siempre imposible este Enrique! — exclamó Raquel festejando la frase. — Conste que todavía no me ha dedicado dos palabras gentiles. ¿Es que hay crisis de gentileza?...

—Si le parece, puedo declararle. Es la forma más sencilla de ser gentil — contestó irónicamente el aludido.

Los galanes cambiaban miradas de soslayo que decían de odios recónditos. Raquel observaba con secreta fruición cómo se espiaban mutuamente sus movimientos, calculando la situación en que les colocaba su variante actitud.

Sólo Zapiola intervenía en la escena sin tener nada que ver allí.

No ignoraba Raquel que ese mundano, mitad cínico elegante, mitad escéptico, que disimulaba bien su calva de cuarentón, estaba poco menos que inmunizado contra los ataques del amor. Conocía buena parte de su historia, fecunda en episodios donjuanescos y sabía también que Zapiola, buen psicólogo femenino, se dedicaba al amor fácil, despreciando las empresas complicadas. Le interesaba el personaje por eso y, en el fondo no perdía la esperanza de hacerle doblar la rodilla. Con ella apenas había tenido tal cual arresto galante sin ninguna trascendencia. El, en rigor, no había demostrado ningún interés.

—Zapiolita, — dijo de repente, cruzando las piernas con picante desenfado — ¿es cierto que los hombres maduros aman mejor que los adolescentes y los jóvenes?

—¿Quiere saber cómo amaría yo?

—Debe ser interesante — subrayó ella con intención, alzándose las polleras como al descuido y dejando admirar fugitivamente, ante la mirada de sátiro de Zapiola, la bella pierna envuelta en la calada media de color carne.

—Cuestión de someterse a la experiencia — agregó él, medio mareado por la visión.

—¿No sería lo mismo preguntarle a Juanita Rocha?...

—No, porque las mujeres nunca dicen la verdad, sobre todo en materia de amor.

—Entiendo que Juanita llevaba el diario de sus amores con usted.

—En ese diario, como en todos, sólo se publica lo que conviene.

—Mire, Enrique; — dijo Raquel atrayéndole con la mirada — siéntese aquí, a mi lado y explíqueme eso, mientras Julio va a sacarla a Cata.

—¡Protesto! — exclamó Romero, que se consumía de celos. — Yo no quiero bailar.

—Y la promesa de ser obediente? Vamos, vaya en seguidita... —

Y aplicándole un sugestivo pellizco, le hizo incorporar de súbito. — Baile con Cata y después me dice si es exacto lo que afirma Zapiola.

Romero se alejó, a su pesar, y con él Rodríguez del Solar, Belmonte y Ruiz, quienes obedecieron a una mirada de Raquel. Esta fue aproximando con sigilo su silla, que merced al encerrado del piso deslizóse imperceptiblemente hasta quedar muy cerca de la de Enrique Zapiola. El no se dió cuenta de la maniobra y de buenas a primeras, al volver la cabeza se encontró casi en contacto con el rostro de aquella mujer, símbolo de todas las incitaciones del pecado. Aunque ducho en tales trances, esta vez no pudo evitar el estremecimiento que sigue a los imperativos del instinto. Quedó mudo, como alelado.

Contemplaba codiciosamente la incitante desnudez de sus brazos torneados y blanquíssimos, la pulpa sonrosada de su pecho en flor y la frescura de su boca roja, semiabierto en una sonrisa, de labios finos y húmedos por donde acechaba la puntita de la lengua coqueteando con los dientes pequeñitos e iguales.

Dominando la situación, ella redobló el hechizo de sus ojos verdes, grandes y abiertos, cuyas pupilas se dilataban y contraían a compás de las cambiantes expresiones de sus miradas, que ya tenían desmayos de entregamiento, ya solicitaciones de melancólica ternura.

HEROICIDAD

—¡No bebo más! ¡No bebo! — repetía uno a quien siempre conocí borracho. No quiero ser más débil que un muchacho. Alguna vez tengamos energía. ¡Nada! Aunque Cristo Padre me lo mande, juro no beber más, chica ni grande.

Esto diciendo lo encontró su amigo Perucho Papahigo, quees otro borrachín de tome y lomo, y díjole: — ¡Alto ahí!, ¿qué es eso? ¡cómo! ¡qué! ¿no remojaremos la palabra? Abra usted, patrón, abra el ventanillo, y sirva prontamente dos copas de aguardiente. Cortaremos la bilis, que ella estraga el hígado y el bazo... ¡soy quien paga!

El otro vaciló; porque terrible era para él la tentación aquella; pero, a la postre, consiguió vencella y contestó con voz desapacible: — ¡Dispénsame!... no bebo... lo he jurado... — ¡Pues vete a cazar moscas, renegado!

Y nuestro hombre siguió la calle arriba exclamando: — ¡Qué viva! ¡Vaya si soy valiente! Tengo el alma templada como acero. No hizo lo que he hecho Napoleón primero.

¿Cómo a la tentación resistir pude? No seré yo quien de prodigios dude que obra la voluntad omnipotente ¡Heróico es lo que yo hago! ¡Entremos donde Broggi!... Francamente, tamaña heroicidad merece un trago.

RICARDO PALMA

De pronto, Zapiola hizo el gesto de la persona que no puede resistir más, y entornando los ojos, aspiró con fuerza y mordiéndose los labios. Era el movimiento que esperaba Raquel, quien se apresuró a sacarle la lengua y a estallar en una carcajada sonora desbordante, que atrajo sobre ella, la atención de toda la sala. Zapiola, disimulando su desconcierto, se puso de pie dispuesto a marcharse. Ella extendió el brazo:

—Le permito que me bese el mefrique — balbuceó, entregándosele con los ojos.

Pero Zapiola, desapareció del rincón, confundiendo en un grupo de danzantes.

Un momento después se aproximaba Rodolfo Narváez.

—¡Encantada de verlo, Rodolfo! — exclamó con la sonrisa más provocativa de su repertorio. Y le cedió el brazo.

—Estoy muy enojado — contestó el, con cierta dureza.

—Yo también debiera estarlo — replicó ella rápidamente. — No lo he visto en ninguna parte. Empezaba a creer que había faltado, que estaría enfermo.

—Me había propuesto no verla.

—¿Y me lo dice?...

—Exijo una explicación, Raquel. Lo de anoche es incalificable.

—¿Me va a pedir daños y perjuicios?... Le advierto que soy perfectamente insolvente — añadió con gravedad cómica.

Bailaron un "fox trot" y pasaron al comedor, desierto en ese momento. Narváez manteníase silen-

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clips para revistas, catálogos, folletos, y otras publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantido

— Entrega inmediata —

Pujol & Cia.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 30, MAYO 2500

cioso revelando, en su actitud trastuntos de enfado. En el centro de la mesa surgía un hermoso cesto nutrido de flores. Ella tomó una rosa de Francia, enorme y encarnada, aspiró su perfume y sin vacilar la acercó a la boca de Rodolfo.

—Tome, glotón; bese mis labios y olvídense de todo.

—Me será imposible, — respondió Narváez con la mirada en tierra. — He sufrido un golpe muy doloroso.

—No parece, sin embargo. Hemos bailado como siempre. Por lo menos, yo no le he notado nada de particular. ¿Le duele aún?

—No me refiero al dolor físico. De eso no me importa. Lo que me duele es que usted sea tan ingrata conmigo. ¿Por qué no cree en mi amor? Nadie, Raquelita, la llegará a querer como yo. ¡Se lo juro! Mi pasión es profunda. ¡La amo con toda el alma!

—¡Por Dios, Rodolfo! No siga... Me está hablando como en el tercer acto de un drama y yo detesto los dramas. Tenga en cuenta que delante nuestro hay una mesa servida. Se me puede atragantar un marrón glacé...

Y así diciendo le ofreció un bizcocho. Rodolfo lo rechazó suavemente.

—¿No?... Entonces, la mitad.

Mordió un pedazo, y con zalameñas y ronroneos de gata mimosa le introdujo el resto en la boca, sin darle tiempo a rechazarlo. Narváez le dirigió una mirada de ternura lujuriosa.

—Usted me desespera, Raquelita. ¡Me desespera! Dígame, por favor, ¿me va a esperar en el zaguán?

—Sin falta.

—¿Cuándo?

—El año que viene.

Y, dándose vuelta, salió al encuentro de Cata y Romero que entraban al comedor en ese instante, y lo dejó a Narváez rumiando el bizcocho.

—¡Qué linda pareja! — exclamó Raquel.

—¿Te parece? — respondió Cata. Al acercarse, Romero había escu-

chado el final del diálogo entre Raquel y Rodolfo, y aun cuando éste mostraba una cara de don Juan en derrota, no pudo menos que mirarle agresivamente. El impulsivo poeta no podía contenerse. Su palidez era impresionante y sus labios tenían tics nerviosos. Con las manos trémulas, ofreció bombones a las muchachas.

—Usted está muy nervioso, Julio — dijo Raquel.

—En efecto, muy nervioso. Qué quiere... Soy esclavo de mi temperamento.

—No puede ser de mucho bailar — intervino Cata.

—Para los nervios se recomienda el bromuro — aventuró Narváez aproximándose.

—¿Es un remedio nuevo? — preguntó Romero con sorna, mirándole agresivo.

—Si no es nuevo, es el reconocido como de mayor eficacia.

—De mayor eficacia — agregó Julio con ostensible violencia — es callar cuando se va a decir una tontería.

Raquel y Cata se miraron. El ex abrupto del poeta las sorprendió y juzgaron inevitable un incidente. Cata palideció. Sin embargo, el choque no pasó de ahí. Narváez limitó a fulminar a Romero de una mirada y se retiró acto continuo del comedor, haciendo una cortés reverencia a las mujeres. Por dentro, ardía de cólera. Su primer impulso fué abofetearle, pero su cultura social le aplicó esposas.

—¿Qué tiene usted con Rodolfo?

—Todo lo que usted ha visto, Cata.

—¿Le mandará los padrinos? — preguntó Raquel, sin darle importancia a la pregunta.

—¡Ojalá!

—¡No, por Dios! — exclamó Cata aterrada.

—Sería lo más lógico — siguió Raquel. — Pero quien sabe. Se me ocurre difícil. Hoy en día, muy pocos se baten.

—Por mí, que la cosa no termine con actas — dijo Romero.

—¡Pero qué está diciendo! ¡Qué barbaridad! Eso no es posible — soltó Cata, cuya imaginación veía correr la sangre de los duelistas. — Voy a hablarlo ahora mismo a Rodolfo.

—¡Cállate la boca, tú! No te metas en cosas de hombres. Las mujeres no debemos intervenir en esos asuntos — afirmó Raquel con superioridad.

—A mí no me importa nada. ¿sabes? Yo voy a verlo. ¡Un duelo! ¡Qué horror!

Y se fué casi corriendo.

MITAD SERPIENTE, MITAD PALOMA

Romero volvió pronto a la calma. Bastaron pocos minutos para hacerle olvidar el pseudo-incidente. Razones tenía para ello. Estaba a su lado Raquel, quien le prodigaba generosamente las seducciones irresistibles de la hembra hermosa, toda promesa de placer, por cuya posesión los hombres apasionados lo olvidan todo.

La mujer fría y arisca, parecía doblegarse ahora bajo la tenaz sugestión de las frases de quemante ternura que brotaban de los labios del poeta como una mezcla de himno y de congoja.

Pasaba Romero por las alternativas por que pasa en esos trances la mayoría de los enamorados de su complexión sentimental. A ratos se exaltaba y otras veces langui-

decía. Su palabra era tan pronto la súplica de un pordiosero de amor, como tenía empaques de masculina superioridad y hasta toques de tirano.

Ella le dejaba hacer, complaciéndose en mostrarse indecisa, vacilante.

Suprema comedianta del amor, enía a veces arrullos de paloma enamorada y otras veces perfidias de serpiente. Le sonreía, le miraba mimosamente y le cedía las manos, chiquitas como harañas. Julio Romero apresurábase a besarle las yemas de los dedos, la palma y la muñeca, avanzando poco a poco sobre el brazo desnudo para coronarla de besos hasta el hombro. Sus labios se arrastraban sedientos y febriles sobre la epidermis helada de Raquel, dejando la huella del fuego.

¿Usted me ofrece algo, a cambio de ese sacrificio?

—¡Pídemela la vida y te la daré!

—¿La suya?...

El poeta comprendió. La miró fijamente y ante la magia de sus ojos verdes que miraban como diciéndole "¿Te dispones a todo?", contestó con acento rotundo de hombre ejecutivo:

—La mía o la de cualquiera.

¿Quieres que mate a Narváez?

—Yo no digo eso — respondió ella sin inquietarse. — Pero acuértese de que con él tiene una cuestión personal.

—¿Quieres que lo desafíe? ¿Que lo rete a duelo?

—¡Jesús, como entiende usted las cosas, Julio! No pensará que voy a aconsejarle tamaño disparate. Creo, eso sí, que Narváez no le maldará los padrinos, pues sé que

—Hasta mañana, Julio. Si el duelo se realiza acuértese de mí, que así le irá bien.

EN UN SUAVE ATARDECER

El poeta contemplaba desde adentro el manso resbalar de aquella tarde de otoño, plena de sugestiones poéticas. Languidecían las frondosas acacias de la calle, poblado su ventana de hojas amarillentas.

Julio Romero las veía desprenderse, volotear indecisas y posarse al fin en su balcón, como pájaros heridos.

Entreabrió la ventana, asomóse y miró la perspectiva de la amplia calle. Al fondo, los árboles confundíanse en estrecho abrazo con las sombras, que avanzaban en mudo conjuro... Uno que otro transeúnte quebraba a ratos con el rumor de sus pasos el silencio inquietante de la hora.

Apoyado un codo en el barrote de la ventana, ausentes las pupilas, Julio Romero dejaba deslizarse los minutos, mirando sin ver un retazo de cielo azul violáceo caprichosamente recortado por las ramas de una acacia. La voz de la reflexión y la voz del corazón sostenían un diálogo interior, y el poeta libraba, consigo mismo, cuenta batalla.

Aquella voz le reconvenía, reconciliándole con el buen sentido; el amor le impulsaba porfiadamente hacia ella, contra todos y a pesar de todo. Y el último triunfaba. Era inútil evocar aquel duelo estúpido a que le arrastró su ligereza de enamorado con peligro de su vida, y del que recordaría todas las mañanas al denunciarle el espejo la enorme cicatriz que cruzaba su mejilla como una rúbrica. Sentíase ceñido por amarras invisibles a esa mujer fatal que presentía no llegar a poseer nunca.

Nadie como él tenía mayores elementos de juicio para saberla adorablemente perversa, sutilmente criminal. Estaba convencido de que era la pérfida inspiradora del lance, y venía a su memoria aquellas líneas friamente breves, escritas sin ninguna emoción, que le enviara a raíz del duelo.

A pesar de todo, incapaz de reaccionar ante las evidencias de los hechos, obstinándose en buscarla, llevado por esa pasión desbordante y loca que no le daba un punto de reposo.

Recordaba el sueño que tuviera un lustro atrás, a los veinte años, sueño que le parecía objetivarse ahora. Raquel Machado era la mujer fatal entrevista en el sueño, que se cruzaba en su camino para labrar su desdicha sentimental. La otra, la flor de literatura, ese producto imaginativo creado por su fantasía de lírico, no la encontraría nunca, ¡nunca!

Así discurriendo abandonó el balcón, cerró la ventana, encendió la lámpara eléctrica y sentóse a su escritorio. Sobre la mesa destacábase, presidiendo el desorden de libros, revistas y papeles, un hermoso retrato de Raquel, la musa inspiradora de su último libro de versos, el cual le había revelado un alto poeta. Para conseguir esa fotografía había tenido que recortar la página de una revista de lujosa presentación y ponerle marco a la hoja. Raquel aparecía allí en toda su belleza, y sus labios esbozaban una sonrisa enigmática.

SOLO TÚ

Sólo tú — te dije — cuando nuestros labios, uniéndose en el roce sutil de la primera emoción, sellaron el pacto de un amor que nació pleno de comprensión divina.

Y hubo en mi voz música de ternura, temblor de presentimiento, suavidad de calandria prisionera que canta y bendice su prisión.

Es que yo saludaba el advenimiento de un amor esperado y ya presentido. Mi alma era ignota música, latente en la cuerda única de un arpa inviolada: nota desprendida del gran Concierto Divino.

No podían descubrirlas los magnates, porque su sonido carece del tintineo del oro.

No podían escucharla los vanidosos, porque sus oídos sólo perciben las campanillas de su propia insuficiencia. Sólo tú, intérprete y ejecutor de la Armonía infinita, comprendistes sus notas.

Te acercaste al arpa intocada y al conjuro mágico de tus versos la cuerda vibró y la nota fué melodía y fué canto, fué éxtasis y delirio. Y sólo tuyas fueron la melodía ignorada y el arpa virgen.

Tu poseías el secreto de los vuelos místicos que alejan del mundo; conocía la ruta que conduce a los astros. Y hubo una floración de blancos en sueños y dulces realidades para la mariposa soñadora que esperaba tus alas de cóndor.

Sólo tú — te digo siempre, dichosa de sentirme vibrar en tus manos como un poema viviente de Amor-Dolor, el único eterno, el único en que el rocío de cada lágrima da vida a la flor de cada sonrisa.

Sólo tú — te digo con los ojos húmedos, cada vez que escucho tus cantos, orgullosa de saberme alentadora y trasmisora de tu sensibilidad, orgullosa de saberme arco y nota, instrumento y música de tu inspiración.

Sólo tú — te digo, feliz de pertenecerte por completo; feliz de anegar y confundir mi vida en la tuya, como una onda en la corriente, como un rayo en la luz, como la sabiduría en un árbol.

Sólo tú — en el pasado, en el presente y en lo porvenir.

ROSARIO M. DE OCAMPO

(Rosa Río)

—¿Se propone ultimarme? — soltó ella de repente, cortando todo contacto.

—¡Te adoro, Raquel! ¡Te adoro como a Dios! ¡Déjame que bese tu boca! Una vez... ¡Sólo una vez!...

—¿Cómo no! Faltaba eso, ahora. ¿Y después?...

—¿Después, qué?...

—¿Porqué le voy a consentir eso?

no le sobra coraje. No recuerdo quién me lo aseguró.

—Se los mandaré yo, entonces.

Y, levantándose, agregó:

—Ahora mismo, voy a hacer las primeras diligencias.

—¡Qué apurado!... contestó ella, oprimiéndole la mano y sonriendo seductoramente, sus ojos despedían relámpagos de alegría. Había conseguido lo que deseaba.

—Hasta mañana, Raquelita.

Romero contemplaba la efígie con melancolía, tiernísima la mirada de sus grandes ojos azules de soñador impenitente. A poco, lo asió con mano temblorosa y lo besó una y mil veces, rompiendo a llorar desesperadamente, lo mismo que un niño. Y lo era, en efecto. En materia de sensibilidad afectiva, los poetas suelen ser niños grandes o, si se quiere, hombres que sienten como niños.

LOS RECIEN CASADOS

De regreso de su viaje de bodas a Mar del Plata, Diego y Esther hicieron su primera visita a Raquel.

La conversación recayó al principio sobre temas triviales relacionados con la temporada en el balneario. Ese año, por primera vez, después de seis veranos, Raquel no pudo ir a la bella ciudad atlántica por enfermedad de doña Margarita.

Después, se habló del duelo de Romero y Narváez, asunto que Raquel desvió para referirse a un suceso acaecido un mes atrás: el accidente que arrebató al ejército uno de sus mejores aviadores, el teniente Alberto Rodríguez del Solar. Raquel, comentándolo, juzgó muy verosímiles las versiones circulantes acerca del posible suicidio de Del Solar, ya que todos los técnicos consideraban inexplicable la caída. Y agregó:

—Era un loco Alberto. Y tuvo el fin que les espera a todos los locos.

—Me parece que en otro tiempo te festejaba — dijo Esther.

—Sí, pero yo no le hacía caso. Recuerdo que la última vez que le vi, le aconsejé, riendo, que su declaración me la hiciera por carta, arrojándomela desde el aeroplano. Casi todos los domingos andaba por aquí un aparato, evolucionando en torno del mirador. Claro que yo nunca me asomaba, pues Alberto era tan loco que habría sido capaz de aterrizar en la azotea. Una tarde, Pepa trajo la noticia de que en la otra cuadra había caído un aeroplano, matándose el aviador. Al otro día supe por los diarios que el muerto era Alberto.

—¿Se encontraría la carta? — preguntó Diego.

—No sé. Yo no me preocupé mayormente. Era un loco, Alberto.

Esther manifestó deseos de saludar a la enferma y pasó al dormitorio de doña Margarita. Quedaron charlando en la habitación contigua Raquel y el flamante esposo de su amiga.

—De modo que ya le tenemos hecho un casote, Diego.

—Así es, Raquelita. Antes de lo que yo esperaba.

—Tener veintidós años y ser marido, no es común en estos tiempos.

—Es verdad, pero conste que no me arrepiento de verme en la reserva.

—¡Oh! Eso no pude decirlo todavía. Apenas hace tres meses que se casaron ustedes.

—Pues me parece mucho tiempo. Tanto me he habituado ya y tan placentera me resulta la vida con Esther. También es tan buena chica, tan cariñosa, tan solícita...

—Ya veo que está atortolado. Diego. Cualquiera le tomaría por novio, todavía.

—En mí, el novio se prolonga en el marido. Y créame que si la vida conyugal fuera para todos co-

mo es para mí, me constituiría en un entusiasta propagandista del matrimonio.

—Sigo teniendo presente de que hace noventa días se convirtió a la nueva religión.

—De llegar a centenario, le diré lo mismo después de noventa años de casado. Bueno, pasemos a otra cosa. Y usted, Raquel, ¿cuándo se convierte?...

—¿Yo? Ni perspectivas, por ahora. A mí, la verdad, me asusta un poco el casamiento. Son tan raros los hombres... Claro que si todas las chicas tuviésemos la suerte de Esther...

—¿Me tiene por un marido modelo? Gracias.

—Y me alegro de que sea Esther, a quien tanto quiero, la que tenga la exclusiva de su corazón.

—Tal vez muy pronto tendrá usted un corazón en iguales condiciones.

—¿Lo cree usted? Quién sabe, Diego. Es difícil. A mí me sucede algo curioso: los hombres no me entienden. Y los pocos que parecen entenderme, no gustan de mí.



EL CLIENTE. — Vea, antes de empezar, conviene que sepa una cosa: ¡No me interesa la guerra en China, ni ninguno de los vuelos transatlánticos, ni el estado del tiempo, ni qué caballo ganará el clásico, ni quien será el futuro presidente, ni siquiera quién mató a Ray... Con que ahora, empecé a cortarme el pelo!...

—O usted no gusta de ellos.

—Todavía el que me guste se casará con otra.

—¿Qué ocurrencia Raquelita!

—A veces pienso si terminaré por enamorarme de un hombre casado. ¿Qué desgracia sería! ¿no es cierto?

—Para él, no — dijo Diego bromearando.

—Si estuviera Esther, no diría eso, ¡picaro!

—Por eso que lo digo — añadió siguiendo la broma, pues que era incapaz de dar una doble significación a sus palabras.

El diálogo se iba desarrollando en voz cada vez más baja, sin que Diego lo advirtiera. De pronto se cortó. Raquel alzó los brazos con pretexto de ordenarse unos cabellos sueltos, y al hacer ese movimiento las desnudeces de sus brazos y de su escote se acentuaron. Diego mi-

ró, súbitamente deslumbrado y de sus ojos voló una chispa de voluptuosidad. Ella advirtió el efecto que producía la belleza de sus carnes, verdadera fiesta de blancuras donde parecían reunirse en extraña amalgama, la nieve con el marfil, el nácar con la espuma, el jasmín con los rayos de la luna...

—Estoy más delgada, ¿verdad?

—La encuentro igual que la última vez que la vi — contestó él, apreciándola de un vistazo.

—¿Qué esperanza! Mire que bráncitos...

—Me parece que están bastante redondos.

—¿Qué han de estar! Galantería suya.

Y acercósele tentadora, como invitándole, quieras no quieras, a palparlos. Diego levantó la mano, pero vaciló. Y su brazo cayó nuevamente.

—¿Tiene miedo? ¡Jesús!... ¡A qué extremo lleva la fidelidad conyugal!...

—¿Qué tiene que ver la fidelidad conyugal con sus brazos? — contestó Diego por decir algo, por no

EL WISKY
de los aristócratas
"YE MONKS"

sos de Esther que volvía y el cambio repentino de la actitud de Raquel, le devolvieron la serenidad perdida bajo el poder seductor de aquella atormentadora de hombres, capaz de despertar tentaciones pecaminosas en un ente de mármol. Empero, el veneno quedaba inyectado y, más tarde o más temprano, el proceso infeccioso llegaría a su período agudo.

Esa misma noche despertó Esther presa de viva zozobra. Diego, soñando, luchaba contra un fantasma y la llamaba angustiosamente para librarse de una terrible mujer desnuda que lo oprimía fuertemente entre sus brazos, sin que él pudiera desembarazarse de ellos.

—Diego... Diego... ¿sueñas?

Despertó nervioso, asustado, sin recordar nada. Con ternura evangélica, Esther la acarició largamente hasta hacerle conciliar el sueño otra vez. Por la mañana, apenas abiertos los ojos, dijo él:

—Es curioso; tengo la impresión de que Raquel ha venido a visitarnos.

—Habrás soñado — contestó su esposa. — Y se explica: ayer fuimos nosotros a casa de ella. Ocurrió a menudo que uno sueña con la última persona con quien habló durante largo rato.

Ninguno de los dos atribuyó importancia al sueño o lo que fuera. Acordaron contarle todo a Raquel, la primera vez que fueran a verla. Ello sucedió una semana después. Raquel, oyéndoles, reía como una colegiala y aprovechando de su confianza con Esther se permitió decirle en tono de chanza:

—Te advierto que no me dejes galantear por los cascotes. Pero, por las dudas, no lo traigas más a tu marido.

—Recojo la insinuación — replicó Esther. — Y ahora mismo. Vete, Diego, y vuelve a buscarme a las diez y media, añadió siguiendo la broma.

—Eso es — puntualizó Raquel — y en esta hora y media, estás de diqueses a cortejar a medio mundo.

Diego sonrió. De regreso al hogar, observó a Esther su conducta de esa noche, que calificó de incorrecta. Sus celos le parecieron excesivos. Adquirió, pues, aquella la primera nube en el hasta entonces límpido horizonte conyugal. Primeramente, ¿qué iba a empuñar por siempre la dicha de aquel hogar apenas constituido y pleno de amor?

La buena esposa leyó la terrible verdad en el fondo de los ojos de su marido, cuando éste hizo una callada defensa de la amistad de Raquel. Los seres que se han amado mucho terminan por compensarse, por entenderse de manera perfecta. Es inútil falsear los sentimientos. La compensación es tal que la mentira que sueltan los labios es negada por la verdad que irradian los ojos, que nunca mienten. En ellos, como en fieles espejos, ven los enamorados la imagen pura de la verdad.

Esther, al cabo de cuatro años

de noviazgo y tres meses de vida en común, adivinaba los más secretos pensamientos de su Diego, mirándole. Y aquella noche tuvo la clara visión de su desdicha. Diego amaba a Raquel.

Pocos meses después, desesperada, con pruebas irrefutables del abandono de que Diego hacía del hogar por perseguir a Raquel, se presentaba a los tribunales entablando demanda de divorcio.

EL COLLAR DE PERLAS

Julio Romero acababa de obtener su mayor triunfo de poeta. En un certamen literario en que participaron los mejores portaliras de habla costellana, fué adjudicado el primer premio a su poema sobre el descubrimiento de América. Su nombre, ya bastante conocido, saltó del todo a la popularidad, debido a la gran publicidad que se dió a la justa y a los numerosos homenajes que se le tributaron al proclamársele el primer poeta americano.

El hasta entonces mísero poeta que gozaba de doscientos pesos de sueldo en un diario, se vió de la noche a la mañana poseedor de cincuenta mil pesos — que a esta suma ascendió el premio — y con todas las puertas abiertas.

La íntima satisfacción que tal acontecimiento le deparara, no había logrado, sin embargo, desgarrar ese velo de tenaz melancolía que empañaba el brillo de sus ojos. Estaba a su lamirada franca y noble. Grande era su amor por el arte y la poesía, y decididamente la gloria le llevaba de la mano; pero en medio de todo sentía una gran laguna en su vida. Era que le faltaba el amor de una mujer, necesidad suprema en alguna época de la vida del hombre, sobre todo cuando se carece por completo de afectos familiares como le ocurría a Romero.

Y el nombre de Raquel, siempre vivo en su memoria, surgía de sus labios invadiéndole el alma de una tristeza mansa, cordial. Su pasión, otrora dominadora, impulsiva, casi salvaje, atravesaba por un período de calma. Pero no sería por mucho tiempo, que los volcanes duermen para despertar de pronto enajando de lava la montaña.

Hacia seis meses que no la veía. Con motivo del certamen poético, esperó ilusionado la palabra amable, la felicitación gentil que tan-

tas otras manos femeninas, algunas desconocidas, le dedicaran. La esperó un día y otro día, siempre en vano. Esto terminó por crearle otro dolor apacible y vago, que puso un nuevo matiz en su honda tristeza íntima. Meditó muchas horas, muchos días, acodado en su mesa de trabajo, en esa mesa donde compusiera el poema bajo la advocación de la imagen de Raquel, bella y sonriente.

Una mañana levántose muy temprano y se puso a escribir. Su mano corría nerviosamente, llenando cuartilla tras cuartilla. Dos horas después, terminaba su tarea, buscó en su escritorio un documento y

salió a la calle. Eran cerca de las ocho. Tomó un auto y se detuvo en la calle Florida, frente a una lujosa joyería.

—¿Cuánto vale ese collar de perlas?

—Cincuenta mil pesos.

Aquí tiene un cheque.

Era el mismo cheque con que le abonaron el premio del certamen.

CUANDO NO SE TIENE CORAZÓN

Por la tarde del mismo día, Raquel recibió una carta y un paquete.

TU PAGO

No había güelto a verlo dende aquel entonses...
Y hoy, diendo pá un viaje, crusé por tu pago.
¡Pucha!... ¡Qué tristesa dentró por mis ojos,
pá hundirs'en el alma, igual que un lansaso!

¡Verlo, y darme cuenta del amor tan grande
que pá vós yo tuve, jué una cosa mesma!
¡Que áhura ví tu pago lo mesmo que a tuitos
los otros, por ande crusó mi osamenta!

¡Y en aqueyos tiempos!... Jué un sielo tu pago
formáo con las nubes de mis locos sueños!
¡Tuito ayí era lindo, y a tuito quería!
Los hombres! Los ranchos! Los montes! Los serros!

Quise los ombuses: quise las cañadas;
los talas, las piedras, los saúses, los pastos!...
P'aliviar el peso de mi amor tan grande,
¡quise hasta los perros de tuitos los ranchos!

Y áhura, ¡risiensito me vengo a dar cuenta
por qué lo quería!... Eras vós tan chica,
y mi amor tán grande, ¡que alcansó pá tuito!...
¡Pá tuitas las cosas del pago! ¡Pá tuitas!

GUILLERMO CUADRI

La MENTIRA de TOTÓ

Quedaban tres marrons glacés en la caja, una hermosa cajita ovalada, con lindos dibujos cubistas. Totó no apartaba la vista de ella, con la esperanza puesta, quizá, en el marron más gordo de los tres que quedaban.

Totó es un niño de cuatro años, y sabido es que a esa edad los marrons glacés tiene una importancia enorme. Su mamá lo sabía, y conocía igualmente que es una imprudencia tentar la glotonería de un niño de cuatro años.

Por eso antes de salir de casa,

encerró la cajita en su armario de luna, escondiéndola en el estante de arriba, entre unas sábanas y unas fundas de almohadas.

Cuando Totó se quedó solo vió con asombro que su mamá había dejado la llave del armario en la cerradura, y como había presenciado la operación de ocultar la cajita de los marrons no pudo vencer la tentación.

Y ocurrió que abrió el armario muy despacito, acercó una silla, se subió en ella y, puesto de puntillas, alcanzó la cajita, de la que extrajo el marron mayor, que comió con deleite. Hecho esto volvió a poner todo en su sitio. De su piscardia no quedaba otra huella que la falta del sabroso marron.

Cuando regresó su mamá, Totó

jugaba tranquilamente a los accidentes con un tren y un auto.

—¿Has sido bueno Totó?

—Sí, mamá.

—Entonces voy a darte un marron glacé.

Totó quedó aterrado. Presentía la inminencia de un minuto borrasco.

—¿Quién se ha comido un marron — profirió la voz del trueno.

Al cabo de un minuto de reflexión, Totó se decidió a balbucear: Ha sido el gato.

—¿El gato? ¿Ha sido el gato el que ha abierto el armario y luego la caja de los marrons? ¡Es curioso! ¡Pues no ha sido el gato, señor mío! ¡Ha sido Totó! Totó, que es un bustero.

Totó no decía una palabra. Callaba y aguardaba los sucesos.

—¿Qué feo es eso de mentir!

Abrió este último y no pudo contener un grito de gozo:

—¡El collar!

Lo reconoció en seguida; tantas veces lo había contemplado en el escaparate, que "se lo sabía de memoria". Era esta su expresión, cuando del collar habiaba con sus amigas, cada una de las cuales ardía en deseos de verlo colgado a su cuello. Se decía que ese collar había permanecido a la exzarina de Rusia y su actual propietario, al principio reacio a desprenderse de él, lo acababa de poner en venta.

—¡Mamá, mamá!

—¿Qué pasa, hijita?

—Me han mandado el collar de la zarina. ¡Mira que precioso!

La señora Margarita, no menos sorprendida que su hija, atinó a preguntar:

—¿Quién te lo manda?

—No sé. Viene con esta carta. Voy a ver.

La abrió y miró la firma.

—¡Julio, mamá! ¡Quien hubiera dicho!...

—Lee, a ver lo que dice.

—¡Oh! Esto es larguísimo... mañana la leeré. Ahora voy a ver como me queda.

Y acto seguido se colgó el collar, acercándose al espejo. Los ojos radiantes, los labios dibujando una sonrisa de loca alegría, exclamó:

—¡Preciosísimo! Parece hecho para mí, tan bien me queda.

En ese instante entró Pepa, muy nerviosa, trayendo "La Razón". — Mira, Pepa, esto y dime si no me queda pintado.

La, criada con los ojos extraviados y como temiendo contestar, levantó un brazo llamando la atención sobre el diario que traía.

—Nifia, que desgracia!...

Raquel puso la mirada en un título muy grande que resaltaba en la primera página de "La Razón", y leyó en voz alta: "El doloroso suceso de hoy. El poeta Julio Romero se suicida, arrojándose del último piso del pasaje Güemes".

—¿Qué ocurrencia? ¿No? — soltó Raquel mirando a su madre, tan tranquila. Y volvió a poner la mirada en el espejo.

— siguió diciendo la tormenta — ¿Sabes lo que le ocurre a los niños que mienten, Totó? Pues te lo voy a decir. Un hombre muy malo, con unas barbas muy largas y un saco muy grande, coge a los niños embusteros, y después de pintarles la cara de verde los encierra en el saco y los lleva a una caverna de la montaña y los echa en una caldera de agua hirviendo. ¡Figúrate la muerte tan espantosa que les espera a los niños mentirosos!...

Cuando la mamá terminó su terrorífico relato, Totó alzó la cabeza y dijo:

—¡Qué graciosa eres mamá! Me dices que esta muy feo mentir y me estas soltando una de embustes que no se como te caben en la cabeza. ¡Habrás visto tú muchas veces al tío de la baba y del saco!

WILL

Las tropas, dirigidas al frente a marcha forzada descansaban en la ciudad griega de Ostrovo dos noches y un día. En Ostrovo se hallaba uno de los comandos del ejército escalonado entre Salónica y Sajulevo. Los soldados llegaban al anochecer, tomaban su rancho y luego armaban sus carpas; por la mañana ayudaban a cargar leña en los vagones, y al día siguiente reanudaban la marcha.

El de Ostrovo era uno de los cuarteles más curiosos, y había terminado por hacerse célebre. Casi siempre desertaba algún soldado. Las averiguaciones y las pesquisas nunca habían podido iluminar al comando sobre la forma en que se realizaban estas deserciones.

Los soldados desaparecían del cuartel de Ostrovo sin dejar rastros; y resultaba incomprensible que pudieran permanecer ocultos en la campaña de los alrededores, recorrida y vigilada por las patrullas de soldados franceses, italianos y serbios.

Yo prestaba servicio en el acantonamiento de Zeitenlick. Un día recibí orden de trasladarme a Ostrovo para tomar a mi cargo el descubrimiento del asunto. Debía simular que mi traslado se debía a cualquier otra causa; el contralor del cargamento de leña, por ejemplo. Así no despertaría sospechas.

—¿Entiende usted algo de leñas?

—No, señor.

—Cuando era civil, ¿qué hacía, de qué se ocupaba?

—Este... Yo soy... — Y dije mi nombre.

—¡Ah!, el poeta. ¿Y no entiende de leñas? Tanto mejor, Aprenderá. Tal vez más tarde le sea útil; pues, cuando la guerra termine, todos cambiaremos de oficio...

—Probablemente.

—Tome el tren a las veintuna. En doce horas estará en Ostrovo.

¿Doce horas por ciento treinta y siete kilómetros.

—Sí, no se asuste. Tiene viaje para toda la noche. Pero, en compensación, irá en un vagón de tercera, sin vidrios y sin asientos. Tal vez haya algunos bancos de madera para sentarse. Los vagones de primera y segunda clase no son para nuestros oficiales, sino para los soldados de nuestros aliados. ¿Entiende?

—Perfectamente.

—¡Ah! Escuche: deje en Salónica a su asistente. Los soldados hablan demasiado, preguntan más, y, sobre todo, espían lo que hacen sus oficiales, aunque inocentemente. Vaya solo. Creo que en ocho días podrá arreglar el asunto. Ocho días en Ostrovo, frente al lago, no le vendrán del todo mal.

—¿Podré llevar mi perro?...

—¿También tiene usted perro?... ¡Llévelo! ¡Llévelo!... ¡Esto no es un ejército! ¡Es un arca de Noé!... Provéase de revólver, un buen Colt, aunque no lo sepa manejar.

—Sé manejarlo.

—Tanto mejor... Deberá volver con un sumario claro y expedito.

¿Claro y expedito? Era muy fácil decirlo. Apenas bajé del tren, se me apareció una aldeucha miserable; un grupo de casas de barro alrededor de una iglesia en ruinas.

Señales de guerra y de miseria y, por todas partes, sucios restos que evidenciaban el paso de las tropas. Ninguna casa intacta. Las mujeres y los niños griegos huían y se an-

EL ARDID

Por Rafael Calzini

cerraban en sus casas al paso de un soldado o un oficial. Hacía diez años que no veían más que desfiles de tropas. Y todas las tropas les infundían un terror pánico.

A mí me recibieron con alegría, y eso me disgustó. Lo peor que puede suceder a un oficial es "no infundir miedo". Vinieron a mi encuentro el mariscal jefe del comando y el intendente de Ostrovo.

bañilería que semejava una isla de paz y beatitud en medio de la llanura volcánica inundada por la marea de la guerra.

El perro gruñía y rechinaba los dientes a cada gesto de la vieja.

—¡Quietos, Marte! ¡Quietos!

Marte seguía rechinando los dientes.

La vieja bajó aun más el pañuelo sobre sus ojos, como sintiendo-

La dignidad

Si eres artesano, evita enlodazarte recibiendo alguna cosa que no sea de la compensación de tus méritos; si eres poeta, no manches la túnica de tu musa cantando en la mesa donde se embriagan los cortesanos; si eres sembrador, no pidas la protección de ningún amo y espera la espiga lustrosa que al encantamiento de tus manos rompe el vientre de la tierra; si eres sabio, no mientas; si eres maestro, no engañes; si eres pensador o filósofo, no tuerzas tu doctrina ante los poderosos que la pagarían sobradamente; por tu propia grandeza debes medir tu responsabilidad y ante la raza entera tendrás que rendir cuenta de tus palabras. Sea cual fuere tu habitual menester, hormiga, ruiseñor o león, trabaja, canta, o ruge con entereza y sin desvíos, pues en ti vive una partícula de tu raza.

No imites al siervo que se envilece para aumentar la ración de su escudilla. Desprecia al corruptor y compadece al corrompido; desafía, si es necesario, al encono, y la maledicencia de entre ambos, pues nunca podrán afectar lo más seguramente tuyo de ti: tu personalidad. Ninguna turba de lacayos puede torcer a un hombre de carácter. Es como si una pira diese en gruñir contra el chorro de una fuente dulce y fresca: el agua seguirá brotando sin oírlos y, al fin, los mismos gruñentes acabarían por abrevarse en ella. Algo necesitamos de los demás y no es poco: respeto. Debemos conquistarlo con la inflexible virtud de nuestra conducta. No es respetable el que obedece contra el sentir de la propia conciencia; la disciplina es una virtud feudal que la nueva raza desdeña. Todos respetan al que sabe jugar su destino sobre la carta única de su dignidad.

JOSE INGENIEROS

—"Kalimerá, kalimerá".

—Buenos días, señor teniente—dijo el mariscal, y agregó, presentando:—El señor es el intendente de Ostrovo.

—"Eis ti dunamai na sas fano evarestos".

—Dice si necesita usted algo.

—No. No. Gracias. "Oki, oki eukaristós".—Mis conocimientos de griego se reducían a las palabras indispensables.

La esposa del intendente, era una hermosa mujer, erguida y fuerte, aunque algo vieja; apretaba entre los dientes agudos los flecos del pañuelo que le cubría la cabeza; de vez en cuando me miraba de soslayo con sus ojos fríos y de expresión extraña. Su mirada indescifrable revelaba hostilidad, a pesar de todos mis cumplidos y galanterías. La vieja, estaba hilando lana en una rueca centenaria. Me mostró la casa: una hermosa obra de al-

se molesta por mis miradas, y llamé:

—¡Irene! ¡Irene!

Salió una muchacha de quince años, que traía un balde de leche recién ordeñada.

—¡Oh, Irene!

Irene me miró fijamente, y se sonrió.

Era una muchacha ruda y seca, pero interesante. El ligero vestido que la cubría, modelaba su cuerpo como una sábana mojada: pude notar la forma ovalada y lisa de su vientre la eutimia de sus formas, la morbidez de sus brazos.

El mariscal—completamente atareado con sus partes, sus informes, sus fojas de servicio y sus despachos—había dejado el detal al cuidado del ordenanza, para salir en busca de lugar donde alojarme; y se habría decidido por la casa del intendente, la única que tenía comodidades. El intendente, ceremo-

nioso y cortés hasta ese momento, pareció turbarse al conocer la resolución del mariscal; cambió algunas incomprensibles palabras con la vieja; ésta se puso lívida, pero sonrió y me dijo que por la noche estaría lista mi habitación: un cuarto no muy cómodo, pero limpio, en la planta alta. Yo hice un movimiento como para dirigirme a ver el cuarto que se me daría, pero la vieja me interceptó el paso:

—"Oki, oki". No. no. "Azinátos. Imposible.

Y con gestos me dio a entender que la habitación sería arreglada más tarde.

Las noches eran lúgubres y tristesísimas. La desolación sembrada por la guerra, parecía arrancar alaridos de espanto al viento, que rugía despavorido yendo a engolfarse en las montañas cercanas. No se oía más que el fragor de los camiones y el silbato de los trenes que conducían hombres y más hombres al frente de batalla. Nadie osaba aventurarse de noche por las calles de Ostrovo: manadas de perros hambrientos vueltos a la vida salvaje aullaban a las puertas de las casas. Sólo los soldados tonquineses, agregados a un servicio de enfermería de los alrededores, se atrevían a hacerles frente, para matarlos y luego cocinarlos y devorarlos.

Las atenciones de los que me hospedaban, aunque hipócritas, y la timidez de Irene, que se escondía cuando me veía llegar, me evocaban las alegres tertulias familiares de los tiempos idos para siempre.

Acariciaba mi perro. Marte entornaba los ojos y me lamía la mano. Bastaba aquel contacto de vida para levantar mi espíritu y permitirme dormir tranquilo.

La cuarta noche de mi llegada (por la tarde, había llegado un batallón de doscientos soldados al mando de dos oficiales, que en ese momento dormían en el cuartel), Marte, acostado a los pies de la hamaca, me despertó bruscamente con un ladrillo furioso y se precipitó contra la puerta.

Dí luz encendiendo la lamparilla y llamé a Marte que seguía ladrando. Me vestí rápidamente. Marte tenía razón: detrás de la puerta había alguien... Sentí de pronto que mi derredor se formaba una atmósfera de sueño. Me llevé las manos a la garganta oprimida por la asfixia inminente. Dí un salto. Abrí la ventana. Todo estaba en silencio. Sólo oía el silbato prolongado y agudo de una locomotora.

Me pareció que llamaban a la puerta; primero suavemente, después, fuerte. Abrí.

—¡Irene! ¿Qué tiene, Irene?

—¡Chist!... ¡Chist!... — Apoyaba el índice en los labios. Dí dos o tres pasos, reclinó su cabeza en mi pecho, abandonándose entre mis brazos como si estuviera a punto de desvanecerse. Noté el olor a heno de sus cabellos, y el perfume a leche de su boca; y sentí junto al mío las formas de su cuerpo, el palpitar de su corazón...

—¿Qué te pasa, muchacha? ¿Qué tienes? ¿Qué sucede?

Hice ademán de armarme y salir. Ella me rogó de rodillas, juntando las manos, que no saliera.

—¿Por qué?

Marte seguía rechinando los dientes con desconfianza, apoyadas sus patas delanteras en el umbral como al borde de un abismo. No con-

siguiendo que entrara ni que se callara, opté por dejarlo fuera cerrándole la puerta. Y entonces vi que Marte se arrojaba por la escalera, cruzaba el patio y se lanzaba ladrando a la calle.

La manada de perros hambrientos venía, como todas las noches, hacia la aldea.

Irene se acercaba más y más a mí. Yo sentía la piel de su cuello estremecerse bajo mis labios y sus manos heladas entre las mías. Esa noche y las noches siguientes tuve la impresión de que buscaba mi compañía con casta inocencia. Más: con indiferencia, sin placer. Mis escasos conocimientos de griego no bastaban para mantener una conversación. Y el amor pierde la mitad de su encanto, flaquea, cuando no sabe formular divinas preguntas ni recibe divinas respuestas. Noté que durante el tiempo que permanecía en mi cuarto, Irene no cerraba los ojos; cuando yo simulaba dormir, la vía espiarme desde la sombra con sus ojos rasgados de virgen bizantina. Hubiérase dicho que tenía miedo de quedarse dormida en mi cuarto. Cuando oía el carro del padre que se alejaba camino del campo, se deslizaba silenciosamente por la escalera, y desaparecía.

Pero yo la quería tierna y entrañablemente. Me parecía que en aquellos lugares de desesperada soledad, Irene me ofrecía todas las alegrías del mundo. Aquella muchacha arisca no podía imaginar el inmenso valor que su amor tenía para mis veinte años amargados por la guerra.

¡Curioso e indescifrable rasgo digno de una mujer oriental!

Pero yo, entre mis averiguaciones y mis leñas, no disponía de tiempo para dedicarme a tratar de desentrañar el misterio del alma de aquella muchacha. Las averiguaciones que hice no dieron resultados de ninguna clase. Por el contrario durante mi permanencia en Ostrovo, desaparecieron otros tres soldados. No pude obtener un solo dato concreto acerca de las inexplicables desapariciones; pero, en cambio, comenzaba a distinguir las distintas clases de leña, ya fuera en troncos o en pedazos. El intendente, bonachón y servicial me había ayudado en todas las formas.

Pero el cariño con que me palmaba el hombro y la solicitud con que me preparaba el café a la turca en las tacitas sin asa, me parecían demostrar su complicidad en las "distracciones" nocturnas de Irene. La vieja no disimulaba el odio que me profesaba y trataba siempre de rehuir mis miradas. El Irene misma me resultaba indescifrable; era, sí, mi amante, pero ello no contribuía a un mayor conocimiento; el amor, por sí solo, no facilita la comprensión de las personas.

Siempre que estaba a mi lado, Irene permanecía con los ojos abiertos. Hacía esfuerzos para no dormirse; esperaba que el cuadro de luz de la ventana se hiciera azul violáceo, opalino. Y sin haber dormido se retiraba.

Una sola vez pude sorprenderla dormida. El rostro, libre de todo contralor consciente, abandonado a sí mismo, parecía una máscara dolorosa aterrorizada. Su alma estaba, sin duda alguna, dominada por espíritus desconocidos y dirigida por extraños influjos.

Semidesnuda, iluminada por un haz de rayos de la luna, parecía

una estatua de plata. Entre ella y yo, había algo así como una distancia de tiempo o de espacio que constituía un abismo. La fiebre con que nuestra juventud nos unía materialmente no había (proximal) nuestras almas. No atinaba a darme cuenta de si ella había buscado mi compañía por vicio, por amor o con esperanzas de lucro. Tal vez la madre sabía, y la ayudaba... Y recordé que dos noches

No oía más rumor que el gotear de la fuente y el aleteo de las golondrinas que se despertaban bajo los tirantes de la galería.

Abrí la puerta sigilosamente, cuidando de que no chirriara, para no despertar a Irene. La noche comenzaba a palidecer; blanqueaban las cumbres de las montañas; el lago de Ostrovo reflejaba todavía una que otra estrella, pero la luna iba perdiendo su brillo ante el avance

NOTA DE COLOR



—¡Nada! En mi paleta no encuentro ese carmín tan bonito de sus labios.
—¿Quiere usted el que yo uso, maestro!

habiendo yo hecho ademán de salir, porque me parecía que desde abajo llegaban voces y rumores de risas, ella se arrojó a mis pies rogándome que no me moviese. Y besándome las manos y llorando, me disuadió. Y entonces, viéndola por fin dormida aproveché para salir. Fui hasta la puerta en puntillas, llevando las botas en la mano. Una vez afuera, me calcé.

Atravesé el patio cautelosamente.

de la aurora. Delante de la puerta estaba el carro del intendente. Sobre el carro una gruesa manta de tosca lana cubría un bulto voluminoso. Todo era silencio y calma...

Ya estaba por regresar a mi habitación para despertar a Irene, cuando vi que de un extremo de la manta sobresalían, en forma de V, dos zapatonos claveteados. Alguien dormía en el carro. Levanté la manta. Un soldado, rígido, muer-

to hacía pocas horas, yacía estrangulado.

Rápido. Rápido. Había que proceder rápido. Me hallaba poseído por un deseo loco de proceder con rapidez. Me avergonzaba de no haber adivinado antes, de haber comprendido demasiado tarde. Había estado viviendo en una casa de asesinos; había sido cómplice involuntario de aquella familia de espías que atraía a los soldados a su casa, los corrompían, los estrangulaba mientras dormían, e iban a enterrarlos lejos. ¡E Irene, la estatuita de Tanagra, se entregaba a mis caricias para que yo no pudiera abandonar mi cuarto si oía ruido! ¡Cuánto sufrí! Me pareció que tendrían que ser inflexible con mis propios recuerdos, que iba a castigar mi propio romanticismo sentimental, que me había vendido los ojos!... Hice un interrogatorio rápido, sin testigos.

Todo estuvo terminado en pocas horas. ¡Horas? ¡Minutos! ¡Apenas salía el sol!

¡Condenados a muerte! ¡A morir fusilados!

Hice arrinconar contra una pared al intendente y a la vieja. El pelotón formó. La vieja apretó entre los dientes las cuatro puntas del pañuelo que llevaba en la cabeza; se destacaba como una estatua, sobre el fondo blanco de la pared. No tembló.

Cuando los soldados hicieron fuego me desvanecí.

El señor intendente, livido y sudoroso, envejecido por el espanto, se fué al otro mundo con un rosario entre los dedos.

—¿Y la muchacha?—me preguntó el coronel, que era un bromista famoso, cuando le hube enterado del resultado de mi misión.

—No quise saber nada — le contesté.—Procedí con energía.

—¿También con la muchacha?

—No. No la hice fusilar. La regalé a una compañía de soldados senegaleses que llegó esa mañana en dirección al acantonamiento de Florina.

—¿La regaló? ¡Qué original!... Empiezo a estimar un poco más a los literatos...

Y me invitó a tomar algo en el café de la Torre Blanca. Una vez sentados ante la mesita, me confesó que tenía ganas de aprovechar ese episodio para escribir un cuento.

Pero, es mejor que lo haya escrito yo. Sólo yo sé cómo sucedieron las cosas en realidad.

EL SUPREMO TRIUNFO

Si vuelves los ojos a casi todos los que te rodean; si sabes contemplarlos y considerarlos, verás que han obtenido algunos bienes, algunos aparentes favores de la vida; pero que ninguno ha logrado el bien por excelencia, a saber, la conquista de sí mismo.

Este anhela; el otro se encoleriza; el de más allá es víctima de un vicio.

Yo, aquí donde me ves, no he realizado tampoco esta conquista.

Si tú acertaras a realizarla, si tú fueses el señor absoluto de ti mismo, ya nada te sería difícil.

Donde sembrases tu voluntad, fructificaría el milagro.

Querías ser rey, lo serías; querías ser millonario, y lo serías; querías ser dueño del mundo, y lo serías.

... ¡Pero seguramente, una vez que hubieses logrado la plena conquista de ti mismo, ya no querías nada y tendrías un desprecio inmenso por todas las cosas!

AMADO NERVO

El por qué de su ambición

Sus papás llevaron a Paquito al teatro, donde esa noche se representaba un drama. Concluida la función, preguntaron a Paquito si la obra fué de su agrado. El niño dibujó una sonrisa de satisfacción, y exclamó:

—Sí, me gustó mucho. Yo, cuando sea grande, quiero ser artista.

—¿Por qué, Paquito?

—Porque los artistas no mueren. Al primer actor lo asesinaron al final, pero cuando aplaudieron y levantaron el telón, resucitó para dar las gracias.

PLANTAS QUE VIVEN ENCERRADAS

Todas las formas de vida se caracterizan por la facultad de adaptarse al medio en que viven; pero parece imposible que un organismo pueda vivir indefinidamente en un recipiente, herméticamente cerrado, sin más agentes externos que la luz y el calor.

Y, sin embargo, varias son las plantas que pueden vivir en estas condiciones.

Todo organismo viviente toma alimentos y secreta productos inútiles. De aquí, el que para que un organismo pueda vivir cierto tiempo en un recipiente cerrado, es necesario que al proceso vital contribuya un ciclo en el que ninguna sustancia vital se agote.

Las plantas desarrollan dos procesos, por los cuales, teóricamente, pueden vivir en lugares herméticamente cerrados. Uno de ellos es la respiración, y el otro, la fotosíntesis o asimilación del ácido carbónico y del agua en forma de alimento.

Como esta reacción es mucho más rápida que la respiración del mismo individuo, las plantas pueden acumular su "surplus" de productos orgánicos, tales como hidrocarburos, grasas, etc.

Durante la fotosíntesis, despiden oxígeno.

Una comparación de las reacciones químicas en los procesos de la respiración y de la fotosíntesis demostrará cómo es posible que algunas plantas se ajusten a vivir en un pequeño recipiente bien cerrado.

La respiración puede expresarse en esta forma: Carburo de hidrógeno y oxígeno dan ácido carbónico y agua; pérdida de energía. Por el contrario: Ácido carbónico y agua, en presencia de la luz, forman carburo de hidrógeno y oxígeno; recuperación de energías en forma de alimento.

He aquí la fórmula más sencilla de la fotosíntesis. Si el volumen de ácido carbónico empleado en la respiración iguala al volumen de oxígeno empleado en la fotosíntesis, la razón de la fotosíntesis-respiración será la unidad, y la presión del gas se mantendrá constante.

El proceso de la respiración es una reacción general en todos los órganos vivientes; pero el proceso de la fotosíntesis es más limitado, y ocurre sólo en las plantas verdes en presencia del ácido carbónico, del agua y de la luz.

Una planta respira constantemente; pero a la luz del sol convierte rápidamente el ácido carbónico en hidrocarburo por la energía de la luz, y así asegura el alimento y el ciclo de oxígeno aun dentro de un recipiente cerrado.

En la obscuridad, la presión parcial del oxígeno se va gradualmente reduciendo por la respiración de la planta, y el ácido carbónico le

substituye; pero en presencia de la luz ocurre el proceso inverso de fotosíntesis, y la presión parcial de ácido carbónico se reduce rápidamente a cero con el resultado de que la presión parcial del oxígeno queda restablecida en todo su valor anterior.

Estudiando ciertas plantas, un botánico no se acordó de que había dejado varios ejemplares debajo de unas campanas de cristal, cerradas

con vaselina, y al cabo de dos semanas las encontró sin dar muestras de marchitarse. Al cabo de un mes se conservaban verdes y habían crecido como si estuviesen al aire libre.

Esto dió la idea de construir un nuevo objeto de ornamentación en forma de pisapapeles y que consiste en una bombilla de luz eléctrica, una base y un tiestecillo.

La planta se pone en una maceta con buena tierra o mantillo, se cubre con la bombilla y esta se coloca sobre un pisapapeles cerrando con lacre o cera la juntura, para que no penetre el aire. En la base, se echa una cantidad de agua suficiente antes de cerrar, y ya no requiere más cuidado, sino el de que reciba el sol durante el día.

Aparte del ciclo gaseoso de que

hemos hablado, otro muy importante para la vida de las plantas es el ciclo del agua, que ha de hacerse automáticamente, o de lo contrario, la planta moriría por falta de humedad.

Las plantas no tienen la facultad de absorber el agua del aire, aunque éste esté saturado de ellas.

En estos originales pisapapeles, el agua que se evapora se condensará en las paredes de cristal de la bombilla y va a parar a la base, desde donde es absorbida por una capa de yeso; sube por capilaridad al mantillo que rodea a las raíces, y éstas chupan la humedad, que, a su vez, vuelve a ser evaporada.

El equilibrio entre el ciclo del gas y el del agua explica cómo esas plantas pueden vivir en recipientes herméticamente cerrados.



No. 1) AROS A RESORTE

Oro 18 K. y Platino, 2 Brill. finos, 8 Diamantes
6 Perlas finas, Perlas "Nacarfine", \$ 150 — 125 —
95 — 85, con piedra imt. oro 18 K. \$ 35.

No. 2) AROS A RESORTE

Oro 18 K. y Platino, 2 Brillantes finos 4 Diamantes finos \$ 125 — 95 — 75 — 50, con piedra imt. oro 18 K. \$ 25.

No. 3) A SISTEMA O TORNILLO

Oro 18 K. y Platino, con Perlas "Nacarfine", 6

Diamantes finos, \$ 95 — 85 — 75 — 65, Piedra imt. oro 18 K. \$ 25.

No. 4) A SISTEMA O TORNILLO

Oro 18 K. y Platino, 4 Diamantes grandes, 10 diamantes chicos, Perla "Nacarfine" \$ 115 — 95 — 75 — 65, Piedras imt. oro 18 K. \$ 30.

No. 5) "COLLAR PERLAS "NACARFINE", con rico

Broche plata fina, piedra fantasía \$ 50 — 40 — 30 — 25. Con Broche oro 18 K. y platino, diamantes finos desde \$ 200 hasta \$ 75.

Pidan Collarcito para Nena \$ 10 son los más chic.

Las perlas "Nacarfine" son las que usan las damas más elegantes que saben comprar. Las perlas "Nacarfine" son las únicas que se confunden con las perlas finas, por su oriente perfecto y duración. Pídanlas únicamente a la

Casa "Scarinci" - Florida 142

Privda. RFLOJERIA LONGINES — Buenos Aires

Al efectuar su pedido cite *Fray Mocho* y tendrá el 10 o/o de Descuento. Los pedidos del Interior, sea por carta o por telegrama, son atendidos en el día. A los clientes del Interior concedemos el derecho de cambiar, si el artículo no fuera a satisfacción.

QUIZÁ

En este retraimiento en que yo vivo
por mi carácter hondamente huraño,
desesperadamente me apercibo
de que en mi propio hogar, soy un extraño.

Mientras que todos ríen en la casa
y agrupados conversan tonterías,
mi pobre corazón sufre sin tasa
al no poder gozar sus alegrías.

Y me dicen a gritos: — ¡Vaya el hombre!...
llenándose la casa con mi nombre:
¡Eduardo! ¡Eduardo! ¡Eduardo! ¡Eduardo!
(¡ven!

Y al ver que no respondo y que me enfado,
murmuran con un gesto intencionado
Apoyándose el índice en la sien.

SUPLICA

Así, como mis versos, soy de humilde y sencillo,
y lo seré en los años que me restan correr,
Y como tengo el alma de un cándido chiquillo,
si alguna vez fui malo... ¡lo he sido sin querer!

El día en que se extinga mi vulgar existencia
diré a los que no me aman mi palabra postrer:
Hermanos: yo perdono vuestra maledicencia,
porque si fuisteis malos... ¡lo fuisteis sin querer!

Y pido, yo que nunca, por temor, pedí nada,
que la hora en que parta la carroza enlutada
sea la dulce hora de un gris atardecer.

Y que retribuyendo mi insaciable cariño,
me digan sus adioses los labios de algún niño
¡y me lloren los ojos de una linda mujer!

UN BESO

Dentro de mi cartera, guardo todas tus flores:
siete claveles rojos, y una rosa encarnada.
Y es bien cierto, bien cierto que en materia de
(amores
las flores, sin los besos... ¡no significan nada!...

Es verdad que me has dado tus mejores sonrisas
En Amor, las sonrisas son vulgares sucesos...
si de céfiros suaves se han formado las brisas,
el Amor, ¡se ha formado solamente de besos!

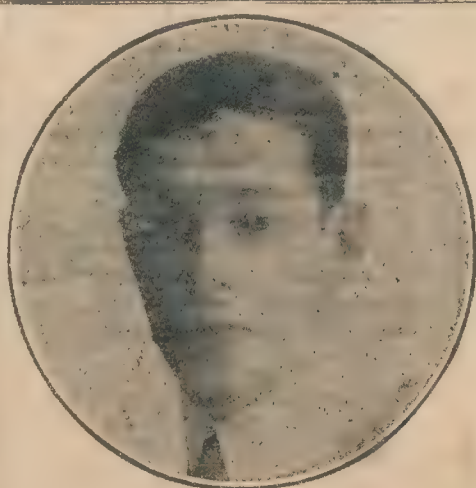
¿Tú no piensas lo mismo? Disculpa los agravios
que pudiera infligirte mi pretensión tan loca,
pero, estando a tu lado, siento fiebre en los
(labios:
son mis besos, ¡mis besos!... ¡que me queman
(la boca!

Si el pedido te turba, perdónale al culpable,
es tan fácil, tan fácil evitar los sonrojos:
Mientras dure aquel beso ¡que será intermina-
(ble!

Mientras dure aquel beso...
(cerraremos los ojos....)

"Cuentas de vidrio"

Por Eduardo O. Zapiola



Muchacho emocionado y armonioso, el autor de este volumen de versos, merece ser bien conocido en todo el continente. Es de los que afinan su alma y la ofrecen al amor para que éste rime en ella los cantares eternos.

"Cuentas de vidrio" es su último libro. Bello el título; tan bello como apropiado. Tiene, sobre todo, la inmensa simpatía que inspira la modestia. Porque de las cuentas de vidrio estos versos tienen la sencillez, la transparencia, el pulido. El nombre que está en la carátula guarda el secreto que el título de un libro nunca debe insinuar...

El secreto de "Cuentas de Vidrio" es la emoción, una emoción intensa que humedece los ojos.

Cada página es un desborde de cosas bellas: expresiones de ternura, que son como trozos de cartas de amor; observaciones sutilísimas, sentimentales y graciosas a la vez; ironía; fina serenidad e idealismo, mucho idealismo.

"Episodio" es una poesía original, llena de gracia y profundamente humana; "Origulio", muy original también, de velada ironía, delicada, optimista; "Quizá" de expresión naturalísima, acaso donde el autor ha retratado mejor su alma; "Milagro", llena de dulzura; "Un beso", prodigio de gracia varonil...

De todas habría algo que decir, porque no pasan por el alma del lector como pasa una sombra fugitiva, sino que cada idea eternizada en el ritmo por el poeta, nos deja algo, como esas flores sencillas que recién al ser arrancadas nos muestran el tesoro de un nectario repleto.

Alicia Porro Freire.

Montevideo, 1927.

DRAMA

No obstante todo lo que a Dios rogamos
el hermano murió. Si todo pasa,
¿por qué obstinadamente le nombramos?
Porque el Recuerdo se quedó en la casa...

Quince años desde el día pavoroso
que a nuestra impetración, la indiferencia
del Dios Eterno Todopoderoso
nos demostró su falsa omnipotencia.

Entonces, sólo diez años contaba,
y mientras mis angustias le gritaba
le imprequé con la voz despavorida:

—¿Este es el Dios que a los que le aman pre-
(mia?

Brotó en mis labios la primer blasfemia
y me puse a llorar sobre la vida.

INSOMNIO

Como otras noches, hoy no puedo
cerrar los ojos un momento.
como otras noches, tengo miedo
de hallarme solo en mi aposento

Solo, ¡tan solo! Ni siquiera
turba este silencio infinito,
alguna rata aventurera,
o el clarinete de un mosquito.

En este silencio imperante
una campana suena tarda...
¡Cómo es de triste el son distante
para el espíritu que aguarda!

¡Qué soledad la de mi lecho!
Ah, si yo pudiese tener
ensoñando sobre mi pecho
¡una cabeza de mujer!

De una mujer que me quisiera
con un amor, todo de excesos.
Y que, cantando, me adurmiera
¡bajo la gracia de sus besos!

¡Qué soledad desesperante!...
Prosigo soñando despierto,
y me parece en este instante
que el mundo todo hubiese muerto.

...La oscuridad siempre persiste.
Y esta gran pena que me asedia...
Ah, corazón: ¡cómo es de triste
la magnitud de tu tragedia!

Paso las noches desvelado,
con la esperanza de poner
sobre mi pecho desolado
¡una cabeza de mujer!

Eduardo O. Zapiola.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

V. T. 428. B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre. . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre. . . 5.00	Semestre. . . 6.00	Semestre. . . 4.00
Año. . . 9.00	Año. . . 11.00	Año. . . 8.00
N.º suelto. . . 20 cts.	N.º suelto. . . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 "	N.º atrasado. 50 "	

... se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solidas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande. cada tomo	\$ 12.—	\$ 70
" " " " chico. " " "	8.—	5.—
Tapas sueltas " " grande. " " "	9.—	2.—
" " " " chico. " " "	6.—	1.50

CHISPA DE AMOR

Por Cleofé Percyra de Goicoa

Estela estaba en su salita íntima, sentada en un cómodo "berger" tegiendo una bufanda para su marido, cuando oyó pasos en el hall, y una voz que la llamaba.

No tuvo tiempo de levantarse de su asiento; la puerta se abrió, entrando su amiga Aurora, que la oprimió fuertemente entre sus brazos.

—¡Aurora, pero qué buena estrella te ha guiado hasta aquí!

La recién llegada, tiro su tapado y gorro de piel, sobre una silla, y nerviosamente dijo.

—¡Ay, hijita, si supieras lo que me trae por acá!

—¿Que, que? cuenta ligero.

—Sí, pero a condición de que no te rías de mí, como es tu costumbre; ya no soy una chiquitina, pues he cumplido mis veinte años, y tú con ese aire de juez, que se apropian las casadas, crees que ya puedes mirarme por sobre el hombro.

—Te prometo que no me reiré de tí; por tu cara sospecho que se trata de algo grave.

—Y no equivocas; ¡es muy seria la cosa! Estoy que bramo en contra de ese estúpido?

—¿Pero de qué estúpido?

—¡Estela, por Dios! ¿pero de quién va a ser, sino del hombre del ranglan?

—¿Caramba... cuánto te preocupa ese sujeto!

—Sí, dices bien, ese sujeto!, y qué sujeto!

—¿Empezarás a contar de una vez, lo que te ha pasado?

—Escucha; tú no ignoras que siempre lo encuentro en la esquina de Avenida de Mayo y Perú.

—Sí, ya lo sé, y no sé por qué me parece que se buscan ustedes, pues tanta casualidad, hum!... es sospechosa.

—¡Ya empiezas con tus conjeturas! Si me interrumpes otra vez, te quedarás con las ganas de saber!— Oh, no, no, voy a contártelo todo, porque tengo necesidad de desahogar mi pena con alguien. Esta tarde me demoré en Florida más que de costumbre.

—¡Ya sé! y lo encontraste y hablaste, por fin, con él! ¿He adivinado, verdad?

—Nada de eso, lo encontré, cruzamos la calzada juntos, en el mismo momento en que se detuvo, frente a nosotros, un ómnibus que iba a plaza Italia; entonces él me insinuó cortesmente por señas, que trepara en el coche, y yo... yo subí.

—¿Y él?

—El subió detrás de mí.

—¡Pero adónde fueron a parar los dos!, Aurora, ¿qué has hecho? ¡yo no te comprendo! ¿cómo no has tratado de rechazar semejante cita?

—¡Qué cita, ni cita! ¿sabes lo que he hecho? pues simplemente una estupidez!

—¡Te desconozco, querida! has seguido a un hombre, que, según tu misma declaras, es horrendo, largo, flaco, descolorido, pelado, con unos ojitos pequeños y parapeados, detrás de unos anteojos gruesos, que no ha de ver más allá de las narices, que debe de ser más pobre que las ratas, porque siempre lo ves enfundado en el mismo sobretodo desteñido, que es algo maduro en años y que tiene una boca de bagre...

—¡Ay, y qué boca! hoy se la pude ver bien, pues sí, y con todos

esos defectos, lo seguí a ese moji-gote.

—¿Hasta dónde?

—Hasta Palermo; él se bajó del vehículo y yo también, tomo la avenida central, y yo lo seguí a corta distancia. Busqué un banco en que sentarme, pues me temblaban las

labritas de amor ¿Por qué has seguido a ese hombre, Aurora? tu proceder no es correcto; tú estás enamorada de él.

—¡Oh, no seas así, Estela, no me hagas daño con tus reproches! ya te digo que reconozco mi falta!, pero, ¿cómo puedes creer que estoy



—Y como no quieren que piensen nada malo, te voy a presentar como mi hermano.

piernas, y sólo había allí uno desocupado, en el que tomamos asiento los dos. Comprendo que hice mal, muy mal, pero ya está hecho.

—Me imagino que entabláis conversación, y luego os dais pa-

enamorada de un hombre a quien no conozco, que jamás me ha dirigido la palabra, ni sé si es casado, o me ama? ¡no seas ridícula!

—Sin embargo, algo te atrae hacia él.

ANÉCDOTA

En una recepción realizada en el palacio real de Oslo, el rey Haakon de Noruega ha tenido un rasgo genial que le pinta como un serio rival de Muñoz Seca.

En un momento dado, se le cayó al suelo el pañuelo, y de la docena de personas que se precipitaron a levantarlo para entregárselo llegó primero un norteamericano que se encontraba cerca del monarca.

Haakon agradeció la cortesía y en seguida, al observar que la persona que se inclinaba ante él era un norteamericano, añadió:

—Esta — y le enseñó el pañuelo — es la única cosa en que puede meter las narices el rey de Noruega.

—Sí, es verdad, es una curiosidad que no puedo explicar en mí, no sé... pero, ¿cómo me gustaría conocerlo íntimamente, hablar con él, saber lo que piensa, y hasta lo que hace durante el día!... en fin, yo mismo no sé cómo explicarte lo que por él siento.

—Continúa hasta el fin. ¿Qué más paso? no me ocultes nada querida.

—Como te iba diciendo, nos sentamos en el mismo banco, yo no me animaba a mirarlo, y... no deseaba otra cosa. ¡Por fin alcé la vista, y vi que estaba leyendo un diario, pero al revés! me acordé de sus anteojos; con razón eran tan gruesos los vidrios. ¿tendrían alguna virtud para que él pudiera leer al derecho, lo que yo vería dado vuelta? Levanté la cabeza para mirarle los ojos, y vi que él los tenía clavados en mí. Al mirarnos, por fin, cara a cara, él se rió con una franca carcajada. Entonces yo, indignada, ofendida por tal actitud, le saqué tanana lengua y fui de allí como una desesperada.

—¡Já, já, já!, ¿eso hiciste? ¡pero que gracioso! ¡oh Aurora, has estado espléndida! te has conducido como una colegiala.

—¡Sí, di como una niña educada!, ¡no te rías así de mí! ¡ah, yo lo odio a ese tipo, lo odio de todo corazón!

—¿Y por qué?

—¿Cómo por qué? ¿pero, no te das cuenta de que estaba jugando conmigo? ¿Se habrá creído el muy mono, que yo estaba loca por él? ¡Pero qué rabia tengo de mí misma! ¿Por qué lo habré seguido. ¿Cómo se leirá de mí ese antipático, con esa boca que tiene tan desplazada y horrible!

—¿Cómo me has divertido, Aurora, con tu aventura! Yo creo que era algo grave lo que te había ocurrido, y habías conseguido asustarme.

—¿Te parece motivo de risa todo esto? ¿no ves que ya no podré verlo más, después de la falta que he cometido con él?

—¿Y eso te apena hijita?, insisto en decirte que amas a ese zorro viejo, avezado en galanteos amorosos.

Se abrió lentamente la puerta de la sala, y apareció en su marco, la figura de un hombre que dió las buenas tardes. Aurora se dió vuelta, y al verlo gritó como una loca.

—¡Estela ahí está el hombre, es él, es él, me ha seguido!

—Cálmate, Aurora, si éste es mi cuñado, ¿le lo presento.

La joven no salía de su asombro, entonces él, acercándose a ella, le extendió la mano diciéndole, muy sonriente:

—Muy buenas tardes, señorita.

—¡Estúpido! Adiós, Estela, yo me voy.

Y sin acordarse de su tapado y su gorro, salió volando de la pieza, como viento de huracán.

Tres meses después de estos acontecimientos, Aurora era la esposa del hombre del ranglan. Aquel que, leyendo al revés, comprendió el corazón de una mujer. Con ello se confirmaba una vez más, la vieja teoría, de que el amor es ciego.

Cuando los primeros navegantes por los mares del Sur del Pacífico regresaron a Europa hablaron del árbol del pan, base de la alimentación de aquellos indígenas. El fruto de aquel árbol asado tenía el gusto del pan recién sacado del horno.

Los colonos de las Antillas pidieron al rey Jorge II de Inglaterra que se llevase a aquellas islas para alimento de los esclavos.

Concedida esa petición se hizo a la mar el "Bounty", nave de 200 toneladas, capitaneada por Guillermo Bligh, compañero del capitán Cook.

EL MOTIN DEL "BOUNTY"

En 1787 el "Bounty" salió de Inglaterra con rumbo a Tahiti con una tripulación de 46 hombres, entre los que figuraban dos botánicos.

Diez meses después, octubre de 1788, Bligh llegó a Tahiti para procurarse frutos del árbol del pan.

La isla pareció a los marineros un verdadero paraíso. Abundancia de frutas, fáciles de cojer, y gran amabilidad en sus hospitalarios habitantes. Los blancos fueron recibidos con los brazos abiertos; cada marino tubo al momento un taitiano a su servicio. Las mujeres eran lindas y complacientes. Los lobos de mar vivían felices y satisfechos.

Después de una larga permanencia de seis meses en la isla hospitalaria Bligh levó anclas el 14 de Abril de 1788 con rumbo a Tonga y permaneció en Tofoa, una de las islas del grupo, un par de semanas, al cabo de las cuales se hizo de nuevo a la mar.

En la noche del 27 del mismo mes, el capitán se había retirado a descansar dejando la guardia a cargo del contramaestre Fletcher Christian.

Poco antes de amanecer, este último, molesto por los malos tratos que había recibido de su capitán durante el viaje, pensó, con ayuda de varios marineros, hacerse dueño del buque. Se apoderaron de las armas que había a bordo y sorprendieron al capitán y a los demás oficiales, haciéndolos prisioneros.

Christian metió en una lancha al capitán con 18 marineros y los abandonó en alta mar.

DIEZ AÑOS DE CRIMENES

Christian, con los demás tripulantes restantes, se dirigió a Tubuai, cerca de Tahiti, para fundar una colonia. Al encontrar oposición de parte de los indígenas, por los atropellos por los ingleses cometidos regresó a Tahiti en donde los amotinados se dividieron en dos bandos. Ocho se fueron con Christian y los restantes se quedaron en Tahiti aguardando el paso de un buque que los recogiera.

El contramaestre sabía que en cuanto Bligh llegase a Inglaterra, el Gobierno enviaría un buque de guerra en busca de los amotinados para castigarlos, y se dirigió a Pitcaim, que se sabía estaba inhabitada.

Christian no se había equivocado, Inglaterra envió una expedición al mando del capitán Edwards para coger a los amotinados.

Los que quedaron en Tahiti fueron apresados, llevados a bordo del Pandora y encerrados en una jau-

El motín del "Bounty"

La novela de los habitantes de la isla de Norfolk

la, que llamaron Caja de Pandora. Al naufragar el buque de guerra en el estrecho de Torres muchos de los allí encerrados perecieron ahogados; los que se salvaron fueron entregados a las autoridades inglesas al regresar los naufragos a Inglaterra, y pagaron en la horca su rebelión en el "Bounty".

Pitcaim es una isleta de 7.240

quedaron vivos sino cuatro ingleses. De éstos uno se suicidó por el abuso de un aguardiente hecho con la raíz de una planta llamada "ti", y otro, llamado Quintal, fué barba-ramente asesinado por los dos restantes amotinados, Young y Adaws.

En 1800, el primero murió de asma dejando sólo a Adaws con varias mujeres y unos 20 taicos.

PROSAS BREVES

DIA LIRICO

Mañana

No sé si vivo plenamente éstas horas en que el sol es más claro, en que la luz es más buena.

No sé si habita en mí la felicidad o la desgracia, o si fluctúo entre ambas.

No sé, tampoco, si quedaría más de acuerdo con el paisaje una sonrisa o una lágrima de mi alma.

Oid: ahora, sólo sé, que el sol es más claro, que la luz es más buena...

Tarde

He salido a vagar por las calles en esta tarde serena de Domingo con la certidumbre de que nadie me espera; con la certidumbre de que podría morir sin que nadie llegara a saberlo, por lo menos, en algunas horas.

He salido a vagar por las calles con mi tristeza que no es leve como la urdimbre de esas nubes que se destiejen soñando en el cielo de ésta tarde dominical.

He salido a vagar por las calles...

Noche

La alameda es más gigante en la sombra. Voy por ella. El aliento del misterio hoy no existe para mí, y sin embargo, el hilo curvo y luminoso de la luna tiene un no sé que de trágico.

Es que el milagro musical del silencio se está operando. El me acompaña, el me ampara, el me viste con la túnica invulnerable e incorpórea de la abstracción.

La alameda es más gigante en la sombra...

CARLOS MARIA PODESTA

metros de circunferencia y 2 400 en su mayor diámetro. Su clima es bueno y poco variable y el desembarco en ella muy dificultoso por su costa brava y acantilada.

Christian y sus compañeros habían llevado de Tahiti 12 mujeres y seis hombres indígenas. Al desembarcar en Pitcaim destruyeron el "Bounty".

Desde 1790 año de su desembarco, hasta 1800, la isla fué teatro de continuos y horribles crímenes.

Los indígenas, maltratados por los ingleses, se sublevaron y mataron a varios blancos, y éstos, con ayuda de sus mujeres taitianas, asesinaron a todos los indígenas que quedaban. Los crímenes brutales continuaron hasta que no

De éstos descienden los actuales habitantes de la isla Norfolk.

UNA NUEVA ERA

Convencido Adaws de las responsabilidades que había contraído, mortificado por los remordimientos y el recuerdo de las matanzas en que había intervenido, se dedicó a predicar el cristianismo a las mujeres y niños que tenía a su amparo, y cuando en 1808 Falger y en 1814 Staines y Pipon visitaron la costa de Pitcaim, quedaron asombrados al ver la dulzura de carácter, la paz, la tranquilidad, la virtud en que vivían sus habitantes.

Allí se vivía en plena edad de oro, todo era de todos; la tierra

daba frutos en abundancia; no había riqueza, pero tampoco necesidades, y reinaba en ella la sencillez, la perfecta igualdad, y el contento general.

En 1856 la población, que ya era de 190 personas tuvo que buscar otra nueva isla, y toda la colonia pasó a la de Norfolk.

En 1858 y en 1863 varias familias regresaron a Pitcaim; pero la mayor parte de la colonia quedó en Norfolk, unos 600, sin contar los que en estos últimos años han emigrado a Nueva Zelandia y Australia.

Esa población es una mezcla de sangre inglesa y polinesiana con marcados caracteres de ambas razas.

Tanto hombres como mujeres, son unos bellos ejemplares de la raza humana, más altos que los de cualquiera de las dos ramas de que descienden.

Su color es moreno, poco más que los europeos del Mediodía. Aunque abundan los ojos y el pelo negros, no faltan rubios de ojos azules.

La industria principal es la agricultura.

Su ocupación más interesante y peligrosa es la pesca de ballenas, y han estado durante mucho tiempo en contacto con las ballenas de otros países.

Hay en la isla tres buques balleneros, cada uno de los cuales está tripulado por seis hombres que siguen los procedimientos tradicionales de pesca de hace setenta años.

Estos hombres, cuando empuñan la caña del timón o en la proa se yerguen con el arpón en la mano, parecen estatuas de bronce, magnífica y magistralmente modelados. A babor y estribor otras cuatro estatuas hercúleas se mueven rítmicamente manejando el remo o la pagaya avanzando decididos hacia el enorme cetáceo.

Hasta ahora los isleños de Norfolk han logrado permanecer independientes y aislados sin el contagio de extranjeros, pero es posible que este estado de cosas no dure mucho tiempo.

Conocidos de otros pueblos los encantos de la isla, empiezan ya a visitarla los curiosos vecinos, sobre todo de Australia, que no tardaron mucho en establecerse en ella, como también es probable que allí lleguen a fincar ingleses y yanquis, que con la disculpa del turismo, establezcan factorías y plantíos que acaben con la Arcadia de los mares del Sur.

Lo que el 13 influyó en Wagner

Para aquellos que creen en la nefasta influencia del número 13, señalábamos la frecuencia con que esta cifra pasó por la vida del gran compositor.

Ricardo Wagner nació en 1813 y falleció el 13 de febrero. Fué en 13 cuando se inauguró su teatro de Bayreuth, un 13 (1861) el día del fracaso de Tannhäuser en París, reestrenándose la obra otro día 13 (1895) después de haberla terminado, también, un día 13. Wagner, por fin, fué expatriado por 13 años de Sajonia, se entrevistó con Liszt, por última vez, y un 13 dejó Bayreuth para siempre.

En la Yndia la cacería de tigres es un deporte verdaderamente principesco. Exige gran aparato, y, de parte de los cazadores, valor y habilidad. Generalmente en una cacería de tigres toman parte varios cazadores y un buen número de batidores. El elefante en que va instalado cada cazador, lleva una especie de palanquín de mimbre, de dos compartimentos; en el primero se encuentra el cazador y en el segundo un criado provisto de armas perfeccionadas. El conductor o cornac va sentado en un cojín colocado sobre el pescuezo del elefante y empuña un barrote de hierro, puntiagudo, que le sirve para dirigir al dócil animal.

Cuando se llega a una parte de la selva, los batidores, a pie, rodean el terreno y mediante gritos, golpes y gesticulaciones tratan de hacer salir a las fieras de sus guaridas y ahuyentarlas en dirección a los cazadores que las aguardan con las armas listas, en un lugar despejado. En cuanto aparece el felino le recibe una descarga general.

EL TIGRE TIENE "VIDA DURA"

En la mayoría de los casos el tigre sucumbe bajo esa avalancha de balas; pero si no es herido o no lo es de gravedad, se abalanza sin vacilación sobre el elefante más próximo y en ese caso el cornac, o el cazador, tiene que vérselas con sus poderosas zarpas antes de darle el tiro de gracia. El tigre, como el gato, tiene "la vida dura": se dice vulgarmente que es preciso matarlo nueve veces. Un tigre agarrado con sus uñas a un elefante es difícil de matar, pues una bala mal dirigida puede herir al paquidermo o al cazador mismo, y el tigre se defiende desesperadamente. Terminada la cacería los tigres son cargados en uno de los elefantes y transportados al campamento, donde se les desuella en seguida; se lava cuidadosamente la piel y se deja la carne a los indígenas.

LA CAZA CON RED

Además de esta cacería clásica que hemos descrito someramente, se practican otras numerosas maneras de cazar al tigre. En algunos distritos del Misore se le caza sencillamente con redes circulares y fijas, de quince metros de largo y cinco de alto. Cuando se sabe el lugar donde se refugia un tigre se rodea la maleza circundante con varias de esas redes de gruesas cuerdas, fijas en estacas de diez metros de altura y sujetas abajo por grandes pesos, generalmente troncos, y arriba por cuerdas atadas a los árboles más altos de los alrededores. Batidores armados de picas, impiden con sus gritos que intimiden al tigre, que éste franquee el cerco antes de ser terminado. El tigre, acorralado, y asustado también por las hogueras que se encienden alrededor de la red, no puede huir; no se atreve a acercarse a la red, y si lo intentara se enredaría en las mallas como un vulgar pescado; el cerco es demasiado alto para que pueda saltarlo, como suelen hacerlo los leopardos cazados de la misma manera. Queda, pues, prisionero y se le deja tres o cuatro días sin comer ni beber. Cuando lo ven completamente debilitado por el hambre y el susto, los cazadores penetran en el cerco de redes, se acercan a la fiera que no presenta mu-

La caza del tigre

cho peligro y le dan muerte. Como se ve, esta caza no tiene nada de heroico.

El acecho es también un excelente medio de destrucción del tigre. Es sabido que cuando el felino ha matado una presa muy grande, que no puede devorar en un día vuelve en las noches siguientes para reanudar su festín. Un cazador apostado no lejos del sitio donde yace la presa puede darle muerte a tiros, sin mayor peligro.

fin de que el felino no desconfíe por el olor de la tierra recientemente removida, y entonces se coloca el sebo. Si el tigre se encuentra en las cercanías es casi seguro que la primera noche acudirá a apoderarse de la presa y caerá en el foso.

Pero entonces comenzará la verdadera dificultad: la de sacar al tigre vivo de dentro del foso.

Los habitantes del distrito de Gya, realizan de la siguiente ma-

se precipitará en seguida hacia el túnel que él cree ser el camino a la libertad. Es, en efecto, lo que sucede siempre: en cuanto la jaula rompe la pared del foso, el tigre se alza, lanza un rugido y se abalanza hacia la luz, es decir, entra en la jaula.

En ese preciso instante — instante realmente dramático, — dos hombres saltan en el foso, y rápidamente cierran el costado de la jaula, por medio de gruesos bambúes, antes de que el tigre tenga tiempo de darse vuelta.

Se necesita en verdad una prodigiosa sangre fría para realizar esta última parte de la operación. Cumplida ésta, el tigre queda prisionero y no may más que sacar la jaula, arrastrándola con cuerdas, del túnel donde ha sido introducida.

La jaula se carga en parihuelas y los indígenas la transportan a hombro hasta la población, donde no faltan compradores de tigres vivos para los jardines zoológicos y los circos de fieras, europeos.

La caza del tigre es para los indígenas bastante productiva. Además de las primas que dan las autoridades a los que matan una de esas terribles fieras, la piel con el cráneo se suele pagar hasta trescientos pesos. La piel de un tigre blanco alcanza precios elevadísimos. El animal vivo se vende en Europa a un precio que oscila entre mil y mil quinientos pesos.

A RIGOR DE LA MUSICA

Los indígenas de Cochinchina y de Anam han tenido la ocurrencia de librarse del señor Tigre — como le llaman respetuosamente — dándole un concierto. Es mortífero para el oído. Armados de rústicos tambores, de trompetas, de castañuelas, etc., los asaltantes — no es posible llamarlos músicos, — forman un gran círculo alrededor del lugar del bosque donde los tigres duermen la siesta. Aturdidos por el estrépito y la algarazara extravagantes, los tigres son presa de un terror loco; se quedan inmóviles, temblando, gachas las orejas, sin pensar en huir ni en defenderse. Los cazadores se acercan impunemente y los ultimán a lanzazos o a tiros. Si alguno de ellos logra escaparse, huye como en lo quecido hacia la montaña y desde entonces, poseído de un santo terror del concierto, no volve a acercarse a los poblados.

LA RIGIDA ELEGANCIA

Arregui tenía ese día una expresión seria, austera y sombría. Caminaba como un muñeco automático.

— ¡Hola, Arregui! — le dijo un viejo amigo linotipista que lo encontró en la calle—. ¿Qué le pasa, que está tan serio...?

— Sombrero nuevo — contestó a media voz Arregui, casi sin mover los labios.

— ¿Sombrero nuevo? — repuso su interlocutor —. Lo felicito. Ese es un motivo para alegrarse, no para estar triste.

— Sí — admitió Arregui —. Pero si me río se cae.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
E ERMEDEDES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 16
SARMIENTO 735 U. T. 7382, Ave. 3

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATENCIÓN ESPECIALIZADA
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJ CO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPHTALMOLÓGICO "SANTA LUCÍA"
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRICOYIN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
DE 4 A 8
SAENZ PEÑA 210
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIANORTE 728 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1975 U. T. 8457, Juncal
BUENOS AIRES

Dr Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ OVARIOS Y CIRUJIA
DE SENORAS
B. MITRE, 1256 U. T. 422, Adrogue
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAYO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacrita 2412

LA CAPTURA DEL TIGRE VIVO

Para apoderarse de uno de esos felinos vivos, se comienza por cavar un foso en el sitio donde el tigre acostumbrá dar sus paseos nocturnos. Es preciso que el foso sea hecho en una eminencia del terreno. El pozo debe tener cinco metros de profundidad y tres de diámetro. Durante los días dedicados a esa tarea, los trabajadores procuran no hacer ruido, pues de lo contrario el tigre se alarmaría y se iría a otro lugar del bosque. No obstante, es preciso que se dé cuenta de la presencia de extraños en sus dominios a fin de mantener despierta su curiosidad.

Excavado el foso y convenientemente consolidado, se le disimula, bastante resistente para soportar una delgada capa de tierra y una cabra que se coloca en el centro como cebo.

Se deja transcurrir unos días, a

nera esa operación delicada y peligrosa.

El foso ha sido excavado, como dijimos, en un montículo. Los cazadores practican en un costado del montículo, una galería que debe llegar al fondo del foso. Cuando ése túnel, en cuya ejecución se emplea varios días, está tan adelantado que sólo lo separa del interior del foso una angosta pared de tierra, se suspende la excavación, y se trae una jaula hecha con bambúes gruesos como un puño.

UN ACTO DE ARROJO TEMERARIO

Esa jaula se introduce en el túnel con el lado abierto dirigido hacia el foso. Cuando llega al fondo del túnel, varios hombres empujan vigorosamente de manera que derribe el delgado tabique de tierra y desemboque en el fondo del foso donde el tigre está cautivo. La fiera al ver la luz en uno de los lados

El Conde de Montecristo

Como y por qué escribió
Dumas su gran novela.

"Me es imposible escribir una novela o un drama sobre un lugar que no he visto", decía Alejandro Dumas, autor de la novela universalmente conocida "El conde de Montecristo". Para la trama y la descripción de los personajes, siguió la misma norma, pues los copiaba de la vida real. En esto se parecía a Sir Walter Scott, cuya manera de trabajar admiraba e imitaba, el insigne novelista francés. De aquel, tomó Dumas la idea de escribir las novelas históricas, haciendo para Francia lo que el autor de "Kenilworth" y de "Boy Roy" había hecho para Escocia.

Va Dumas se había conquistado un alto puesto en la literatura francesa y había conseguido el favor de su público, cuando hizo un viaje de recreo a Florencia en el año 1842 en donde se encontró con Jerónimo Bonaparte, que aguardaba en la ciudad italiana, la llegada de su sobrino el príncipe Napoleón.

El muchacho estaba ansioso de ver algo de Italia y de las islas del Mediterráneo.

Los príncipes franceses pidieron al notable escritor que los acompañase a lo que pronto accedió, indicando la idea de la conveniencia de visitar la isla de Elba de tantos recuerdos para la familia Bonaparte y que no dejaría de interesar al joven príncipe sobrino de Napoleón I.

Al llegar al puerto de Lìornia, se encontraron con que no había buque alguno que zarpara para Elba, pero decididos a ir a la isla y animados por un espíritu aventurero, determinaron navegar las sesenta millas que les separaban de su destino en un bote de remos, al que pusieron una vela improvisada en el momento.

Una tormenta les sorprendió en el camino y de milagro lograron escapar de sus furias, consiguiendo, por fin, llegar sanos y salvos a la isla de Elba.

Un día recorriéndola y visitando los lugares asociados con el desterrado emperador, vieron una inmensa roca, un islote que se alzaba a cerca de seiscientos metros sobre el nivel del mar. El guía que llevaban, les dijo que valía la pena de visitarla, pues se podía pasar un buen día cazando cabras montesas que las había en gran abundancia en la roca.

"No estaría mal, —dijo Jerónimo Bonaparte—, ¿cómo se llama esa isla?"

"La isla de Montecristo, señor", contestó el guía.

Entonces fué cuando Dumas oyó por primera vez el nombre que debía de ir para siempre unido al suyo.

No perdieron tiempo en alquilar un bote que los llevase a un islote, en el que no pudieron desembarcar por ciertas disposiciones de sanidad, que ponían en cuarentena a todas las embarcaciones que tocaban en islas desiertas, pero Dumas insistió en dar la vuelta al redor

de la granítica mole que tanto había llamado la atención del novelista.

El príncipe protestó y le preguntó que para qué dar semejante vuelta inútilmente, a lo que Dumas contestó:

"Porque pienso escribir una novela que llevará el título de este islote, en recuerdo del viaje que he tenido el gusto de hacer con S. A."

"Así sea —replicó el joven Napoleón—, y no deje usted de enviarme un ejemplar".

La novela salió a la luz pública antes de lo que el mismo autor creyera.

Poco después de regresar a su casa en Francia recibió un recado de su editor, suplicándole escribiera con urgencia una novela que eclipsara en popularidad, la famosa de Eugenio Sue "Los misterios de París".

Dumas, al buscar asunto para su novela, recorrió los archivos de la policía de Francia, leyendo causas célebres, crímenes que habían quedado impunes, etc., y al leer una de sus páginas dió con el incidente llamado "la venganza del diamante".

Se apropió de aquella idea y creó como protagonista el personaje Edmundo Dantés, Conde de Montecristo.

"Marsella", la última parte escrita por Dumas, fué la que colocó la primera al publicarse la novela, siguiendo a ésta "Roma" y "París".

En la segunda parte y en la tercera, el conde relata la traición que le hicieron sus compañeros y que fué causa de su prisión en el castillo.

Antes de ponerse a trabajar en su obra, el autor hizo otro viaje a la isla de Montecristo y, después de explorarla detenidamente, visitó el castillo de If y la cercana ciudad de Marsella.

La rana y el renacuajo

En la orilla del Tajo

Hablaba con la rana el renacuajo,

Alabando las hojas, la espesura

De un gran cañaveral, y su verdura.

Más luego que del viento

El impetu violento

Un caña abatió, cayó al río,

En tono de lección dijo la rana:

Ven a verla, hijo mío;

Por defuera muy tersa, muy lozana:

Por dentro toda fofa, toda vana.

Si la rana entendiera poesía,

También de muchos versos lo diría.

TOMAS DE IRIARTE.

El novelista, aficionado a describir personajes en sus novelas, tomados de otros reales ha hecho creer a muchos, que el sabio y misterioso abate Faria, que indicó a Edmundo Dantés el secreto del tesoro y cuya muerte sirvió para que Dantés se evadiera de su prisión, fué un personaje verdadero.

Era, según creencia general, un sacerdote portugués de ese mismo nombre que vivió en Roma, en Lisboa y en París. Más adelante fué uno de los primeros propagadores y creyentes del magnetismo o mesmerismo.

Tuvo muchos partidarios en los círculos elegantes de París y, cuando tuvo que retirarse abrumado por el ridículo que de él y sus ideas se hacían en la prensa y en el teatro, escribió un libro titulado "Sueño lúcido", hoy muy raro y muy buscado por los coleccionistas.

Con los primeros productos de su novela "El Conde de Montecristo", pudo Dumas satisfacer uno de sus grandes deseos; el de edificar una casa de campo, la que construyó cerca de Saint Germain a orillas del río Sena, quinta a la que sus

amigos pusieron el nombre de Montecristo.

El lujo y las extravagancias del edificio justifican su nombre.

En el exterior de la quinta había un piso lleno de medallones con los bustos de los autores favoritos de Dumas, desde Homero hasta Víctor Hugo.

Un día, un amigo que le fué a visitar, le preguntó:

"¿Cómo es, Dumas, que no figura usted entre estos?"

"¿Quién, yo?"; replicó el novelista. "Yo figuro dentro".

Allí había un castillo en miniatura hecho con piedra, levantado en medio de una isla artificial. En cada piedra se veía escrito en letras rojas el título de una novela de Dumas.

Como su casa estaba constantemente llena de literatos, amigos y curiosos que gozaban de la más amplia hospitalidad, de la casa, de la mesa, de sus cuadros, de sus jardines de su pequeña colección zoológica, Dumas se refugió en el pequeño castillo, cuyo mobiliario se componía de una mesa y una silla, y allí, metódicamente, se ocupaba en escribir nuevas novelas con cuyos títulos iba llenando las piedras de su fortaleza en miniatura.

El arte y la realidad

Hay dos mundos. Uno de ellos existe sin que se hable nunca de él: se le llama el mundo real, porque no es preciso hablar de él para verlo. El Otro es el mundo del arte de éste es precioso hablar.

Si no se habla de una cosa, resulta como no acaecida. Sólo la expresión da realidad a las cosas.

Es mucho más difícil hablar de una cosa que hacerla. Todo el mundo puede hacer historia, sólo un gran hombre puede escribirla.

Muchos son los que obran bien, pero contadísimos los que hablan bien; lo que demuestra que hablar bien es mucho más difícil que hacer, y, desde luego, mucho más hermoso.

OSCAR WILDE.

Una industria en decadencia

La mayor parte de las orquillas que se gastan en el mundo vienen de Painwick, pueblo situado en el valle de Stroud (Inglaterra).

En las fábricas hay más de trescientos obreros dedicados a preparar este artículo de tocador, auxiliados por cientos de máquinas automáticas que transforman hilo metálico en horquillas perfectas.

En los últimos tiempos, esta industria ha sufrido gran quebranto, motivado por la escasa demanda.

Lo electrocutados no mueren en el acto

En Nueva York, varios médicos han presentado un informe, en el que se dice que deben ser abolidas las ejecuciones por medio de la silla eléctrica. Se fundan para ello en que los electrocutados no mueren, sino que caen en una especie de coma, del que vuelven cuando ya están enterrados.

En su opinión, los infelices mueren efectivamente en su tumba después de una bárbara agonía.

Crean que la sociedad no tiene derecho para castigarles a esta segunda muerte, mucho más espantosa que la primera.

La denuncia de estos médicos ha causado gran escándalo, y muchísimas personas han enviado cartas a los periódicos pidiendo que se averigüe si tienen razón.

Como otros médicos sostiene la teoría contraria, y creen que el electrocutado muere instantáneamente, se ha decidido que los sabios del Instituto Rockefeller asistan a la primera ejecución en silla eléctrica que se verifique en la cárcel de Sing-Sing, a fin de hacer las comprobaciones necesarias.

El electrocutado no será inhumado a las doce horas, como se venía haciendo, sino que se dejará pasar un plazo prudencial antes del entierro.

Lluvia de sangre

Las lluvias coloreadas han causado siempre, como es natural, una gran sorpresa en los pueblos, que han llamado lluvia de sangre a las de color rojizo, y lluvia de azul a las de color amarillo, atribuyéndoles ciertos presagios.

Desde los tiempos de Homero hasta nuestros días se han registrado numerosas observaciones de este hecho curioso. En 17 de Marzo de 1669 cayó una lluvia de sangre en Chatillon sur Sein, cuya observación hizo sospechar su verdadero origen. Era una lluvia de color rosáceo, espesa y viscosa, que parecía una lluvia de sangre, como vulgarmente se le llamaba.

Después se han observado diversas lluvias rojizas y amarillas en el Mediodía de Francia, Italia, Los Balcanes y Turquía, lo cual se explica admitiendo como la hipótesis más verosímil, que el principio colorante de la lluvia procede de las arenas del desierto de Sahara, elevadas por las tempestades, y cuyos elementos más ligeros pueden elevarse a gran altura y ser transportados a distancias considerables. El Simoun y el Siróco pueden en efecto, transportar toneladas de esas partículas.

En las Islas Canarias, cuyo suelo es esencialmente volcánico, se ha comprobado la existencia de dunas arenosas formadas por los transportes de los vientos de los desiertos africanos. En el otoño de 1846 cayó una abundante lluvia de tierra acompañada de una gran borrasca, en Francia, Italia y Turquía, que cubrió con gruesa capa el Jura y el Mediodía de Francia.

Análogos fenómenos se repitieron en los años de 1847, 1862, 1863, 1869 y 1870.

Un fenómeno igual se ha producido en la noche de 30 de octubre último en la Isla sur de Se-rein, cuyos habitantes vieron con sorpresa al día siguiente que había caído una abundante lluvia dejando por todas partes depósitos terrosos de color rojizo y untuosos al tacto. Sobre las ropas tendidas se observaron también numerosos goterones de la lluvia rojiza; y sobre las hojas de los árboles se observó también un depósito pardo rojizo parecido al polvo de cacao.

Es evidente que este mismo fenómeno puede atribuirse a los arrastres arenosos de los vientos violentos por la parte alta de la atmósfera.

EL LOBO Y EL ARCO

Un cazador, armado con su arco y flechas, salió al campo, dió muerte a un cabrito y se lo echó a la espalda.

En el camino tropezó con un jabali.

Dejó el cabrito en el suelo y disparó contra la fiera.

Esta se arrojó sobre el cazador y le despedazó; ambos expiraron a un tiempo.

El lobo olfateó sangre y se acercó al lugar donde se hallaban tendidos y muertos el hombre, el jabali y el cabrito.

El lobo lleno de alegría pensó:

—He aquí comida para mucho tiempo; sólo que no es preciso devorarlo todo a la vez, sino trozo a trozo: y para que nada se pierda, comeré primero lo más duro, y guardaré para el final lo que parezca más blando.

Olfateó sucesivamente al jabali, al hombre y al cabrito, diciendo:

—Esto es tierno, lo comeré después. Primero voy a tragarme las cuerdas de este arco.

Y empezó a roer las cuerdas.

Cuando las rompió, el arco abrióse de pronto, dando un terrible golpe en el vientre del criminal; éste expiró en el acto.

Y los demás lobos se comieron cabra, tigre, cazador y colega.

Un proceso sensacional - Las ropas y alhajas de la bailarina húngara

Ante la novena Sala de Tribunal Civil de Bruselas se está viendo estos días un curioso proceso entablado por una bailarina húngara a M. Brasinne, concejal y diputado por Bruselas.

Dicha bailarina se apellida Retzey, y era conocida en esta capital antes de la guerra por la "Maritza".

Cuando Bélgica fué invadida por los alemanes, la "Maritza" sostuvo con ellos excelentes relaciones.

En 1918, cuando vió que Bruselas iba a ser evacuada, temiendo que los belgas la hicieran objeto de malos tratos, decidió seguir a los invasores en su retirada.

Guardó en tres grandes baúles los objetos de plata y las ropas de seda que tenía, y se los confió, por consejo de un capitán prusiano, a M. Brasinne.

Asistieron a la entrega dicho capitán y tres soldados. M. Brasinne entregó a la bailarina un recibo.

En 1921, la "Maritza" volvió a Bruselas y pidió sus baúles.

Monsieur Brasinne le entregó tres baúles, que no eran los suyos, y que, además, estaban llenos de ropas viejas sin ningún valor.

La bailarina no se conformó, y un día logró que fuera hecha una fotografía de la chimenea del comedor de la casa del diputado, sobre cuya repisa lucían dos magníficos candelabros de plata que ella había dejado en sus baúles.

Provista de dicha fotografía, llevó al diputado a los tribunales.

Los santuarios de las mariposas

Se ha constituido en varias regiones de Inglaterra el "Santuario de las mariposas", reservando grandes terrenos casi salvajes a mantener distintas especies, amenazadas de destrucción por los coleccionistas de estos animalitos, con objeto de que vivan y se multipliquen libremente. Las curiosísimas instituciones, dedicadas a este particular, someten a una rigurosa vigilancia tales santuarios, temerosos de que algunos visitantes, con cierto descaro y poco escrúpulo, se decidan a capturar las especies más raras allí contenidas, con todo el fervor y el ansia de los coleccionadores de lepidópteros, sobre todo los ejemplares azules, que cesi an desaparecido. Por esta clase de mariposas se ha llegado a verdaderas extravagancias, que tienen un fondo humorístico extraordinario para un inglés. No hace mucho se anunció que en algunas partes se habían presentado gigantescas mariposas azules, de un colorido maravilloso por la finura de su tonalidad. Allí se lanzaron inmediatamente los coleccionistas, dejando sin una mariposa aquellos lugares, mariposas que fueron a embellecer los caprichosos álbumes de las damitas inglesas, muy sentimentales cuando se enamoran con un amor frágil de las cosas pequeñas, como estas mariposas de parques y jardines, más que de los campos, vendidas a precios fabulosos, casi igual que esas joyas que lucen sobre los escotes femeninos.

La mujer más condecorada del mundo

En Francia, después de la guerra, son numerosos los héroes cuyo pecho aparece constelado de medallas. Sin embargo, una mujer es la que bate el record de las condecoraciones.

No es, apresurémonos a decirlo, por altos hechos de armas o hazañas sensacionales por lo que ha conseguido este original record la señorita Gladys Graham, una escocesa que puede llevar 180 medallas. Las ha ganado bailando. Esta encantadora bailarina, no conoce la fatiga, pues ha batido numerosos records de resistencia y de flexibilidad. Ha bailado en todas las ciudades de Europa y se ha exhibido con los bailes de su país en numerosos escenarios del viejo y del nuevo continente. Acaba de conseguir su ciento ochenta medalla en un torneo de baile organizado en los Estados Unidos.

Este dijo que los candelabros los había comprado en Ostende; pero el comerciante que se los había vendido a la bailarina presentóse en el Tribunal y confirmó las acusaciones de ella.

Ultimamente se casó la hija del diputado, y una de las costureras que trabajaron en el "trousseau" afirmó, a requerimientos de la bailarina, que había arreglado para la joven varias prendas interiores de seda que tenían las iniciales M. R., que corresponden a las de la "Maritza".

Se le ordenó que borrara dichas iniciales y las substituyera por las de la novia.

El día en que era expuesto el "trousseau" de la hija de monsieur Brasinne, la bailarina se presentó en la casa, acompañada de un notario y dos testigos, y, en medio de un gran escándalo, reconoció como suyos varios vestidos y muchas prendas de ropa interior que figuraban en el equipo.

En la buena sociedad de Bruselas se espera con curiosidad el fallo del Tribunal.

"EL AMO DEL MUNDO", DE ALFONSINA STORNI, EN EL CERVANTES

El primer ensayo teatral de Alfonsina Storni, difundida poetisa que goza de prestigio en nuestros círculos intelectuales, constituyó la novedad más interesante de la temporada que acaba de iniciarse y esta circunstancia hizo que la sala del Cervantes se viera muy concurrida la noche del estreno, que coincidió con la presentación de la compañía nacional que encabeza la señora Fanny Brena.

Apresurémonos a decir que Alfonsina Storni se ha conquistado el respeto de la crítica con su primera producción y que su trabajo escénico, si bien deficiente del punto de vista teatral, es una expresión ideológica valiente, clara y digna de ser meditada.

Los hombres son egoístas vanidosos, pretenden ser un poco los "amos del mundo" y tienen de la mujer pecadora por culpa de ellos mismos, un concepto deprimente que las rebaja a sus ojos. La pureza material es antepuesta a la pureza del espíritu y como la mujer lo sabe, se cuida muy bien de ocultar su pasado o de falsearlo ante las perspectivas matrimoniales. La observación es inobjetable. Una mujer valiente sincera, que prefiere quedar bien con su conciencia antes que con la sociedad y con su probable marido, dice toda la verdad de su pretérito y como sucede casi siempre, el hombre huve, va en pos de otra que le miente pureza y se casa con ella. La pecadora, colocada en situación muy alta comparada con la de su sexo favoreció esas relaciones y cuando ve que la vida del amor se ha cerrado para ella, se aproxima al hijo, le revela que lleva su misma sangre y termina la obra bajo la advocación de los más nobles y elevados sentimientos que pueda albergar una mujer: la maternidad.

Tal el asunto de "El amo del mundo", pieza bella bien escrita con dos actos de parlamentos ágiles y un tercero innecesario y demasiado extenso. La construcción escénica, como obra primitiva es un poco ingenua y salvo los finales del segundo y tercer acto faltan gajes de efecto fuerza dramática cálida en las escenas y buena preparación de situaciones. Ello no obstante la obra es buena y así lo reconoció el público que la aplaudió lo mismo que a los intérpretes llamando a escena a la autora.

"LA FAMILIA PICKERPACK" DE FEDERICO MERTENS, EN EL LICEO

El estreno de una pieza por una compañía encabezada por un gran actor, ofrece dos perspectivas más interesantes: que la obra sea sacrificada por el autor en homenaje a la labor personal del cómico o que se prescindiera de las modalidades y genialidad de éste, sometiéndolo al desarrollo de la pieza como un factor subordinado al éxito de ella. Este es el dilema que generalmente se presenta a todos los comediógrafos que escriben para Roberto Casaux y salvo raras excepciones todos optan por mostrarse severos con sus convicciones artísticas, sin trepidar en hacer con ellas un holocausto, en homenaje al cómico que con sus propios medios puede sacar en triunfo cualquier obra, con tal de que ten-

ga actuación predominante y oportunidad de lucir sus talentos escénicos. El público va prevenido al teatro y sabe que el espectáculo que se le ofrecerá no ha de ser otra cosa que un pretexto cualquiera para que el notable artista realice una de sus admirables maquié- tas. No cabe pues, engaño para el público ni aún debiera sorprenderse la crítica, por ser ya caso corriente y cosa de todas las temporadas.

Sin embargo, en la inauguración de la temporada del Liceo, se ha presentado la novedad de que el sacrificio sea recíproco y por mitades. Casaux ha sido supeditado a la obra, y la obra ha sido supeditada a Casaux, nos hemos quedado sin Casaux y sin obra porque ni el actor se luce a costa de la pieza ni la pieza aprovecha para nada el sacrificio de Casaux.

Bastaría lo enunciado para comentar el estreno de "La familia Picknerpack". Se trata de un término medio buscado por Mertens que no satisface ni a tirios ni a troyanos. El precepto latino "in medium consistit virtus" falla en lo que se refiere al teatro. El latín le ha jugado una traxada al señor Mertens. Pero el comentario de esta pieza no puede terminar con el lamento que arranca el sacrificio que impuso la obra a Casaux y el que Casaux impuso a la obra, porque hay un elemento de mucho interés, que casi compensa la pena que produce aquella situación: es la labor admirable de Pierina Dealessi. Asume la celebrada actriz en esta pieza, el papel de alemana solterona radicada hace años en nuestro país y a puesto en su encarnación tanta gracia y tanta emitividad que se erige automáticamente en protagonista, desquiciando un poco más el sentido y propósito del autor al escribir la pieza.

Los demás componentes del elenco se portaron correctamente, con especial mención del actor Zarate que estuvo muy bien caracterizado y eficaz.

"CORTAFIERRO" DE ALBERTO VACAREZZA, EN EL NACIONAL

Aun pecando de un tanto puritanos en materia teatral siempre hemos hecho una excepción cuando se ha tratado de jugar un sainete de Vacarezza, las piezas de este autor todos los defectos, toda la pobreza de recursos y todos los lugares comunes que frecuentemente censuramos en el género chico nacional pero con todo eso, un sainete de Vacarezza es una producción tan suya y al mismo tiempo tan real tan animada, tan llena de vida y de expresión, que le arranca al cualquiera la simpatía y le hace abdicar momentáneamente de todo rigorismo. Los defectos comunes al sainete criollo están tan disimulados en las obras de este autor o acaso están tan humanizados, que se olvidan bajo la impresión de verdad, no recibe contemplando esos copadritos y esas percantas, que son el aroma del jardín del pueblo, lo importa la simplicidad hart conocida de los conflictos, ni le chaba-

canería del lenguaje. Son personajes tomados de su ambiente con fidelidad más que fotográfica y llevados a la escena con su psicología y sus modalidades intactas.

Por esto, el comentario que nos merece cualquier sainete de Vacarezza es siempre el mismo. En todos los casos nos encontramos propicios al elogio porque son cuadros de realidad, llenos de ambiente y de colorido, trazados por una mano experta que conoce maravillosamente el mecanismo teatral.

La homogénea y bien dotada compañía del Nacional representó la pieza con toda eficacia. Debemos citar y aplaudir a la Sinesterra, O. Bozán y a los actores Arrieta, Cicarelli y Bustos. El inevitable tango de este sainete, titulado "Araca corazón", fué muy bien cantado por Libertad Lamarque.

PARRAVICINI

Nuestro máximo gracioso estrenará el 2 de abril "Una cura de reposo", del viejo autor juvenil Enrique García Velloso.

LA COMPAÑIA FRANCO DEBUTO EN LA COMEDIA

Había cierta expectativa por la presentación de la compañía nacional de género chico que este año actuará en la Comedia, y esta expectativa obedecía al deseo de conocer los progresos atribuidos a la primera figura femenina del conjunto la joven actriz Evita Franco quien faltaba de los escenarios metropolitanos hacía cuatro años.

Se presentaba con una novedad absoluta: "Mimi ha vuelto" de José A. Saldías y la reprise de "La francesita Lisson", de De la Torre, ya conocida por nuestro público. Desde luego en la primera la interesante actriz poca ocasión tuvo de demostrar sus condiciones bien que en un papel de escasa importancia actuó con ponderable discreción. La pieza de Saldías calificada de cuatro episodios de la vida bohemia es una reedición con ligeras variantes del tema usado por el mismo autor en otras producciones y que es de su predilección. Pinta bien Saldías el ambiente bohemio y sobre todo pone en esas obrillas un simpático soplo de juvenil locura que las hace agradables. Pero son muy ligeras carecen de fuerza dramática, su asunto es escaso y sólo la dexteridad del comediógrafo las salvas.

Evita Franco se desempeñó lucidamente dentro de la endebles del personaje Sofía que encarnó. A su lado, José Franco Rodríguez y Morales actuaron con su habitual corrección. El público que llenó la sala, aplaudió largamente a comediantes y obra.

DE ROSAS

El martes 29 debutará en el San Martín la compañía de Enrique De Rosas, poniendo en escena "Todo un hombre", pieza del prestigioso autor vasco don Miguel de Unamuno.

Sin duda, la sala ha de llenarse con tal motivo.

DEBUTO MUIÑO CON UN ESTRENO

Se llenó la sala del Buenos Aires de bote en bote, la noche en que reapareció ante su público Enrique Muíño, quizás el actor de género chico que ha logrado mayor popularidad. El cartel ofrecía dos reprises y un estreno, "Hay que conservar la línea", de Florencio Chiarello, autor que el año anterior, también en trance de debutar, ofreció a Muíño un buen éxito con "Yo también carrero fui". Esta vez Chiarello escribió una obrilla con cierta finalidad moralista, si no resulta demasiado grande el adjetivo. Se trata de un muchacho pobre que al contraer enlace con una muchacha adinerada, es sospechado de haber ido a la boda por interés y tras un episodio de distracción de fondos se produce la separación de los cónyuges yendo el marido a vivir con un criado, quien, conociendo los sentimientos de su amo, procura obtener la reconciliación y reconstruir ese hogar, lo que logra de simpática manera.

La pieza de Chiarello es agradable, simpática, abunda en situaciones festivas y en su desarrollo se advierte la mano experta del autor que no vacila en aprovechar los momentos de la acción que favorecen el interés del espectador, quien llega al final con verdadero agrado y rompe en aplausos sobre la escena que cierra la obra.

Muñío, a cargo de un personaje gallego el criado, dió colorido al papel y carácter del tipo. Entre las actrices, las señoras Poli y Fluggi tuvieron ocasión de buen lucimiento y fueron las que más gustaron en la novedad ofrecida por la compañía al debutar este año.

DOS ESTRENOS

En el Nuevo, que sigue dando con éxito las piezas del debut, serán los primeros estrenos "Un buen muchacho" opereta cómica de Mauricio Ivain y "Las desencantadas", adaptación de la novela de Pierre Loti.

"ALZAME EN TUS BRAZOS", DE ARMANDO MOOK, EN EL SMART

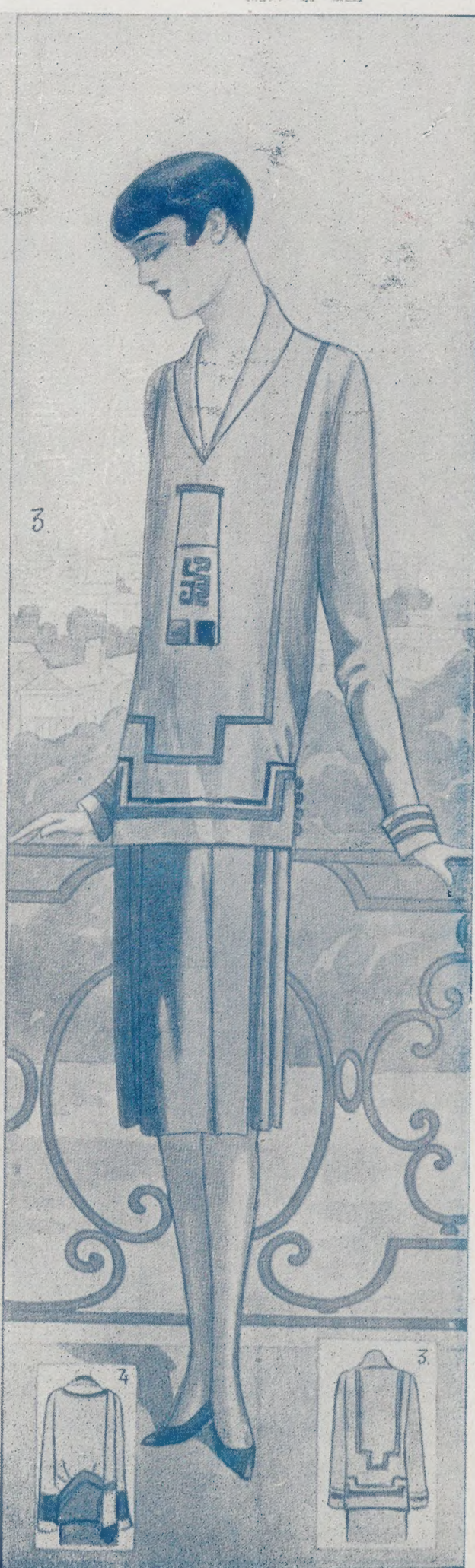
Un asunto sin importancia y no muy verídico, al que se le ha dado brillante forma es la comedia dramática de Mook. Un autor como él, que ha escrito "La serpiente" no puede estar muy contento del éxito alcanzado por su última producción. No quiere decir esto, que sea mala pero sí para otros resultaría de gran fuste, en este caso nos sabe a poca cosa. La compañía Blanca Podestá-Ellias Alippi que se presentó con este estreno, le dió relieve y calor, especialmente la primera actriz citada y Blanca Vidal que encarnaron los personajes principales.

LA COMPAÑIA DE PEDRO CODINA

El excelente conjunto que bajo la dirección del primer actor Pedro Codina actúa en el Victoria, ha estrenado la pieza dramática de Rafael Lopez de Aro, "Ser o no Ser" de la que nos ocuparemos en el número próximo.



ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



BLUSAS PARA DEPORTES. — 1 - Blusa de marocain color ladrillo, con aplicaciones de motivos modernos en marocain, blanco y satén negro. — 2 - Blusa de crepón de China blanco con dibujos de carreteras finamente bordadas y odornos de una pequeña "Bugatti" de carrera bordada en tóno azul vivo. La blusa va bordada también con el mismo tono azul. — 3 - Blusa de jersey fino, color beige, con cordoncillos de crepón de China, rojos, incrustados en aquella. La corbata está terminada por un escudo bordado con fetiches chinoscos rojos y negros. La falda está confeccionada con crepón de China rojo plisado. — 4 - Modelo "aviación". Blusa de crepón de China color gris y crepón azul ultramar. Las insignias están bordadas en gris. Echarpe de crepón gris, forrada en color azul ultramar.



La bebida ideal de verano

Con soda o con agua mineral
helada, constituye el más delicioso
y estimulante de los refrescos.

BUEN APERITIVO
HESPERIDINA
RICO LICOR

